

Bianca®

Vida secreta

Cathy Williams

Vida Secreta

Cathy Williams

Argumento:

Ella lo había rechazado una vez… y ahora él iba a hacerle pagar.

El millonario italiano Angelo Falcone siempre conseguía lo que quería. Sin embargo, hacía tres años, la guapísima modelo Francesca Hayley había rechazado su proposición de noviazgo por motivos que había preferido guardar en secreto…

Tres años después la ira de Angelo aún no había desaparecido. Ahora tenía a Francesca en su poder… y en su cama. Esa vez no pensaba dejarla escapar… sobre todo después de descubrir que esperaba un hijo suyo.

Capítulo 1

ANGELO Falcone estaba tumbado en la inmensa cama de su dormitorio. Después de hacer el amor de manera apasionada, las sábanas arrastraban por el suelo y la elegante colcha de seda de color burdeos estaba hecha un lío a los pies. No se habían molestado en correr las cortinas y la luz de la luna entraba en la habitación iluminando la madera de lacado brillante de la cama.

Tenía propiedades en Nueva York y en París, pero su lugar favorito era el piso de Venecia. En todos los aspectos tranquilizaba sus sentidos, con su opulencia desvergonzada; totalmente opuesto al piso minimalista de Nueva York.

Y, por supuesto, en Venecia era donde solía quedar con ella. Francesca Hayley.

Justo en aquel momento, estaba mirando al suelo, buscando entre el desorden de ropa algo que ponerse.

Él la miró con una sonrisa.

—Siempre haces lo mismo, Francesca.

—¿Qué es lo que hago? —se giró a mirarlo un instante y sintió que todo su cuerpo se volvía a encender. Una locura. Cuando lo conoció hacía trece meses se había mantenido alejada de él pensando que era igual que todos los donjuanes italianos a los que ella detestaba. Hasta que él, con sus encantos, había vencido todas sus barreras. No había necesitado mucho tiempo: apenas un mes.

—Insistes en vestirte incluso antes de haber salido de la cama. Me gusta verte desnuda. ¿Para qué quieres cubrir ese cuerpo tan perfecto?

—No me gusta nada que digas cosas así, Angelo. No soy perfecta. Nadie lo es porque la perfección no existe —lo miró sintiéndose como una tonta estúpida por la vergüenza que le daba ver aquella admiración en su rostro.

La perfección sí existía. Al menos la física. Angelo era perfecto: un metro ochenta y ocho, moreno, con una estructura perfecta, masculino y, lo que lo hacía más impresionante, una inteligencia incansable. Todo junto formaba una mezcla irresistible.

Y Francesca no había podido resistirse; pero no quería hacerse

ilusiones.

—Discrepo —dijo él, cruzándose de brazos detrás de la cabeza sin apartar los ojos de ella. Ella era el sueño de cualquier hombre. Una modelo sin la figura del insecto palo y con un cerebro que le hacía preguntarse por qué diablos se había metido en un mundo tan superficial como el de la moda.

—De todas formas, tengo que encontrar mi ropa —dijo mientras buscaba en la pila de ropa y sábanas con un pie. Al final desistió—. Voy a buscar algo de comer. ¿Quieres algo?

—Vuelve a la cama, Francesca —dijo él, dando unos golpecitos en el colchón—. Tú sola puedes saciar mi apetito.

Ella sonrió.

—Dios mío, no puedes decir algo en serio.

—Lo he dicho muy en serio.

La alcanzó antes de que tuviera tiempo de llegar a la cocina.

Angelo la agarró por detrás, pero no la hizo girarse. En lugar de eso, escondió la cara en su pelo, respirando su aroma, deseándola más de lo que había deseado a nadie.

Al principio, había pensado que sus separaciones frecuentes, cada uno en una parte del mundo, serían algo bueno. Las relaciones solían volverse pesadas; la pasión inicial pronto se volvía tediosa y predecible y no había nada peor para una relación que la predictibilidad.

Pero eso no le pasaba con ella. La echaba de menos cuando no la tenía cerca. Últimamente, se había encontrado pensado en ella en medio de una reunión, deseando volver a verla.

—Tenemos que hablar —murmuró él, rodeándola con sus brazos —. Voy a estar aquí tres noches y después volaré a Nueva York para dos jornadas de reuniones y, luego, a Londres.

Francesca sintió la familiar punzada de decepción que se guardó para sí.

—¿Cuál es tu agenda? ¿Crees que tenemos alguna posibilidad de vernos en los Estados Unidos?

¿Había sonado como si estuviera pidiéndoselo? Esperaba que no; él nunca pedía nada. Por eso tampoco le iba a pedir que lo acompañara. Nunca le habían faltado las mujeres; pero ahora sólo quería estar con ella.

Francesca se deshizo de su abrazo y encendió la luz de la cocina.

—No —dijo ella, mientras se dirigía al frigorífico. Había llegado unas horas antes que él y había tenido tiempo de comprar algunas cosas. Sin mirarlo, sacó queso y unos tomates.

—De acuerdo.

—No es que yo no quiera, Angelo… —había empezado a decir mientras sacaba el pan.

—Tu horario de trabajo es más frenético que el mío —dijo él, haciendo un esfuerzo por sonar desenfadado—. Me gustaría que me miraras mientras estoy hablando contigo.

—No puedo mirarte y cortar pan al mismo tiempo —hizo una pausa y levantó la cara hacia él—. Me gustaría poder ir contigo, Angelo. De verdad, me encantaría que me enseñaras Nueva York; pero sabes muy bien que vas a estar muy ocupado. Seguramente no tendríamos mucho tiempo. Además, tienes razón, mi vida es frenética —se encogió de hombros y sonrió—. Pero sólo tengo veinticuatro años; si no es así ahora, ¿cuándo lo va a ser? Eso por no mencionar el hecho de que tengo que ganarme la vida.

—¿En serio? —hizo una pausa para darle más énfasis a la pregunta. Después caminó hacia donde ella estaba y la giró hacia él —. No tienes una vida muy extravagante —murmuró él, sujetándole la cara con las dos manos y acercándola a él para darle un beso seductor. Cuando se retiró, aquel pequeño enfado por su negativa a ir con él fue reemplazado por la satisfacción de saber que aquella mujer era completamente suya. La tocaba y ella se derretía, y eso era algo completamente satisfactorio.

—Sé que tienes un apartamento en París, pero es de alquiler. ¿Adónde va toda la fortuna que cobras?

—No cobro ninguna fortuna —la conversación estaba derivando a aguas que ella no deseaba tocar.

—¿En serio? Siempre pensé que las modelos sólo se levantaban de la cama si le ofrecían una buena suma por tomarse la molestia.

Francesca se rió.

Tenía una risa contagiosa. Había sido una de las primeras cosas que le habían llamado la atención de ella. Estaba en un pequeño grupo de mujeres espectaculares y su risa rica y cálida la había hecho sobresalir como la única con un toque de realidad y cierto sentido del humor. Y cuando se reía, siempre echaba la cabeza un poco hacia atrás de manera que su melena larga y sedosa casi le

llegaba a la cintura. Le agarró el pelo con las dos manos y se lo enrolló entre los dedos.

—¿Me vas a decir que no es verdad? —preguntó él.

—Te voy a decir que eres un dinosaurio en cuanto a ese tipo de informaciones.

—Tengo treinta y cuatro. Una etapa un poco sensible. Un hombre podía ofenderse por una descripción de ese tipo... —la besó en el cuello mientras con una mano le acariciaba un mechón.

Francesca sintió su erección y gimió de placer. Él le agarró una mano y comenzó a chuparle el jugo de tomate de los dedos y los gemidos de ella se hicieron más altos.

No era justo que tuviera la capacidad de desintegrarla de aquella manera.

—¿Te he dicho ya lo sexy que eres?

—Varias veces —susurró ella, echando la cabeza hacia atrás, sabiendo que él no podría resistirse a acariciarle los pechos.

Angelo la empujó hacia la mesa de la cocina y ella se preguntó si quienquiera que la hubiera diseñado se habría imaginado el uso tan poco convencional que ellos le daban.

Cuando se echó sobre ella, empezó a trazar la línea de su pezón con la lengua y ella tuvo que hacer un esfuerzo por mantener el control. Ya habían hecho el amor un par de veces desde que él llegó hacía unas horas, pero seguía deseándolo con la misma intensidad que cuando lo vio llegar y corrió a sus brazos.

Quería que le acariciara los pechos con la boca y él lo hizo. Quería que explorara otras partes de su anatomía, y lo hizo. Mientras, ella cerraba los ojos y disfrutaba de su contacto.

Todavía le sorprendía pensar que ningún otro hombre hubiera conseguido arrancarle tanto placer; hasta que lo conoció a él su cuerpo había sido como un trozo de hielo. Sin embargo, con él se había hecho de fuego.

Cuando por fin se introdujo en su interior, ella ya estaba al borde del orgasmo. Llegaron los dos juntos con un estremecimiento que pareció durar una eternidad.

Él estaba sudando cuando la ayudó a sentarse. Ella también.

—¿Mejor que un bocadillo? —bromeó él, apartándole el pelo de la cara.

—Mucho, mucho mejor que cualquier comida. Aunque no sea yo

la que cocina.

Solían bromear sobre sus habilidades culinarias que eran inexistentes. Alguna vez, él le había dicho que por qué no aprendía a preparar pasta y ella siempre le había respondido que para qué se iba a molestar cuando había restaurantes donde siempre lo harían mejor que ella.

—Pero todavía tienes hambre, ¿eh?

—¿Me haces tú algo?

—¿Qué me vas a dar a cambio?

—¿Qué te gustaría?

«Que vinieras conmigo a Nueva York. Tenerte conmigo».

—Que me dejes bañarte...

Como todo lo que Angelo hacía, cuando preparaba algo de comer lo hacía con estilo. Era el legado de su padre italiano, le había dicho una vez. Un padre italiano, una madre irlandesa y una infancia en el centro de Chicago.

—Tu ascendencia italiana es evidente —dijo ella, mientras él se paseaba desnudo por la cocina—. Pero, ¿dónde está tu lado irlandés?

Él no solía hablar de su pasado, sólo decía cosas sueltas y ella deseaba saber más.

—¿Te gustaría más con el pelo rojo y con pecas? —le dijo mientras le pasaba un plato de tomate con queso, aceite, vinagre, sal y especias.

—Podrías haber sido atractivo —dijo ella mirando su pelo negro azabache, sus ojos casi igual de oscuros y sus facciones angulosas. El hijo preciado. Sus padres habían deseado tener muchos hijos; pero sólo lo habían tenido a él. Ahora ansiaban tener nietos. Se lo había contado hacía siglos, cuando ella le había preguntado por qué seguía soltero. Él le había respondido que quería vivir la vida y que cuando sentara la cabeza, sería para siempre; no creía en el divorcio.

—¿Te habrías enamorado de alguien así?

«¿Enamorarse?» ¡No! Ellos nunca habían hablado de enamorarse y jamás habían mencionado la palabra amor.

—El pelo rojo es un poco extraño para un hombre —dijo ella, esquivando la pregunta—. Te habrían tomado el pelo en el colegio.

—No lo creo —dijo él con una mirada maliciosa.

—Es cierto —dijo ella con sinceridad—. Das miedo.

—¿A ti te doy miedo?

—No; pero sé que puedes darlo.

—¿Eso crees?

—Vamos, Angelo. No me digas que no asustas a nadie cuando haces una de esas grandes operaciones; cuando quieres ganar y alguien se pone en el medio.

—Yo lo llamo persuasión —dijo él con una sonrisa.

Eran extraordinarias las libertades que ella se tomaba con él. Ella se había saltado todos los límites desde el principio, y seguía haciéndolo. Y a él no le importaba lo más mínimo. De hecho, le gustaba.

Pensó en lo que iba a pasar después, mientras estaban tumbados en la cama, diciéndole lo que tenía que decirle, imaginándose su cara.

—No puedo tomar toda esta grasa con este pan delicioso —dijo Francesca—. Cuando esté tan gorda que tenga que dejar mi trabajo, te echaré a ti la culpa.

Se levantó y se dirigió hacia el baño, hablando con él mientras caminaba, sabiendo que él la estaría mirando con una sonrisa, apreciando cada línea de su cuerpo.

Cuando estaba sola, muchas veces pensaba en el precio que había pagado por lo que él consideraba la perfección. Pequeñas mentiras que había dicho, mentiras cobardes que le había contado porque sabía que era lo que él quería oír, imágenes que se había construido sobre ella que no se parecían en nada a la realidad... Ahora, aquellas mentiras se habían convertido en una avalancha. Francesca no quería pensar en ello y, como se veían poco, no le había resultado muy difícil.

—Algún día tendrás que dejarlo. Ya sabes lo que dicen —dijo él de repente.

Ella se asomó a la puerta.

—¿De qué estás hablando?

—La vida de una modelo es corta —señaló él—. ¿Qué harás después? —dijo él mientras la seguía al baño.

Ella dejó de sonreír, pero él no se dio cuenta porque se había girado a llenar la bañera.

Francesca pensó que estaba diferente.

¿Querría que le respondiera con sinceridad? Quizá estaba cansado y por eso hacía cosas raras.

—Oh, no lo sé. Quizá empiece una línea de cosméticos Francesca Hayley. ¿No hacen eso todas las modelos? O quizá me podría dedicar al cine.

—¿Al cine? Nunca te lo permitiría.

—No había pensado que tú fueras a opinar —se cruzó de brazos y lo miró, segura ya de que algo estaba pasando.

—Tú eres mi mujer. Por supuesto que tengo que opinar.

—¡Vaya! Mira que eres arrogante. De nuevo aparece tu lado italiano.

—Te encanta. Admítelo.

Francesca no contestó. Entró en el baño y fingió que se concentraba en el agua.

—De todas formas, nunca lo haría. No se me ocurre nada peor. Es un mudo de mentira —dijo con un escalofrío y, entonces, se le ocurrió que ella era la persona menos indicada para hablar de mentiras—. Dime qué estás haciendo en Nueva York —dijo para cambiar de tema—. ¿Sigues con la compra de ese terreno en Greenwich Village?

—Eso ya está cerrado. Ahora, estamos trabajando en una fusión con una empresa de Londres —cerró el grifo y pareció perderse en sus pensamientos.

—¿Es *top secret*? —dijo ella bromeando—. Ya te lo he dicho muchas veces, Angelo; sólo los agentes secretos tienen que ocultar lo que hacen —dijo ella mientras se metía en el agua.

—Cariño, no tienes ni idea de cómo funciona el mundo de los negocios. Una palabra equivocada en el oído equivocado y un negocio se puede ir al traste en cuestión de minutos.

Ella sonrió.

—Haces que suene interesante.

—Lo es.

—Pero algún día tendrás que dejarlo, Angelo. Ya sabes lo que dicen de las vidas tan estresantes —dijo ella mientras él se metía en el otro lado de la bañera—. Te estás haciendo mayor. ¿Qué harás después? ¿Crear tu línea de cosméticos para hombres?

Él soltó una carcajada. Después, la atrajo hacia sí y la sentó entre sus piernas para lavarle el pelo. Ella se relajó mientras él le

daba un masaje en el cuero cabelludo. Ya era muy tarde y no tendría tiempo de secárselo, pero no le importaba. Podía permitirse el lujo de no preocuparse por su apariencia.

—Quizás lo haga —dijo él.

—No lo creo. ¿Cómo se me ocurrió sugerirlo?

—No lo sé. Me conoces muy bien. Mejor que cualquier mujer...

—¿Es eso bueno? ¿No crees que es imposible conocer a alguien del todo?

Durante unos segundos, se preguntó cómo reaccionaría él si le contara todo lo que no sabía de ella. La tentación duró poco. Hasta que pensó en las consecuencias. Se quedaría sin Angelo y sólo pensarlo se ponía enferma. Aunque sabía que no había futuro para ellos, todavía no estaba dispuesta a echarlo todo por la borda.

—Pero es mejor que no nos pongamos serios —continuó ella—. Me prometiste un baño de espuma y mimos —dijo ella guiando las manos de él hasta sus pechos—. Ya sabes cómo nos gusta que nos mimen a las modelos.

Él la mimó.

Después, dudó que ella hubiera disfrutado tanto como él. Le encantaba recorrer su cuerpo con las manos enjabonadas; centímetro a centímetro, lentamente. Después, cuando ya tenían la piel reblandecida, la secó con una toalla y le prohibió que se pusiera nada para dormir; aunque a lo largo del tiempo él había elegido toda la ropa que utilizaba para la cama. Sin embargo, esa noche quería sentir sólo su piel. Por mucho que le gustara la seda y el encaje.

—¿Eres feliz, Francesca? —preguntó él en voz baja cuando por fin se encontraron cara a cara en la cama.

Ella lo miró sorprendida e incómoda.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —dijo él con suavidad, acariciándole el pelo— que nos encontramos como trenes en la noche. Vivimos con una maleta en la mano y eso no es muy satisfactorio...

—Pero así es. No podemos hacer nada —el corazón de ella comenzó a latir más rápido. Lo conocía muy bien y sabía que algo estaba pasando.

—¿Por qué dices eso?

—Sabes por qué. Mi trabajo implica viajar mucho y el tuyo

también. Angelo, ¿tenemos que hablar de esto ahora? Estoy agotada.

—No hay nada como el presente.

—Dejémoslo todo como está. Me preguntaste si era feliz y sí, lo soy. Mucho —lo miró con una gran sonrisa. Ella se había convertido en una experta en vivir el presente.

—¿Eres feliz con verme ocasionalmente? ¿Con que tengamos que organizarnos como si fuéramos socios?

—Soy feliz cuando estoy contigo y eso me basta. Por favor, dejemos esto.

—Podrías mudarte de París a Londres; volver a tu país.

—El sitio da igual, Angelo. Pero tú eres un hombre al que le gusta sentirse libre y lo sabes. ¿Cuántas veces me has dicho que en cuanto empiezas a oler el aroma de la estabilidad, te empiezas a poner nervioso? —intentó suavizar la atmósfera con una sonrisa—. Quizá prefiera tenerte conmigo de vez en cuando que arriesgarme a perder tu interés...

—Quizá haya otra opción —dijo él sintiendo que se iba a lanzar por un precipicio. La sensación era la más aterradora que hubiera sentido jamás.

Ella abrió los ojos.

—Voy a trabajar en Londres. Propiedades. Un par de bufetes con los que me voy a asociar. Voy a establecer allí una sede. Vente conmigo.

Francesca sintió que la cabeza le daba vueltas. Levantó las rodillas, se las rodeó con los brazos y apoyó la cabeza en las piernas, como si estuviera mareada. Podía sentir los latidos locos de su corazón, como un tren sin frenos.

Giró la cabeza y lo miró.

—Mi trabajo... —dijo sin fuerza.

—Puedes hacerlo allí. Puedes trabajar con revistas. No me digas que eso no es mucho más lucrativo. Puedes ganar un montón de dinero.

Ella podía sentir que él estaba sonriendo mientras hablaba y le recorría la espalda con un dedo.

—Y tendremos más tiempo para nosotros. Menos viajes para mí... Quién sabe, quizá estés más a gusto en tu país que dando vueltas por el mundo, ¿eh? Y no tendríamos por qué seguir

escondiéndonos. Siempre nos vemos en este piso de Venecia o en hoteles de Europa y ya estoy cansado.

—Tú no eres una persona a la que le guste asentarse, Angelo. Ya lo dijiste. Tienes un alma libre, como yo.

Angelo sintió el pánico en su voz y lo rechazó. Le estaba ofreciendo algo que nunca le había ofrecido a ninguna mujer en su vida; ni siquiera parecido. Ella tenía miedo de que él se cansara de ella si se veían demasiado, si acababan con el misterio de la clandestinidad. Eso era comprensible.

—¿No estás cansada de dar vueltas? —frunció el ceño—. ¿De los encuentros ocasionales? ¿De hacer el amor sabiendo que el tiempo no está de nuestro lado y que siempre uno de los dos tiene que irse a subir a algún avión para volar a otra parte? Quiero que vengas a sitios conmigo, presentarte a la gente. Trabajo en lugares muy visibles, en hoteles de lujo, en sitios exclusivos. Quiero llevarte del brazo, a mi lado… mi mujer perfecta, bien educada y adecuadamente presentable.

Francesca sintió que se ponía enferma. No podía continuar en la cama, tenía que moverse. Sin avisar, apartó la colcha y se dirigió al armario para ponerse ropa interior y una camiseta. Él tenía razón. La ropa era un testimonio de la vida errante que llevaban. Algo de ropa allí, otras cosas en el piso de París, una maleta preparada por si la llamaban y no tenía tiempo de preparar nada.

—¿Qué estás haciendo?

Antes de darse cuenta, él estaba a su lado. Las piernas le temblaban, pero estaba mejor de pie, su estómago estaba menos revuelto.

—No es una buena idea, Angelo.

El pánico era algo a lo que le podía hacer frente. Pero la tranquilidad de su voz era como un golpe en el estómago. La agarró de los brazos y la giró hacia él.

—¿Qué estás diciendo?

—Por favor, Angelo. Dejemos las cosas como están. Así nos va bien. ¿Por qué arreglar algo que no está estropeado? —intentó reírse, pero no lo logró.

—No deberías tener miedo a pasar más tiempo juntos; eso no estropeará nuestra relación. Llevamos un año saliendo y es normal que demos un paso adelante —volvió a intentarlo, pero su cabeza le

latía con más fuerza. Sí, había tenido miedo de lanzarse al precipicio; pero había imaginado que caería sobre un colchón. Desde luego, no se había imaginado que debajo encontraría roca.

—No hay paso adelante, Angelo —dijo ella. Se obligó a mirarlo a la cara y, desde luego, era lo más difícil que había hecho en su vida. Y sabía muy bien por qué. Porque se había enamorado de él. Estaba irremediablemente y estúpidamente enamorada.

Vio que la ternura de su cara daba paso a la incredulidad y, después, su rostro se crispó.

—No quiero jugar a la familia feliz contigo. Era feliz con la relación que teníamos. Me gustaba —se sentía como una enterradora cavando su propia tumba.

—Ya veo.

«¡No puedes entender nada porque yo no puedo explicártelo! »

—No quiero volver a Inglaterra —continuó ella—. Quizá algún día; pero todavía no. Y no quiero irme a vivir contigo y convertirme en tu compañera en esa vida de lujo. Si eso es lo que quieres, será mejor que busques a otra persona que haga ese papel.

La mirada de él era dura y dolía mucho.

—En ese caso, no hay nada más que decir.

Se alejó de ella y caminó hacia la puerta. Hizo una pausa sin girarse, agarrado al pomo. Después, se volvió hacia ella y la miró por última vez.

—Me voy a dar una ducha. Muy larga. Cuando salga, no quiero encontrarme contigo. Toma todas tus cosas y, Francesca… —se quedó unos segundos en silencio—. Asegúrate de que nunca te encuentro en mi camino.

Capítulo 2

—SÓLO son tres, Angelo, y quiero que te tomes un poco de interés.

Georgina no estaba muy contenta, se le notaba en la expresión de la boca y en cómo movía arriba y abajo su zapato de tacón de aguja. Angelo estaba dispuesto a discutir; ¿no se había tomado ya interés al decirle lo que quería en el menú? Ahogó un suspiro de impaciencia y miró a su prometida.

Desde los impresionantes ventanales de su oficina en Londres se veía un cielo azul sin nubes. Había descubierto que los veranos ingleses no eran tan calurosos como los italianos y no tenían la humedad de los neoyorkinos y, además, le gustaba la incertidumbre. El cielo podía estar azul un día y completamente gris al siguiente. Se levantó de la silla y caminó hacia el sofá donde estaba su prometida.

—Deja que les eche un vistazo —tomó los menús y se sentó a su lado.

Georgina, animada por su muestra de interés, empezó a describirle los detalles sobre la comida y los restauradores que podían servirla.

—Tenemos que acertar —afirmó—. Es nuestro gran día y sabes toda la gente importante que asistirá. No podemos permitirnos ningún desliz. Por eso te recomiendo que nos decidamos por alguien con referencias. Mi madre contrató a los hermanos Walton en una ocasión y son geniales. Sólo tienes que ver cómo lo presentan todo.

—¿Por qué quieres mi opinión si ya tienes una decisión tomada? —preguntó él. Por supuesto, sabía la razón. A pesar de toda su sofisticación, su elegancia y su seguridad, no quería que él se sintiera mal con nada. Y así era como debía ser.

—Tú eras el que insistías en que tenía que ser comida italiana auténtica, cariño —le pasó una mano por el cuello amorosa y Angelo meneó la cabeza y se levantó.

Ya se había decidido y no se trataba de los hermanos Walton. Estaba seguro de que su elección se toparía con un muro de

resistencia, pero eso no le preocupaba. Georgina aceptaría su decisión sin levantar el tono de voz.

—¿Quién es Ellie Millband?

—Cariño, una amiga de una amiga la contrató en una ocasión y parece que es bastante buena; pero no sé si podrá servir al gran número de invitados que nosotros tenemos. Me imagino que debe estar empezando.

—Su menú es interesante.

—Y los otros también, Angelo.

—¿Y? —dijo él perversamente—. Me encanta darle oportunidades a la gente; me hace sentirme bien.

—¡Angelo, se trata de nuestro banquete de boda! Seguro que hay un momento mejor para ejercer la caridad.

—¿La has entrevistado?

—No... no la tomé muy en serio.

Angelo intentó no fruncir el ceño ante el tono petulante de su novia.

«Va a ser mi esposa dentro de tres meses», se dijo a sí mismo. «Y va a ser la esposa perfecta». Su pasado era impecable, lo cual era muy importante para un hombre como él; un hombre que se movía en el estrato más alto de la sociedad. También lo admiraba hasta la devoción, era razonablemente inteligente e incuestionablemente hermosa. Una mujer de metro setenta con la tez cremosa de la belleza inglesa, los ojos azules y redondos de una muñeca y su pelo rubio sedoso.

—Prepara una cita e iré a verla —dio él—. Puedes confiar en mí: si no es perfecta para el banquete no la contrataré —caminó hacia ella y le levantó la cara con la mano—. Si no me gusta, seguiremos la recomendación de tus padres, ¿de acuerdo? —sonrió ausente, con la mente en el trabajo que tenía entre manos—. Ahora tienes que marcharte, *cara* —le dijo mientras miraba el reloj.

—Ya lo sé, cariño. Trabajo, trabajo, trabajo —le regañó mientras pegaba su cuerpo al de él para darle un abrazo—. No olvides que mamá nos espera para cenar mañana para hablar de los preparativos.

—No sabía que una boda fuera algo tan complicado —dijo mitad en broma mitad molesto—. Y dime cuándo puedo ver a esa chica. Si está libre esta tarde, puedo hacerle un hueco a las cuatro y media

antes de ir al Savoy.

—Seguro que estará libre —dijo ella airada—. Un trabajo de estas dimensiones hará que dé saltos de alegría. Pero no te olvides: cualquier señal de que no está a la altura y no le damos el trabajo; ¿lo prometes?

Le estaba ofreciendo la boca para que le diera un beso y Angelo cumplió, mientras le abría la puerta. —Por supuesto —murmuró él —. Ahora, márchate ya, preciosa. Te recogeré mañana a las ocho.

—A las siete lo más tardar, Angelo.

—Haré lo que pueda.

Eran un poco más de las cuatro y media cuando Angelo entró en el pequeño restaurante de Covent Garden. Los locales del centro de Londres siempre estaban llenos de turistas, especialmente a mediados de julio y con un calor que invitaba a tomarse una cerveza.

La impresión inicial no le gustó. No había querido darle la razón a su prometida, pero quedar con alguien en una hamburguesería en el centro de Londres para discutir lo que sería un trabajo importante le parecía una estupidez. Se podía imaginar la reacción de Georgina: seguro que se habría dado la vuelta nada más llegar a la puerta.

Si la elección del lugar de la cita elegido por Ellie Millband contaba, se había quedado sin trabajo. Pero ya que había atravesado medio Londres para llegar hasta allí y, teniendo en cuenta que tenía una media hora libre, decidió entrar. Le preguntó a la camarera por la señorita Millband y le sorprendió cuando le dijo que estaba abajo en el restaurante.

—Gracias.

—Está en una mesa del fondo.

El restaurante estaba casi vacío, lo cual era una sorpresa después de lo abarrotado que estaba el bar.

Ella estaba sentada al fondo, mirando fijamente a unos papeles que tenía en la mesa. Tenía el pelo negro que le llegaba por lo hombros detrás de las orejas. Unas orejas perfectas y, aunque no estaba mirando hacia él, habría reconocido esa cara en cualquier parte del mundo. La había visto en sus sueños mucho más tiempo del que quería recordar y la imagen mental, después de tres años, todavía lograba llenarlo de ira.

Cada músculo de su cuerpo se puso en tensión. Tuvo que agarrarse a la barandilla. Rápidamente, pensó que debía darse la vuelta y volver por donde había llegado y decirle a Georgina que Ellie Millband ya no era una candidata para el puesto. Eso habría bastado; ni siquiera habría tenido que darle una explicación.

Pero el sentido común sólo duró lo que dura un abrir y cerrar de ojos. Enseguida, caminó hacia ella. En cuanto ella levantara la cabeza y lo mirara, vería al hombre al que había rechazado hacía tres años. Al imaginar su sorpresa se le aceleró el pulso con una especie de placer sádico.

Nunca había imaginado que la volvería a ver; aunque su imagen nunca se había borrado de su cerebro. Aunque le había costado recuperarse; al final lo había logrado. Su vida había vuelto a su rutina del trabajo, interrumpida con algún ligue ocasional hasta que había decidido que había llegado el momento de casarse, de sentar la cabeza y tener una familia. Aunque su imagen había persistido a lo largo del tiempo, dejándole un amargo sabor de boca e impotencia.

Se dio cuenta de que estaba apretando los puños cuando llegó a la mesa. Entonces, ella levantó la mirada hacia él.

La sonrisa de bienvenida que había preparado para su posible cliente se desvaneció inmediatamente. Nada la había preparado para aquello. ¿Qué estaba haciendo Angelo Falcone allí? ¿Estaba allí de verdad? ¿Delante de ella? Pestañeó varias veces, deseando que desapareciera la visión; pero él seguía allí, más grande y más atlético y mucho más prohibido de lo que lo recordaba.

—¿Sorprendida de verme, Francesca? Perdona, ahora eres Ellie Millband, ¿no?

—¿Qué estás haciendo aquí? —susurró ella, fascinada por la familiaridad de su rostro y aterrada por una dureza que ella, en todo el tiempo que había estado con él, no había visto nunca.

—De hecho, venía a hacerte una entrevista —le hizo una señal a la camarera que pasaba por allí y se pidió una bebida. Después se sentó y la miró con frialdad—. Aunque ahora no sé a quién tengo que entrevistar pues parece que has cambiado de identidad.

Francesca hizo un esfuerzo por concentrarse.

—Estaba esperando a...

—A mi prometida.

—Tu prometida —se había hecho la ilusión de que permanecería soltero lo cual era una estupidez considerando que era un pez muy gordo y muy atractivo. Miró a su portafolio confundida y, después, lo miró a él. Las manos le estaban temblando.

—Enhorabuena —le dijo—. Yo... me parece...

—¿Y quién eres tú? —la interrumpió él—. ¿Te llamo por tu nuevo nombre o era el anterior el inventado? Cuéntame, me interesa —tenía el pelo más corto pero le sentaba aún mejor y, aunque la ropa era diferente, llevaba un traje de chaqueta que le permitía ver que su cuerpo seguía siendo el mismo. Seguía teniendo el mismo cuerpo proporcionado que lo había vuelto loco.

El recuerdo de cómo lo afectaba no lo suavizó. Estaba unido a demasiada amargura.

—Francesca Hayle era el nombre que utilizaba de modelo; pero ya no me dedico a eso. Mira, Angelo, siento mucho haberte hecho perder el tiempo, a tu prometida y a ti; pero creo que esta conversación no tiene ningún sentido —hizo el amago de levantarse, mientras agarraba el bolso que estaba en el suelo.

—Siéntate, Francesca.

Su voz era tranquila e iba cargada de amenaza.

Ella quiso decirle que era Ellie Millband y no Francesca, pero las palabras no le salieron.

—Somos viejos amigos y ex amantes... —su sonrisa la hizo temblar—. Seguro que podemos ponernos al día sobre cómo nos ha ido la vida.

—No tiene ningún sentido, Angelo —dijo haciendo un esfuerzo para mirarlo.

Reconocía las líneas de su cara, la belleza masculina que había encontrado tan atractiva; sin embargo, no podía evitar pensar que era un total extraño que no hacía ningún esfuerzo por ocultar su desagrado.

—He venido para hablar de los menús para la comida de tu... boda; no, para hablar del pasado.

—Pero hay que ser más flexibles, ¿no crees? —su bebida había llegado y él le dio un trago sin apartar los ojos de ella.

Sintiendo una punzada, ella llegó a la conclusión de que él estaba disfrutando de aquel encuentro. Su vida había continuado sin ella y ahora le complacía verla incómoda. No podía culparlo. Si

le funcionaran la piernas, se habría levantado y le hubiera negado esa satisfacción. De repente, pensó que debía haberse pedido algo más fuerte que un agua mineral.

—¿Qué quieres saber? —preguntó ella con los labios apretados.

—Vaya, vaya. Cualquiera diría por tu tono que no te alegras de verme. Es extraño teniendo en cuenta que tú fuiste la que cortó —la furia hizo que sintiera un nudo en el estómago—. Veamos, ¿qué quiero saber? —volvió a llevarse el vaso a los labios y la miró por encima del borde. La venganza era una emoción impropia, lo sabía. Pero en aquel instante, podía sentir su dulzura en la lengua y se alegraba de no haberse marchado cuando la vio—. Me sorprende que dejaras tu lucrativa carrera de modelo. ¿Qué salió mal? ¿Era Europa demasiado pequeña para los dos?

—Me pareció un buen momento para volver a Inglaterra —dijo ella, levantando la barbilla con arrogancia—. Ya había ahorrado algo de dinero y quería cambiar de trabajo.

Sus miradas se entrecruzaron y ella notó el calor y se sintió desfallecer al comprobar el poderoso efecto que seguía teniendo sobre ella—. Pero no es un cambio de vida tan grande como el tuyo —continuó—: dentro de poco te vas a casar; te deseo buena suerte —dijo con una sonrisa forzada, queriéndose marchar de allí.

—¿Y tú? ¿No tienes novio?

Francesca pensó en Jack, que se estaría preguntando qué tal iría la entrevista.

Al verla dudar, él interpretó que había alguien y sintió una punzada de celos primitiva que lo atravesaba como si fuera un cuchillo.

—Claro que lo tendrás —dijo con suavidad—. Una mujer tan hermosa como tú...

—No hace falta que me digas piropos, Angelo —dijo ella cortante—. Me odias y por eso no entiendo qué haces aquí, fingiendo que charlamos.

—¿Odiarte? El odio es un sentimiento contraproducente —se dio cuenta de que tenía el vaso vacío y resistió la tentación de pedirse otra copa. Aparte de que beber tan temprano era una estupidez, tenía una cena importante esa noche y tenía que estar despejado. Además, si no se ponía en movimiento, se arriesgaba a llegar tarde. Se echó para atrás y le hizo una señal a la camarera. Al diablo con

todo. Otro whisky con soda no le haría ningún mal.

—Siento mucha curiosidad; háblame de él. Después de todo, ya lo sabes todo de mí.

—No hay nadie —pobre Jack. Estaba segura de que no le gustaría que dijeran de él que no era nadie; pero no quería seguir con las mentiras. Aunque, ya nada importaba. Cuando se marchara de allí, nunca volvería a verlo jamás. Por supuesto, tampoco lograría el trabajo para el que tanto se había preparado.

—Ay, Francesca —se llevó el vaso a los labios—. Quizá me hayas mentido sobre tu nombre...

—No te he mentido. Millband es el apellido de mi madre y siempre me he llamado Ellie Francesca, aunque sólo utilizara el segundo nombre.

—Pero ahora sí me estás mintiendo. ¿Quién es él? ¿Crees que me importa?

Por supuesto que no le importaba. Y a ella tampoco. En una ocasión él le dijo que eran trenes que se cruzaban en la noche; pero, ahora, eran trenes surcando continentes distintos. Ya no tenían ningún impacto en la vida del otro.

—Se llama Jack —le dijo, encogiéndose de hombros—. Trabaja conmigo. Empezamos este negocio juntos —se quedó mirando al vaso de agua y le dio un pequeño sorbo.

—Jack. ¿Cómo lo conociste? ¿Otro ex modelo?

Por primera vez desde que lo había visto, Francesca sonrió de verdad. Jack siempre había sido el chico de más éxito entre las adolescentes, pero era el héroe de los chicos malos. Pensó en su cabeza afeitada y en su espalda llena de tatuajes; nada parecido a un modelo. No pudo evitar reírse al pensar en él.

Aquella risa seguía siendo tan fresca y encantadora como siempre.

—No es modelo —dijo él sonriendo indiferente—. Entonces, ¿qué? ¿Un hombre de negocios? ¿Alguien con traje de chaqueta y bombín?

—Angelo, se te nota la vena italiana. Los hombres ya no llevan bombín —y el pasado no debería trepar por la piel de una persona como si fuera un ladrón en medio de la noche—. Creo que es hora de que me vaya —dijo con calma—. Lo siento. Esto ha sido una sorpresa...

—Pero, ¿y los menús? —preguntó él—. No quiero que vuelvas a casa sin que me digas lo que tenías pensado para mi boda...

—¡Vale ya! —se había sonrojado—. Siempre supe que eras duro; pero nunca imaginé que pudieras ser tan cruel.

—¿Cruel? ¿Estoy siendo cruel? Explícamelo. Me encuentro contigo después de tres años y te pregunto con amabilidad qué ha sido de tu vida. Después, te pido que me enseñes los menús que me imagino que has traído y ¿me dices que soy cruel?

—Sabes muy bien a qué me refiero.

—No tengo ni la menor idea de lo que estás hablando. El tiempo suele afectar a la memoria sobre las relaciones pasadas y las expectativas.

No había ni pizca de calidez en su mirada. La había encontrado por sorpresa y había logrado tratarla con educación. Ahora mostraba interés en los menús como prolongación de esa amabilidad. La furia y el desagrado estaban allí, podía sentirlos; pero seguro que era por haberla encontrado de repente. No creía que hubiera pensado mucho en ella, aunque hubiera dañado su ego. Para él sólo era una extraña con la que se había visto de vez en cuando durante unos meses.

Ahora iba a casarse. Había encontrado el amor y el afecto y estaba planeando su boda con ilusión. Tomó aliento e intentó controlar sus emociones.

—Tienes razón. ¿Has visto el menú que preparé? —rebuscó en su bolso sintiendo los ojos de él clavados en ella y sacó unos folios impresos. Sin apartar los ojos del papel, le mostró las diferentes opciones.

Era extraño, estar sentada allí, hablando de un trabajo que nunca se iba a hacer. Fingiendo que aquella situación era normal mientras el corazón le latía a toda velocidad. Su cabeza era como un ordenador cargado de información e imágenes que no paraba de mostrar.

—¿Qué tal es ella? —las palabras salieron de su boca antes de tener tiempo de pensar.

—¿Qué? —Angelo la miró con educación.

—Lo siento. Quise decir... bueno, me alegro de que hayas encontrado a alguien con quien compartir tu vida. Me alegro por ti, Angelo.

Y ella también había encontrado a alguien. La vida seguía su curso; aunque él no se alegraba por ella. Inclinó la cabeza en respuesta a sus palabras y volvió al menú.

—Cuando decidí asentarme y empecé a cocinar me di cuenta de que no me disgustaba —le explicó ella—. Después, pensé que podía dar un paso más y dedicarme a cocinar para otros.

—Me sorprende que decidieras asentarte, teniendo en cuenta que la última vez que hablamos rechazabas la idea por completo.

Entonces a él se le ocurrió que, obviamente, sólo rechazaba la idea de asentarse con él.

—Lo sé. Todavía creía que quería seguir con la aventura, pero...

Él se dio cuenta de que se ponía colorada y comprendió: se había asentado porque había encontrado a la persona adecuada. Él nunca había sido ese hombre y, quién sabía, tal vez este otro siempre había estado allí. Después de todo, ella había sido libre y habían pasado largas temporadas separados; cabía la posibilidad de que hubiera tenido a otra persona. Otra persona excitándola, haciéndole el amor. Aquella idea nunca se le había pasado por la cabeza; pero, ahora, rápidamente cobraba forma y lo llenaba de veneno.

—Ha sido para bien. Después de todo, hemos encontrado a nuestros compañeros perfectos —la mente se le nublaba con imágenes de su traición. Habían pasado tres años y descubría que la furia que sentía hacia ella sólo había estado encubierta.

Francesca lo miró indecisa, preguntándose qué se escondía detrás de aquellas palabras amables.

—He tomado una decisión —dijo él de repente, devolviéndole los papeles y señalando al reloj.

Era un hombre ocupado y lo entendía. Francesca se puso de pie.

—Claro —dijo ella rápidamente—. Ninguno de los dos esperaba.... Buena suerte con tu boda.

—Tienes el trabajo.

Ella necesitó un par de segundos para asimilar lo que él acababa de decir.

—¿Qué... qué? —tartamudeó, sorprendida.

—Ya me has oído. Tienes el trabajo. Me pondré en contacto contigo a lo largo de la semana que viene.

—Pero, no quiero el trabajo.

—¿Por qué motivo?

—¿Que por qué? ¡Porque éramos amantes, Angelo! Podemos mantener una conversación civilizada porque somos adultos y no tenemos elección; pero no pienso trabajar para ti. ¿Cómo crees que se sentiría tu novia si se enterara de que la encargada del banquete es tu ex amante?

—Me alegro de que utilices el prefijo «ex». ¿Y por qué diablos iba a enterarse Georgina de que una vez, hace años, tuvimos una aventura? Es totalmente irrelevante. Te voy a contratar porque me gusta el menú. Sólo tenía que elegir a un restaurador y pedirle lo que quería con exactitud —el dinero siempre conseguía que la gente se adaptara y él siempre había tenido mucho. No. Esa excusa no se la creía ni él; la verdadera razón era que quería vengarse de ella por haberlo rechazado y por haberse visto con otro hombre a sus espaldas.

—No quiero el trabajo. Gracias de todas formas.

—No te he dado elección.

Sus miradas se encontraron y Francesca se negó a apartar los ojos.

—¿Cómo vas a obligarme? ¿Vas a encerrarme en una mazmorra si no hago lo que quieres? No estamos en la Edad Media y no eres mi dueño. Puedo pasarme sin este trabajo.

—¿De verdad? Londres es un lugar muy pequeño. Una palabra en el oído apropiado y... —se encogió de hombros de manera exagerada y a ella no le cupo duda de las implicaciones de su amenaza—. Sé cómo verían los futuros clientes el hecho de que rechazaras el trabajo de tu vida porque no creyeras que estabas a la altura de las circunstancias.

—No harías eso —el color había abandonado sus mejillas. Lo haría. Destrozaría lo que había construido sólo porque una vez había dañado su ego masculino. Era una reacción enfermiza, pero ella sabía que, bajo aquel aspecto sofisticado, él tenía la sangre caliente de un italiano. Eso también era lo que lo hacía tan atractivo: la pasión bajo el autocontrol de acero. Se sintió desfallecer.

—Quizá no —concedió él—. Pero, ¿estás dispuesta a arriesgarte? ¿A perder lo que tienes? Tu novio trabaja contigo por lo que imagino que también estarías poniendo en juego su futuro.

—¿Por qué? ¿Para hacerme pagar por el pasado? ¿Es eso, Angelo?

—Un concepto tan antiguo como la Biblia. Pero también me gusta lo que ofreces. ¿Por qué te crees que he venido hasta aquí? Deberías sentirte halagada. Ahora, tengo que irme. Tengo una cita de negocios y me imagino que estarás deseando marcharte a esa bonita casa tuya para empezar con los preparativos con tu… socio, ¿no?

—Angelo…

—No tienes miedo, ¿verdad, Francesca? ¿Por tener que verme?

—¡Claro que no!

—Bien —en su cara había una sonrisa, pero su mirada era fría—. En ese caso, estaremos en contacto. Se marchó sin mirar atrás.

Ella se quedó como si le hubiera pasado un tornado por encima. Sabía muy bien que no había logrado olvidarlo, pero de ninguna manera estaba preparada para el efecto que había causado en ella. Y sólo pensar que iba a tener que volver a verlo… Pero no podía hacer nada al respecto. No necesitaba ese trabajo; pero no podía permitirse perder clientes. La tenía en una trampa y lo único que ella podía hacer era pasar por aquello intentando salir lo más ilesa posible.

Capítulo 3

ANGELO preparó su llamada a la perfección; igual que lo preparaba todo. Esperó lo suficiente para que ella se hiciera a la idea pero no tanto como para que pudiera planear alguna excusa. Porque ahora que la había vuelto a ver había descubierto que, en lo más profundo de su mente, ella era una historia sin concluir.

Se apartó del escritorio y se reclinó en el asiento para poder estirar las piernas. Durante los dos últimos días, había tenido que enfrentarse a Georgina. Después de su consternación inicial por que hubiera elegido a unos desconocidos, había decidido hacerse cargo del asunto. Sin embargo, él no se lo había permitido.

—Pero, no hace falta que pierdas tu tiempo —se había quejado Georgina—. Mamá y yo...

—Respetaréis mis deseos, espero.

—Pero no entiendo...

—¿Qué es lo que no entiendes? Querías que participara en los preparativos y es lo que voy a hacer —así puesto, Georgina no tuvo más remedio que aceptar.

Agarró su teléfono móvil y tecleó el número de la tarjeta que le estaba haciendo un agujero en el bolsillo desde hacía tres días.

Francesca respondió inmediatamente y, durante un segundo, escuchar su voz al otro lado de la línea le recordó a cuando solían hablar por teléfono; en ocasiones durante horas.

—Soy Angelo —dijo abruptamente.

—¿Qué tal estás?

—¿Tienes la agenda a mano? ¿Cuándo podemos quedar para hablar del menú?

—Angelo... No sé si estoy preparada para servir un banquete para tanta gente...

—¿No hemos hablado ya de ese tema?

—Pero....

—Puedo quedar con vosotros mañana por la noche. Georgina también vendrá.

Recordó las conversaciones largas y seductoras de hacía tres años, cuando hablar con ella había sido un alivio físico para él

después de un duro día de trabajo. Podía recordar su dulce y cálida voz, su risa, cómo bajaba el tono para susurrarle cuánto lo echaba de menos, cuánto echaba de menos hacer el amor con él. Se preguntó entonces si le habría estado diciendo las mismas cosas a otro, a alguien más indispensable para ella.

—A las seis y media en la cafetería del Savoy —le dijo cortante —. Os espero a tu socio y a ti.

Francesca escuchó el clic del teléfono cuando él colgó sin darle la oportunidad de hablar. Dejó escapar un suspiro de resignación y se giró hacia Jack que estaba sentado en la mesa de la cocina.

—No será tan malo como crees —fue lo primero que dijo al verle la cara.

Francesca lo miró e hizo un esfuerzo por sonreír. Jack conocía todos los detalles de la situación, pero no sabía nada de la profundidad de los sentimientos que ella había albergado durante años; la sensación de un amor perdido por razones que se escapaban a su control.

—No; será peor. No me extrañaría si nos hiciera ir allí para luego rechazarnos porque no somos aptos para el trabajo.

—Eso significaría que es un hombre amargado.

—Exacto.

Aquélla era una situación a la que nunca deberían haber llegado. Ella no debería haberlo conocido, no debería haberse enamorado de él. En teoría, debería haberse enamorado del hombre que estaba sentado al lado de ella. Tenían la misma edad, procedían del mismo lugar, habían compartido los mismos amigos...

La chica más guapa del colegio con el chico malo más atractivo. Deberían haber terminado juntos, pero el destino había planeado para ellos otra cosa. Había decidido que se hicieran amigos y su amistad era tan fuerte que excluía cualquier otro tipo de relación.

—Debe haber sido para él una gran sorpresa —le dijo Jack con una sonrisa malvada—. Quizás aún lo excitas.

—Oh, por favor. De eso hace años. No, lo que quiere es verme caer porque tuve la temeridad de rechazarlo. Y Angelo no es el tipo de hombre que se tome con amabilidad el que una mujer lo rechace.

—Nosotros no caeremos, Ellie.

—Él me llama Francesca. Para él, soy la mujer que lo rechazó y

corrió a empezar una nueva vida contigo.

—Lo cual, en cierta medida, es cierto.

—Pero no como él piensa. Él piensa que somos pareja.

—Quizás así sea más seguro —dijo Jack pensativo. Se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en la mesa—. Quiero decir que no intentará nada si piensa que yo estoy ahí, ¿verdad?

—¿Intentar algo como qué ?

—Besos, abrazos... cosas así.

—Por favor, ¡está comprometido!

Jack se encogió de hombros.

—A la mayoría de los hombres eso no les detendría.

—Jack, eres... eres...

—¿Totalmente realista? —sonrió cariñosamente—. ¿Piensas que por eso no tengo éxito con las mujeres?

—Tienes mucho éxito con las mujeres y lo sabes. Simplemente, no quieres lanzarte.

—Porque soy realista. Sé que en el mismo instante en el que me lance, estaré pensando en llegar nadando al otro lado de la piscina.

—Eres imposible.

—Es obvio que ese hombre siente aún algo por ti. —Odio. Sé que podría destrozar nuestras carreras sólo por venganza.

Jack la ignoró.

—Y quizás sea algo bueno que haya vuelto a tu vida. Quizás al verlo de cerca, con su mujer, puedas mirarlo desde otra perspectiva y continuar con tu vida. Podrías sacártelo de la cabeza de una vez por todas. No puedes terminar como una solterona, Ellie. Sobre todo cuando hay tantos tipos deseando pillar a un bellezón como tú.

—Oh, qué tonta por mi parte. Y qué egoísta. Mira que no mirarlo desde ese punto de vista —dijo ella seria; aunque, tal vez, sólo tal vez, él tenía razón. Quizás necesitaba ver a Angelo Falcone con su prometida embarcándose en la gran aventura de su vida antes de poder dejar el pasado atrás. Le gustara o no, el pasado la había mantenido cautiva durante demasiado tiempo.

—Sabía que estarías de acuerdo con el viejo Jack. Podemos fingir que somos pareja si eso lo hace más fácil. Unas cuantas mujeres ya han dicho que soy sexy —se cruzó las manos por detrás de la cabeza—. Lo cual significa que los hombres calvos también pueden ser atractivos.

Francesca no pensaba que Angelo pudiera tener algún sentimiento hacia ella, aparte del evidente de querer verla sufrir; pero se sentiría un poco más segura si Jack se interpusiera como una barrera emocional entre ellos.

Francesca le advirtió sobre lo que debía decir y lo que no. Al final, acordaron que sólo hablarían de comida, lo cual a él se le daba fantásticamente bien. En el caso de que se hiciera algún silencio embarazoso, le informó que debía comenzar a hablar de la cocina italiana, de lo cual sabía más que la mayoría de los italianos; especialmente interesante teniendo en cuenta que nunca había puesto un pie en Italia. Bajo ninguna circunstancia, le había advertido repetidamente, iba a comenzar a hablar del pasado.

Al día siguiente, Jack sacó del armario su único traje de chaqueta y se puso una corbata de rayas rosas que ella nunca había visto. Según él, se trataba de un regalo de una de sus novias.

Jack no tenía una belleza clásica, pero siempre había conseguido encantar a las mujeres. Tenía unos ojos azules maliciosos y un aspecto de chico malo que siempre había atraído a sus víctimas.

Ella se tomó su tiempo para vestirse. Un traje de chaqueta blanco, sencillo pero elegante.

El corazón le latía a toda velocidad cuando llegaron a la cafetería del hotel. El tiempo que había pasado desde la última vez que se vieron y las veces que había intentado convencerse de que no iba a suceder nada malo, no habían conseguido apaciguar sus nervios. Lo buscó por toda la sala, pero no lo encontró. No estaba.

—Relájate —le dijo Jack en voz baja.

Pero ni siquiera cuando estaban sentados, con su zumo de naranja encima de la mesa, podía relajarse. Comenzó a pensar que habría cambiado de opinión; que su novia le habría convencido para que lo dejara porque, al fin y al cabo, ella no importaba. Después, no habría encontrado el momento para llamarla y decirle que había cambiado de planes y…

Cuando al final vio su figura familiar en la puerta ya se había convencido de que no iban a molestarse en aparecer.

Colgada de su brazo, iba una rubia de estatura pequeña; impecablemente peinada con un traje de chaqueta y una camisa de seda de flores. Escuchó a Jack tomar aliento y sonrió interiormente imaginándose en lo que estaría pensando… Georgina era

exactamente el tipo de mujer que le volvía loco. Rubia, pequeña, frágil. Le resultaría muy difícil no coquetear con ella y, en su honor, tenía que decir que no lo hizo. Al menos no durante los primeros cuarenta y cinco minutos en los que estuvieron hablando de los menús, de los ingredientes y de todo lo concerniente a la comida.

Todo el tiempo, Francesca mantuvo los ojos apartados de Angelo; pero cada nervio de su cuerpo era consciente del cuerpo de él en la silla de al lado y de la mano de Georgina, reposando posesivamente en su muñeca.

No se atrevió a reconocer cuánto le dolía observar aquella familiaridad, la forma en la que Georgina giraba la cara hacia él y le sonreía cada vez que él decía algo; la forma en la que le acariciaba la pierna o el brazo. Esperaba que no se le notara que los estaba mirando, pero sabía que estaba completamente en tensión.

A la mesa llegó una botella de vino y, aunque ella intentó negarse, Angelo le sirvió una copa y se la ofreció. El leve contacto de sus dedos la hizo retirar la mano rápidamente. Cuando sus ojos se encontraron, la fría sonrisa del rostro de él demostraba que se había dado cuenta de su reacción exagerada.

—¿Cómo os decidisteis por este negocio? —escuchó que Georgina le preguntaba a Jack cuando ya habían acabado de discutir la mayoría de los detalles de la comida y ella estaba comenzando a pensar que había llegado el momento de marcharse.

—Una buena pregunta —respondió Angelo. Se inclinó hacia delante y centró todo su interés en Francesca—. ¿Un sueño compartido, tal vez?

—Exactamente —Jack sonrió y miró a Francesca de reojo—. Francesca los convence con su aspecto espectacular y yo les robo el corazón con mi soberbia cocina —miró a Georgina y levantó las cejas con picardía.

—Los dos cocinamos —explicó Francesca, con una sonrisa nerviosa—. También hay un número de personas que nos ayudan cuando tenemos que servir a un grupo más grande de gente.

—¿Y quiénes son esas personas? —preguntó Georgina a Jack.

—Normalmente son gente de la escuela de cocina.

Jack tenía todos sus sentidos puestos en la rubia y, a juzgar por el color de sus mejillas, ella estaba disfrutando de la atención masculina.

Francesca se imaginó que Angelo se pondría furioso.

—Es hora de marcharnos, Jack —sonrió educadamente e intentó darle una patada a su compañero—. Les mantendremos informados de nuestros progresos y, quizás, sin pudieran, nos gustaría que nos dijeran si hay algún cambio...

Hasta entonces, Jack había logrado evitar cualquier tipo de conversación personal, pero estaba empezando a sentirse demasiado cómodo y había comenzado a preguntarle a Georgina sobre sus gustos en la comida, arriesgándose a cruzar la fina línea entre la educación y el coqueteo.

—Jack —dijo ella muy seria, girándose hacia él—. Estas personas tendrán que marcharse. Es hora de despedirnos.

—Aún no tenemos que irnos. A Angelo y a mí nos ha sorprendido vuestra variedad en comida continental. ¿Habéis viajado a todos esos lugares que os han inspirado?

Francesca evitó dejar escapar un gruñido y Angelo pidió otra botella de vino.

Jack respondió encantado, sintiéndose en su elemento, y les habló de comida con el aplomo de un cocinero talentoso.

Francesca se dio cuenta de que Georgina era una buena bebedora. Y Angelo... ¿en qué estaba pensando? Su cara era una máscara. ¿Estaría pensando en llevarse a su prometida a casa? ¿En hacer el amor con ella? Al estar tan cerca de él se sentía agonizar porque le recordaba al pasado, a las veces en las que no podía soportar tenerlo cerca sin arrancarle la ropa.

Llegado un momento, Francesca simplemente se levantó y esperó a que Jack hiciera lo mismo. A Georgina le brillaban los ojos; demasiado vino.

Caminaron todos hacia la salida, Georgina del brazo de Angelo, y se despidieron, asegurándose de que se mantendrían en contacto y que llamarían si hubiera algún problema.

De vuelta a casa, no se molestó en escuchar a Jack mientras enumeraba las virtudes de la rubia. El hecho de ver juntos a Angelo y a Georgina había sido todo lo que necesitaba: un golpe en la cara y el final definitivo para todas las tonterías que había estado almacenando en su mente sobre el amor.

La había contratado para hacer un trabajo y lo haría bien. Angelo Falcone quizá deseara verla fracasar, pero ella no iba a

permitir que eso sucediera y tampoco iba a permitir que él la pusiera nerviosa. Lo último que necesitaba era venirse abajo y que él la mirara con lástima y desprecio.

El taxi dejó a Francesca primero. Jack y ella vivían cerca. De hecho, alguna vez habían pensado compartir la casa; pero los dos habían rechazado la idea. Ella no quería tener que soportar la desordenada vida personal de Jack y él, sospechaba ella, no querría correr el riesgo de tener que estar escuchando sus sermones. Así que, él continuaba pagando su renta y ella continuaba con su hipoteca, aunque se veían a diario.

Lo primero que Francesca hizo fue deshacerse del traje y darse una ducha.

Después, se puso unos vaqueros viejos y una camiseta aún más vieja y fue a la cocina a prepararse algo de comer. Cuidaba su comida y no le importaba cocinar.

Estaba sentada delante de la tortilla de champiñones cuando el timbre de la puerta sonó.

En aquel momento, le hubiera gustado tener un mayordomo que le dijera a Jack que estaba ocupada y que no pensaba salir con él para tomar una copa.

Pero no tenía mayordomo, así que se levantó y se dirigió hacia la puerta. Cuando la abrió descubrió que no se trataba de Jack.

—¡Angelo! ¿Qué haces aquí? —la cadena seguía puesta.

—¿Es un mal momento?

—Inconveniente. Estoy cenando.

—Quería pedirte disculpas en nombre de mi prometida —se apoyó contra la puerta de manera que si ella decidía cerrar tendría que hacer bastante fuerza.

—No hace falta —le dijo ella a regañadientes—. Y si te apoyas más fuerte en la puerta vas a romperla.

—Ése es el problema de hoy en día. Es imposible encontrar cosas bien hechas. ¿Me vas a dejar pasar?

—Ya hemos hablado de la comida para tu boda.

—Te lo dije, quería disculparme por Georgina.

«No hace falta que entres para disculparte», pensó ella. Pero era su cliente, al menos de momento. Y lo que era más importante: era alguien que podía destruirla si quería. Además, ella era una profesional.

Con un suspiro, quitó la cadena.

Él entró mirando a su alrededor con curiosidad.

Era un viejo y pequeño chalet adosado, pero que había sido redecorado con todo tipo de detalles. La vieja moqueta había desaparecido y había sido reemplazada por un parqué de madera. Había quitado el papel de las paredes y había pintado cada habitación con un tono diferente. Las cortinas eran vaporosas y caían sobre el suelo.

—Es bonito —comentó Angelo, antes de volver a mirarla a ella —. ¿Lo has hecho tú sola o te ayudó tu novio?

—Creo que viniste a pedir disculpas.

—Eso se me da mucho mejor con una taza de café en la mano.

Francesca dejó escapar un suspiro.

—Será mejor que vengas a la cocina; me has pillado en medio de la cena.

—Huele bien.

—Angelo... —hizo una pausa y se giró para mirarlo—. Ya charlamos hace tres días y hablamos en serio sobre los menús esta tarde. Así que, por favor, puedes ahorrarte los cumplidos.

Se había cambiado la camisa y se había puesto un polo; estaba muy guapo. Demasiado guapo y atractivo.

—Deja de actuar como una niña, Francesca. No hay nada malo con los cumplidos. Pareces olvidar que no te busqué a propósito.

Francesca no respondió. Se sentó en la mesa y miró a la tortilla con disgusto. Después, se obligó a comer algo mientras el agua hervía.

Él se sentó en la silla de enfrente y ella evitó la tentación de apartar las rodillas por si acaso la tocaba. Una locura. Se habían tocado con demasiada pasión hacía tres años y ahora no podía arriesgarse a permitir el más leve roce.

—Tengo que confesar que tenía curiosidad por conocer a tu novio. No es lo que yo esperaba.

Francesca se encogió de hombros y apartó el plato.

—Lo que tú esperaras no es asunto mío.

Le preparó un café, molesta porque recordaba cómo le gustaba: cargado, solo y sólo una cucharada de azúcar.

—No hace falta que te disculpes por tu prometida. Es normal que el vino se le subiera a la cabeza con el estómago vacío. ¿Le

gustaron nuestras propuestas?

Angelo observó a Francesca mientras se movía por la cocina, recogiendo. Hablando de cualquier cosa menos de lo que quería hablar: su socio.

Jack no había sido modelo, pero hacían buena pareja, como si les fuera bien juntos, y eso había sido demasiado. Le enervaba que aquella mujer pudiera tener aún aquel efecto sobre él después de todos aquellos años y después de la manera en la que había salido de su vida.

Había dejado a Georgina en casa, había vuelto a su piso y había decidido que ya tenía edad y experiencia suficientes para controlar sus emociones. Sin embargo, se había encontrado de nuevo en su coche, tecleando la dirección de la tarjeta en el navegador y conduciendo para verla.

—Después de tantos años mezclándote con la gente más glamurosa del mundo de la moda nunca me habría imaginado que terminarías con alguien tan.., digamos... ¿con tan poco estilo?

—Quizá encuentre refrescante estar con alguien al que no le impresiona cómo se ganen la vida las personas o cuánto dinero tengan.

—¿Estás diciendo que yo era así?

—No estoy diciendo nada —aunque era cierto. ¿Le habría dedicado él algún segundo si ella hubiera sido cajera en un supermercado? ¿Y no era significativo que hubiera acabado con una mujer de cuya clase debía enorgullecerse?

—¿Desde cuándo lo conoces?

—Un tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—No es asunto tuyo, Angelo. No puedo borrar que en el pasado estuviéramos juntos; pero ahora mi vida no es de tu incumbencia.

—Pero sigo preocupándome por tu bienestar. Y, sinceramente, no sé que ves en él.

Francesca lo miró con incredulidad.

—¿Por eso has venido? Porque quieres demostrarme lo que te preocupas por mí —lo miró con resentimiento, molesta por la manera en la que había aparecido en su casa—. Quiero a Jack —dijo con sinceridad—. Trabajamos juntos y nos llevamos bien. Y no me importa lo que tú opines de él. De hecho, me parece muy

superficial que juzgues a alguien por su apariencia. El interior es lo que cuenta; aunque no creo que lo entiendas.

Ella sabía que aquélla era una conversación sin sentido. Sabía que debía mostrarse cordial pero distante, recordarse que era un hombre que estaba a punto de casarse con la mujer de la que estaba enamorado. Pero el hecho de habérselo encontrado después de tanto tiempo había trastocado todo su mundo.

—¿Porque yo soy muy superficial? —le preguntó él con una sonrisa fría—. No recuerdo que nunca me dijeras que opinabas eso de mí hace tres años.

—Salías con una modelo —contestó ella—. Eso lo dice todo.

—O sea, que consideras que en aquella época eras superficial. ¿No es así?

—Yo tenía glamour y eso te atraía.

—¿Y a tu novio no? Mírate al espejo, Francesca. Quizá ya no lleves ropa de diseño, pero sigues teniendo la misma cara y el mismo cuerpo. Por mucho que hayas dejado la moda, tu físico sigue atrayendo a los hombres y cuando la atracción se acabe, ¿qué pasará? ¿No me dirás que no te diste cuenta cómo coqueteaba con mi prometida?

Francesca lo miró.

—Es una persona agradable, Angelo. Lo siento si pensaste que estaba coqueteando con Georgina; pero nunca haría algo así.

—¿Porque está comprometido contigo?

—Sé que quieres hacerme daño, Angelo; pero no metas a Jack en esto. No destruyas lo que hemos construido. Jack ha trabajado muy duro y no ha sido fácil para él.

—¿Qué quieres decir?

A Francesca le entraron ganas de morderse la lengua. Él había detectado algo en su voz y ahora estaba muy atento.

—Quiero decir que ha tenido que sacrificarse para poder estudiar y...

—¿No me digas que tuviste que financiarle? —no sabía muy bien lo que estaba pasando pero lo entendería—. ¿Qué intentabas? ¿Comprar su amor?

—¿De qué estás hablando, Angelo?

—Que si a tu hombre le gusta coquetear, le gustará siempre. Aunque lo tengas bien amarrado, ¿Cómo vas a saber qué es lo que

hace a tus espaldas?

Ella sabía muy bien lo que Jack hacía cuando ella se daba la vuelta: coquetear y tener aventuras porque las relaciones le daban pánico. Lo único que ella le pedía era que practicara el sexo seguro. Aparte de eso, no le decía nada más.

—Sé muy bien lo que hace —respondió ella con una sonrisa.

—¿Y no te importa?

—No hace nada que a mí me moleste —dijo con calma. Después, miró hacia la puerta.

Él se levantó.

—Muy confiada.

—¿Y tú? —le preguntó a él—. Si pensaste que Jack estaba coqueteando con tu prometida también debiste darte cuenta de que ella no lo rechazaba horrorizada.

«Ya estaba». ¿Acaso se pensaba que podía meterse en su casa y criticar su vida amorosa de aquella manera?

Capítulo 4

—LO SIENTO. Eso ha estado fuera de lugar —Francesca salió de la cocina y se dirigió hacia la puerta, deseando que se marchara de su casa.

—Complicado, ¿verdad? —dijo él, caminando hacia ella.

Apoyó una mano en la puerta para impedir que ella la abriera.

—¿Qué?

—Fingir.

—¿Fingir qué? Yo no estoy fingiendo nada —su voz estaba cargada de aprensión.

—Por supuesto que sí —dijo él con suavidad—. Los dos estábamos fingiendo. Fingiendo que el pasado ya no nos afecta y que no nos importa lo que nos pase.

—¡A mí no me importa lo que te pase a ti! —dijo ella, mirándolo a los ojos. Se encontró perdiéndose en su boca. Se imaginó que la tocaba y tuvo que luchar por controlar el temblor que amenazaba sus piernas—. A mí sólo me interesa acabar este trabajo y hacerlo lo mejor que pueda.

—¿De verdad? ¿Y normalmente tiemblas como una hoja cuando estás con tus clientes? Porque ahora estás temblando.

—¡Estoy nerviosa! —gritó Francesca—. ¡Tú me pones nerviosa!

—¿Por qué?

—¡Sabes muy bien por qué! Porque amenazaste con arruinarme, con destruir lo que Jack y yo habíamos construido.

—¿Y si te doy mi palabra de que nunca haré nada parecido? —no quería que ella le tuviera miedo. Meneó la cabeza con exasperación—. Francesca, admiro lo que has conseguido. Hay que tener muchas agallas para salir de un mundo que da mucho dinero para meterte en algo así. Y precisamente tú, que no sabías ni freír un huevo —levantó las cejas y le sonrió. La primera sonrisa genuina que había visto en su rostro desde que el destino los había reunido.

Aunque no se fiaba del todo, logró relajarse.

—Lo sé —agachó la cabeza y vio su boca sensual. Bajó la vista aún más y se topó con su pecho musculoso.

Tenía razón. Era difícil fingir que no había habido nada entre

ellos. La mayoría de las tiranteces entre ellos podrían desaparecer si pudieran hablar abiertamente. Tomó aliento y lo miró.

—¿Quieres otro café, Angelo? Te pido disculpas por mostrarme tan crispada. Temía que pudieras hacernos daño.

«Hacernos daño». Aquel plural le llegó muy hondo. Pero se guardó su reacción y decidió aceptar la tregua que ella le ofrecía.

Esperó en el salón a que ella preparara el café. Era una habitación tan moderna como el resto de la casa.

Ella volvió mientras él inspeccionaba la decoración. Con cuidado, dejó la bandeja con el café en la mesa de centro que había al lado del sofá. Después, se sentó en un sillón y lo miró.

—Siempre imaginé que acabarías en una casa en el campo con una valla de madera —dijo él por fin, mientras agarraba su taza de café.

—Algún día —dijo ella encogiéndose de hombros—. Pero todavía no. Londres es el lugar ideal para este trabajo.

—¿Adónde fue todo tu dinero, Francesca?

—Las casas de Londres no son baratas y especialmente las casas que están en un lugar decente.

—¿Entonces gastaste todos tus ahorros en esta casa?

—Casi todos —agachó la cabeza, sabiendo que él se daría cuenta de que no era posible. Ella había sido una modelo de éxito durante un tiempo y los ingresos habían sido elevados—. También hay una cocina en la parte de atrás. Tuve que mandarla construir y no fue barato.

—¿Y cómo contribuye tu novio en todo esto? ¿Qué hacía antes de cocinar?

Era una pregunta sin segundas intenciones. Francesca intentó no ver ninguna crítica en ella. Él se estaba portando como un adulto y ella tenía que hacer lo mismo.

Tomó aliento y respondió, aunque de manera evasiva, a una pregunta potencialmente peligrosa.

—Trabajaba aquí y allá. Ya sabes. Bueno, no creo que sepas. No puedo imaginarme que alguna vez hicieras algo así.

—Nunca le he visto el sentido a perder el tiempo intentando varias cosas antes de tomar la dirección adecuada. La vida es demasiado corta para cometer equivocaciones —la única equivocación que él había cometido en la vida tenía que ver con la

mujer que tenía sentada enfrente. Tenía la cara de un ángel y, durante un periodo de su vida, había pensado que tenía la personalidad perfecta para él. Pero no había sido así. Había estado bien con él, pero nunca había visto un futuro para ellos. Ahora, se sentía bastante orgulloso por haber logrado superar el deseo primitivo de venganza que lo había invadido cuando la vio y poder estar allí sentado, manteniendo una conversación civilizada. No sólo eso, sino que además el tema era su amante. Por supuesto, también ayudaba que él tuviera a Georgina.

—Algunas veces hace falta equivocarse antes de tomar la dirección apropiada —dijo Francesca, pensando en todas sus equivocaciones del pasado.

—¿Te refieres a nosotros? —preguntó Angelo con suavidad y ella se puso colorada.

—No, por supuesto que no.

—¿Entonces a qué? ¿A tu pasado? ¿Antes de que nos conociéramos?

—No —dijo ella rápidamente—. Tienes razón. Me refería a nosotros. Quiero decir, al hecho de que estés comprometido. Es maravilloso —dejó escapar un suspiro—. Y Georgina es perfecta para ti, Angelo.

—¿En qué sentido?

—Bueno, es hermosa, con estudios y... sofisticada...

—¿Y tú no eras esas cosas?

—No estamos hablando de mí —las pequeñas mentiras que le había contado volvieron a su cabeza. Ella nunca había estudiado y su sofisticación sólo había sido una máscara. Si se rascaba un poco se encontraba la cruda realidad. Aunque él nunca lo había sabido—. ¿Cómo la conociste? —preguntó, para cambiar de tema.

—En una fiesta que dieron unos amigos.

Francesca se podía imaginar la escena. Un grupo de gente de buenas familias con estilo y mucho dinero. Podía imaginarse la reacción de Angelo al encontrarse a la rubia, la pasión, la persecución. Ella lo había vivido durante un tiempo y le había encantado.

—Debes estar nervioso con la boda.

—Es el momento —se encogió de hombros y volvió a dar un sorbo a su café—. No hace falta que me mires así de horrorizada,

Francesca. ¿No me digas que todavía crees en el amor?

—Por supuesto que sí.

—¿Eso es lo que has encontrado con tu novio? ¿Amor, romance y la promesa de un final de cuento?

—¿Qué tiene eso de malo? —se miró las manos y le pasó por la cabeza la mentira sobre su relación con Jack. Ahora ya no podía dar marcha atrás.

Angelo sintió una punzada de celos y sonrió con frialdad.

—Nada si tienes la cabeza en las nubes. Tienes razón: Georgina y yo hacemos buena pareja. Ella es todo lo que cualquier hombre podría desear en una esposa.

—¿Y qué cosas son ésas?

—Ella odia los enfrentamientos tanto como yo. Encuentro eso admirable en una mujer. Consigue que la atmósfera sea armoniosa.

—Ten cuidado no se convierta en tu felpudo —murmuró ella sin aliento y él se inclinó hacia ella.

—¿Qué quieres decir?

—Me pregunto si un matrimonio en el que no haya ningún tipo de enfrentamiento puede ser lo suficientemente atractivo para un hombre como tú, Angelo.

Él abrió la boca para ponerla en su lugar, pero ella continuó hablando.

—Quiero decir, ¿no te vas a aburrir de estar con alguien que está de acuerdo contigo en todo?

—¿Estás diciendo que estoy cometiendo un error con mi novia? —preguntó él con frialdad.

—No, por supuesto que no. Pero estoy segura de que Georgina no es tan sumisa como tú pretendes.

—Quizá, después de mi experiencia contigo, he descubierto que prefiero a una mujer que me respete.

Francesca se quedó en silencio. De acuerdo, ella había roto la relación. Él le había pedido más, pero no le había pedido que se casara con él. Eso se lo había guardado para la mujer apropiada.

—Entonces, enhorabuena. Has encontrado a alguien que encaja perfectamente en tu vida —le respondió ella mientras se levantaba —. Estoy muy cansada, Angelo. Ha sido muy agradable hablar contigo —caminó hacia la puerta y esperó allí por él—. Me alegro de que podamos hablar como dos personas civilizadas.

Él estaba justo delante de ella y sintió que se le secaba la boca.

—Estás temblando otra vez, Francesca. No me digas que todavía te doy miedo. Te aseguro que si todo sale bien, te recomendaré a mis amigos.

—Gracias —apenas podía hablar, sólo podía fijarse en cómo se movía su pecho.

Angelo levantó una mano y le pasó un dedo por el brazo. Apenas un roce, pero lo suficiente para sentir que se derretía. Se apoyó con fuerza contra el marco de la puerta para no caerse al suelo.

—¿Francesca, te has preguntado...? —preguntó él con suavidad.

—¿Preguntarme? ¿Preguntarme qué?

—Cómo sería hacer el amor de nuevo...

—No, no lo hecho. Eso es... eso es... muy desagradable. Vas a casarte, Angelo. Sé que puedes ser un cínico con respecto a las historias de amor, pero ¿es que no tienes ningún tipo de lealtad?

—No hace falta que te muestres tan indignada —la miró con una sonrisa—. No te estaba proponiendo que nos desnudáramos e hiciéramos el amor en el vestíbulo de tu casa. ¿No estarías pensando en eso, verdad? Como tú dijiste, el pasado es el pasado.

—Yo... yo —tartamudeó ella.

—Nunca engañaría a mi novia. Lo cual no quiere decir que no pueda pensar en ello. Después de todo, éramos buenos en la cama...

—Deberías controlar tus pensamientos, Angelo. Y no deberíamos hablar de esto.

—Creía que ya habíamos acabado de fingir.

—Es hora de que te marches.

—¿Te avergüenzas de esta conversación?

—Es totalmente inapropiada. ¿Qué diría Georgina si supiera... ?

—¿Que tuvimos una aventura? No creo que le importara. Afortunadamente, no es celosa.

—Yo lo sería —murmuró ella.

—Entonces debiste tener una buena pelea con tu novio después de su comportamiento de esta tarde.

—Te lo dije, Jack no estaba ligando.

—Entonces, tengo que decirte que no sabes mucho sobre el lenguaje del cuerpo.

En aquel instante, estaba leyendo el de su propio cuerpo y no le gustaba lo que decía: La forma en la que reaccionaba ante él, cómo

sus pezones se hinchaban dentro del sujetador.

—¿Y tú no sentiste celos, Angelo? No me lo creo. Aunque me digas que no crees en el amor no te olvides que te conozco. Siempre me preguntabas por todos los modelos con los que trabajaba.

—Afortunadamente, desde entonces he aprendido a utilizar mi cabeza en lo que se refiere a las mujeres —dijo él. Abrió la boca para decir algo, pero en ese momento sonó el timbre.

Ella se dirigió hacia la puerta, con la respiración entrecortada, y la abrió para encontrarse con su salvador: Jack.

—Está aquí —susurró mientras agarraba a su amigo del brazo.

—Y según veo te está poniendo de los nervios.

—No es el momento de bromear, Jack. Sólo... rodéame con el brazo y haz que eres mi novio, ¿de acuerdo?

Con su brazo alrededor de ella, por fin se sentía segura y a salvo de los ojos negros que le estaban abriendo un agujero en la espalda.

Angelo miró de pasada a Jack y, después, posó su mirada fría en Francesca, que no soltaba a su amigo.

—Estaremos en contacto.

—Por supuesto —dijo ella con una sonrisa forzada. Sintió un gran alivio cuando él cerró la puerta—. Tendrás que tratar tú con él, Jack.

Soltó a su amigo y caminó hacia la cocina, sabiendo que él iría detrás.

—¿Quieres que dejemos el trabajo?

Era curioso que él tuviera que cuidar de ella, cuando ella había sido siempre la que había cuidado de él. Pero los malos días de él habían terminado; los de ella parecía que comenzaban ahora.

—¿Y olvidarme de mi orgullo? Este trabajo es importante y no vamos a dejarlo —dejó escapar un suspiro—, pero está jugando conmigo, Jack. Nunca había sido así, como un gato que juega con el ratón. También me dijo que no pensaba utilizar su influencia en nuestra contra y lo creo, pero le gusta hacer que me sienta incómoda cada vez que estoy con él.

—Estás incómoda... ¿Y por qué no le dices la verdad?

—No.

No quería ver cómo la miraba con los ojos abiertos. Quizá la odiara por abandonarlo, pero si supiera toda la verdad, la despreciaría y no quería eso. De nuevo su orgullo; ¿y quién no

tenía?

—No —insistió ella—. La solución es que tú te encargues del trato con él.

—De acuerdo —atrajo una silla con el pie y se puso más cómodo —. Ahora puedes escucharme. Ni siquiera me has preguntado por qué estoy aquí cuando debería estar por ahí tomándome algo…

De nuevo la historia de un marido enfadado… de que él no sospechaba nada… con un niño… ya nunca volvería a confiar en una rubia… él ya le había dicho que sólo quería divertirse…

La historia de él consiguió que se olvidara de su problema durante un rato; pero cuando Jack se marchó, después de dos cervezas, volvió a pensar en Angelo y a repasar todo lo que le había dicho.

No podía creerse que después de todo aquel tiempo, después de todos los cambios que había hecho en su vida, pudiera reaccionar ante él con tanta debilidad.

La semana siguiente estuvo muy ocupada con los libros, visitas al banco y a los clientes. La rutina diaria se había unido al miedo creciente de encontrarse con Angelo y el estrés le estaba robando el sueño.

Jack, por supuesto, había vuelto a su rutina con total normalidad, cocinando de manera soberbia, experimentando con combinaciones diferentes e iniciando una nueva relación, según él, libre de complicaciones. Él sabría mejor que nadie. A escondidas había ido a comprobar la casa de la chica cosa que, según él, no había hecho con la rubia del marido.

Sus historias divertidas conseguían entretenerla. Le pedía opinión sobre todo, desde sus platos a su vida amorosa, sin dejar en ningún momento que se perdiera en sus pensamientos. Tampoco nunca le preguntó por ellos.

Tenía que esperar hasta meterse en la cama para poder pensar en Angelo.

Si no le hubiera vuelto a ver. Si nadie los hubiera recomendado a Georgina. Si ella no hubiera estado deseando meterse en un trabajo importante. Si… si… si…

«Pero», le susurró una voz en la cabeza, «¿no te sientes viva por primera vez en años?» Aquélla era la voz que siempre tenía la última palabra antes de quedarse dormida y la primera que la

saludaba cuando se despertaba por las mañanas.

Conforme pasaban los días y Angelo no llamaba, sentía que comenzaba a relajarse un poco más.

Así estaba bien. Hacía falta que hablaran antes del día de la boda sobre los preparativos, los empleados que Angelo y Georgina necesitarían y los que ellos iban a emplear para un evento de tal magnitud.

Pero ahora no tenía que pensar en nada.

El sábado por la noche, al responder el teléfono escuchó su voz.

Se sentó cuando sintió que el estómago se le encogía.

—¿Qué estás haciendo? —fue lo primero que él preguntó, antes de que ella pudiera poner en orden sus pensamientos.

—¿Ahora? Bueno… yo… yo…

—Nada —respondió él al ver que ella dudaba—. Bien porque había decidido ir a hacerte una visita.

—Son las seis y media, Angelo. Jack y yo… tenemos planes…

—¿En serio? Es curioso. Lo he llamado a él también y un tal Rob me ha respondido al teléfono y me ha dicho que estaba en casa para pasar el fin de semana y que Jack estaría fuera hasta el lunes. ¿No lo sabías? —Angelo chasqueó la lengua con lástima—. No sabía que tu novio no te contara sus planes…

Entonces, ella recordó el partido de béisbol que él había ido a ver con sus amigos.

—Ahora lo recuerdo —dijo ella con poca firmeza.

—Pensé que podía rescatarte de una noche de soledad.

—¿No tienes nada mejor que hacer un sábado por la noche?

—Georgina no está… por aquí… así que estaré contigo en media hora. Vamos a comprar algo de comida y vamos a ver qué sabes preparar.

—Jack es el genio en lo que se refiere a la comida. De verdad, yo sólo soy el pinche. Lo ayudo a cortar y cosas así.

—No te menosprecies, Francesca. Tengo fe en tus habilidades y siento curiosidad por ver lo que puedes hacer. Hasta luego.

Francesca se quedó con la boca abierta y el teléfono pegado a la oreja.

Apenas tuvo tiempo de cepillarse el pelo y ponerse un poco de maquillaje cuando el timbre sonó. Y allí estaba él. Atractivo, informal y tan guapo que cortaba la respiración. En su puerta. Y,

aunque le horrorizaba verlo allí, también le encantaba.

—He traído el vino —le pasó dos botellas de una marca muy cara.

—Esto es una locura —dijo ella mientras el corazón le latía a toda velocidad.

—¿Qué tiene de malo hacer alguna locura de vez en cuando?

Aunque a él aquello no le parecía ninguna locura; en realidad, le parecía lo más cuerdo que había hecho en mucho tiempo. Georgina no habría estado de acuerdo. Ella también lo había llamado loco cuando había hablado con ella hacía tres días. Y muchas otras cosas; de hecho, loco había sido una de las palabras más suaves que había utilizado.

—No puedes hacerlo —le había dicho con su vaso de agua con gas en la mano—. No puedes romper este compromiso. Todo está planeado y ya hemos mandado las invitaciones.

Después de las lágrimas y de las súplicas había llegado la furia inevitable. Y aquélla había sido la fase en la que lo había llamado de todo. Él había aguantado con los dientes apretados. Lo sentía por ella; pero la decisión estaba tomada.

La actitud tranquila de él la había enfurecido aún más, sobre todo cuando le dijo que encontraría a alguien mejor para ella. Al final, ella se había marchado dando un portazo no sin antes decirle que se quedaría con el diamante y que él se haría cargo de los costes de todo lo que no se podía devolver.

En su opinión, había sido un precio muy bajo.

Lo único que no le había dicho había sido el motivo de su decisión. Eso habría sido cruel por lo que había decidido no mencionar nada de su relación previa con la mujer que supuestamente iba a servirles el banquete.

—¿Quieres comprobar mis habilidades como cocinera? —preguntó Francesca resistiéndose a imaginarse que aquello era una cita—. ¿Para el gran día?

—Eso es. Tengo el coche en la puerta, podemos ir al supermercado más cercano. ¿Dónde está?

—Normalmente compro la carne y el pescado directamente de mis proveedores del mercado —dijo ella con un toque de orgullo.

—Bueno, imagino que esta noche tendremos que conformarnos con lo que tengan en el supermercado.

Francesca se sentó en el asiento del copiloto y le indicó cómo llegar. Angelo se incorporó a la circulación y la miró de reojo. Ella estaba haciendo un esfuerzo para no mirarlo. Pero, tarde o temprano, lo miraría. No había prisa. Sentía una gran satisfacción; igual que había tomado la decisión de romper su compromiso y de hacer lo que el instinto le había estado diciendo que hiciera desde que se la encontró en aquel restaurante de Covent Garden.

La venganza era un sentimiento muy feo y no estaba allí para vengarse. Necesitaba sacársela de la cabeza y la única manera de conseguirlo sería volviendo a tenerla. El hecho de que ya estuviera con otro hombre era un tecnicismo molesto. Por lo que a él concernía, Jack y ella eran una pareja ridícula e improbable y le haría un favor haciendo que dejara aquella relación. El hecho de que Jack pudiera haber sido un rival en el pasado lo hacía todo más dulce.

La tendría y después, cuando mejor le viniera, la abandonaría. Así dejaría de obsesionarse. No tendría en cuenta sus sentimientos porque, igual que ella pensaría, en el amor y la guerra todo valía.

Capítulo 5

FRANCESCA no estaba acostumbrada a comprar en el supermercado y, cuando lo hacía, siempre elegía una hora poco concurrida.

—¿Qué tipo de comida tienes en mente? —preguntó Francesca siguiéndolo hacia la zona de los CD's.

—Algo interesante con pescado o pollo. Tú eres la experta, ¿qué sugieres?

Francesca lo miró con suspicacia. Parecía demasiado contento.

—Puedo preparar unas gambas con ajo para empezar y, después, pollo con aceitunas y pasta. Sé cómo hacer yo misma la pasta, pero no tenemos tiempo para tanto.

«Quizá otro día», pensó él.

—¿Qué te parece este autor? —preguntó él con un compact en la mano.

Ella lo miró.

—¿Vas a comprar música? Hemos venido por comida para demostrarte mis habilidades.

Ella llevaba ropa informal y estaba más atractiva que con traje de chaqueta. Los vaqueros muy gastados le quedaban como un guante y llevaba unas sandalias que en cualquier otra mujer habrían podido parecer poco estilosas. Pero las modelos, o las ex modelos, podían ponerse lo que quisieran y estar siempre bien. Francesca no era una excepción. Lo único que la diferenciaba era que tenía el peso suficiente para parecer una mujer.

Inalterable, Angelo la miró abiertamente. Podía sentir la adrenalina corriéndole por las venas ante la perspectiva de seducirla. Y de conseguirla. Una parte de él se sorprendía de que hacía menos de una semana hubiera estado comprometido para casarse con otra mujer. Por supuesto, siempre había sabido que había elegido a Georgina por su credenciales, que el cariño que sentía por ella nunca se había parecido al amor y que lo que ella había sentido por él tenía que ver más con el orgullo de haber cazado a alguien tan codiciado como él... sin embargo, no había pensado en ella desde que había roto el compromiso.

¿Se lo contaría a Francesca? ¿O se la llevaría a la cama sin decirle nada para que supiera que no podía resistirse aunque él estuviera a punto de casarse con otra? Esa última idea le sonaba de lo más sugerente.

—Necesitamos escuchar algo mientras comemos —dijo él, volviéndose para mirar otro CD. A aquel ritmo Francesca pensó que le cerrarían el supermercado antes de llegar a la pescadería.

—Yo tengo música en casa —dijo ella, quitándole lo que tenía en la mano y devolviéndolo a la estantería—. No vamos a quedarnos aquí durante horas. Si quieres que cocine para ti, de acuerdo. No es algo que ningún cliente me haya pedido antes...

—Pero yo soy único —pronunció Angelo con tanta arrogancia que Francesca dejó escapar un suspiro—. De acuerdo, de acuerdo —dijo él con las manos en alto—. Confiaré en tu gusto con la música e iremos a comprar comida.

«Y sin charlar». Ése era el mensaje que podía leer en sus ojos. Y durante los primeros diez minutos, la siguió mientras ella elegía las verduras, la carne y el pescado.

Él no solía ir de compras, de hecho, no iba nunca. Tenía un ama de llaves que se encargaba de mantenerle el frigorífico repleto. Y, por supuesto, durante los últimos meses, Georgina había cocinado para él; comida muy básica, pero comestible.

—¿Qué tipo de música escuchas? —preguntó él.

Ella estaba eligiendo la pasta y dio un salto al escuchar su voz tan cerca.

—¿Por qué?

—Porque estoy interesado —le recorrió la cara con sus ojos negros, dándose cuenta de su consternación. Estaba desesperada por mantener las distancias. ¿Sería por Jack? Algo faltaba en aquella relación. A pesar de lo que ella le había dicho sobre el amor y la unión perfecta, él no podía saber qué, pero algo fallaba. De repente, Jack no era un rival. De hecho, se estaba convirtiendo en un fantasma así que apartó el brote de celos y la miró con una sonrisa sincera.

—Cuando estábamos en Venecia siempre escuchábamos música clásica. ¿Te acuerdas? —sin mirarla, agarró un paquete de tallarines y lo echó al carro.

Francesca se quedó sin saber qué decir.

—De alguna manera en Venecia siempre sonaba bien —dijo después de un rato—. Es un lugar para la música clásica.

—Nunca pensé que no te gustara ese tipo de música.

—Me gusta.

—¿Qué vamos a escuchar esta noche mientras cenamos?

Francesca se obligó a no mostrarse incómoda por su charla. Era algo natural. Después de todo, no podían pasearse por el supermercado en silencio absoluto o pasarse toda la noche hablando de comida, por muy fascinante que fuera el tema. Si estaba molesta era culpa suya por no poder evitar que la afectara tanto.

—Tengo una buena colección de jazz —dijo mientras conducía el carrito hacia la salida.

—Eso no es muy moderno que digamos.

—Por favor, Angelo. Tú odias la música moderna.

Había mucha gente en las cajas y Francesca se dio cuenta de que la mujer de delante miraba a Angelo, probablemente intentando averiguar si era alguien famoso o no.

—Haz la prueba.

—Angelo me estás confundiendo con tu novia. ¿No debería ser ella la que te introdujera a las delicias de la música inglesa moderna?

Una sombra cruzó por los ojos de él.

—A Georgina sólo le gusta la música romántica. Ah y la clásica, por supuesto, porque es lo que me gusta mí.

—Y, naturalmente, ella nunca querría contradecir en nada a su dueño y señor —se puso colorada por su arrebato y se quedó mirando a la compra—. Lo siento. No tendría que haber dicho eso. Y antes de que me preguntes, no, no estoy diciendo que no estéis hechos el uno para el otro; pero tienes que admitir que esto es un poco extraño. Que vengas a mi casa para que cocine algo para ti. No puedo evitar pensar que Georgina no estará muy contenta —lo miró seria y bajó la voz—. Me estás poniendo en una situación incómoda. ¿Por eso has venido hoy? ¿Porque te gusta verme incómoda?

—Te estás portando como una paranoica —por supuesto, aquél era el momento ideal para decirle que Georgina y él ya no iban a casarse, y que el gran trabajo no iba a materializarse; pero no lo hizo. En lugar de eso, la miró con una sonrisa—. Si tanto te disgusta cocinar para mí, no quiero que te sientas forzada a...

—No me siento forzada —avanzó unos centímetros con el carro.

—Bien. Entonces, no hay problema. ¿Siempre hay tanta gente en el supermercado?

Francesca lo miró con una expresión horrorizada.

—Angelo, ¿podrías bajar la voz cuando hagas comentarios así? Por supuesto que los supermercados siempre están llenos de gente. ¿Cuándo fue la última vez que pusiste los pies en uno?

—Déjame pensar —comenzó a ayudarla a sacar las cosas del carro, mirándola divertido mientras ella volvía a colocar las cosas que él iba dejando de cualquier manera en la cinta—. Creo que una vez estuve en uno muy pequeño cerca de donde vivo.

—Eres un dinosaurio —susurró Francesca—. Mira, déjame que yo coloque las cosas. Estas amontonándolo todo.

—Lo ves, por eso le pago a alguien para que haga la compra por mí.

—Sí. Tienes más dinero que sentido común —y, por supuesto, para la mayoría de las mujeres, el dinero de un hombre era una característica redentora.

De camino a casa, él continuó con su charla; nada que hiciera que se pusiera a la defensiva. Una o dos veces hizo referencia al pasado; pequeños recuerdos que hicieron que sintiera calor en el pecho.

Luego, él insistió en llevar la compra dentro.

—No tengo ningún problema para llevar las bolsas —le informó serio—. ¿Por qué no vas sacando el vino del frigorífico y pones un poco de música moderna que un dinosaurio como yo no haya oído nunca?

No iba a discutir.

Él entró en la cocina y dejó las bolsas en la mesa; sin dejar de hablar con ella, como si fueran los amigos que ya no eran. Le pidió unas copas para servir el vino y descorchó una botella.

Mientras ella cocinaba, él se sirvió una segunda copa.

—Si bebes mucho no vas a poder saborear la comida.

Angelo pensó decirle que no estaba allí para saborear la comida. También aguantó las ganas de decirle que estaba muy sexy con aquel delantal de cuadros blancos y negros y que le interesaría ver cómo le quedaba sin nada debajo.

—Me gusta la música —fue todo lo que dijo, mirando hacia su

copa de vino—. Sensual.

La palabra se mantuvo el aire un buen rato.

—¿Dónde está Georgina esta noche?

—Creo que en París.

«Para superar su enfado gastando dinero», fue lo que no añadió.

—Deberías haberla traído contigo para que probara la comida.

—Prefiero probarla yo solo —le dio un trago a su copa mientras la miraba a los ojos por encima del borde.

La intensidad de su mirada la golpeó como un rayo. Demasiado para una persona con un cuchillo en la mano. Francesca dejó escapar un grito y, corriendo, fue a meter el dedo bajo el grifo de agua fría.

—¿Te has hecho daño? —Angelo estaba a su lado antes de que ella se diera cuenta de que se había levantado de la silla.

—No es nada —le dijo que una sonrisa—. Normalmente no me corto mientras estoy trabajando.

—Estás sangrando mucho. ¿Dónde tienes el botiquín?

—No estoy sangrando mucho. Es... —el resto de la frase se quedó atascado en su garganta cuando él se llevó el dedo a la boca.

—Antiséptico —murmuró él mientras la temperatura del cuerpo de ella alcanzaba límites alarmantes —¿Lo sabías? Voy a buscar una tirita.

—Están en ese cajón —murmuró Francesca.

Él abrió el cajón mientras ella permanecía a su lado con el corazón latiéndole a toda velocidad. Después, comenzó a ponerle la tirita.

—Por favor, Angelo; yo puedo hacerlo sola —aunque no estaba haciendo nada para evitarlo.

—Tonterías. A todas las mujeres os asusta la sangre. Es un hecho bien documentado —la miró con una sonrisa—. Afortunadamente, yo soy un hombre y por lo tanto se me da muy bien salir de situaciones como éstas.

—Eso es lo más... lo más...

—¿Lo más cierto que has oído jamás?

—Lo más ridículo que he oído en la vida —la tirita ya estaba en su sitio, pero él seguía delante de ella, haciéndole muy difícil respirar.

—¿Recuerdas que te dije que me hubiera gustado estudiar

Medicina?

—¿Recuerdas que yo te dije que eso no te daba el título de médico?

—Siempre pensé que había sido una respuesta airada —dijo él —. Sobre todo teniendo en cuenta que te acababa de diagnosticar una indigestión.

Durante unos segundos, Francesca no dijo nada. Después, mirando hacia otro lado, murmuró:

—Voy a seguir cocinando, si no te importa. Gracias por ponerme la tirita pero, y no quiero parecer prepotente, podría haberlo hecho yo —se giró y esperó a que él se sentara en la silla—. En realidad — continuó ella, disfrazando sus sentimientos con palabras—, el curso de cocina al que fui era muy bueno. No sólo me enseñaron a cocinar, sino que también me dieron clases de nutrición. Y también ciertas medidas de primeros auxilios en caso de accidentes en la cocina. Ya sabes, cortes, quemaduras y ese tipo de cosas —de espaldas a él, podía controlarse mejor.

—Muy interesante —durante un momento, se había dado cuenta de que ella había sido suya, y tan excitada por su contacto como él con ella. Pero no había durado mucho.

Rápidamente, ella acabó con las gambas y con la ensalada.

—¿Ése es el curso que hizo tu... novio? —preguntó él.

—Jack... no; él hizo otro. En otro sitio.

Otro muro se levantaba entre ellos. Angelo decidió dejar el tema.

—Estás haciendo que me sienta culpable, aquí sentado sin hacer nada.

—Si quieres puedes ir a dar un paseo hasta que acabe —sugirió ella—. Trabajo mejor 'si no hay nadie mirándome. Tienes razón, debe ser aburrido para ti quedarte ahí sentado mirando.

—Yo no he dicho que fuera aburrido. No has bebido nada.

Francesca dio un trago a su vino. El sabor era excelente.

—Ya está —dijo mirándolo—. ¿Satisfecho?

—No del todo —murmuró él, apurando su vaso. Se levantó pensando que definitivamente iba a tener que tomar un taxi para volver a casa. Si tenía que volver...

—No te preocupes. La comida no te defraudará. Si te aburres, puedes cambiar la música.

Él se levantó y eligió un CD de música clásica. Suave y romántico. Música para bailar con un vestido vaporoso en los brazos de un amante. La música equivocada para aquella situación en particular, pensó ella.

Ella sirvió las gambas mientras el pollo seguía haciéndose y se puso roja de placer por los ruidos de satisfacción que él hacía al saborear el primer plato.

Cuando le sirvió otra copa de vino, ella aceptó.

—Espero que no pienses que siempre bebo tanto cuando preparo la comida de mis clientes —dijo ella mientras quitaba los platos para servir el pollo—. Porque no es así.

—¿Te importa lo que yo piense?

—Por supuesto. Eres un cliente —Francesca notaba que se estaba poniendo muy alegre—. Siempre me gusta cuando alguien alaba nuestra comida.

«Nuestra». Otro muro de piedra. Tres pasos hacia adelante y dos hacia atrás. Y cada paso hacia atrás hacía que la necesidad dentro de él creciera más. No sabía lo que lo arrastraba hacia aquella mujer con tanta fuerza, sólo sabía que tenía que poseerla. Pero aquella vez él tendría todo el control. La sacaría de su mundo y se marcharía sin mirar atrás.

Aunque primero tenía que romper las barreras que había entre ellos.

—¿Sigues en contacto con alguien del mundo de la moda?

Francesca se rió.

—No. Al final estaba deseando marcharme. Entre otras cosas, estaba comenzando a parecer la madre de todas las niñas que entraban; todas, adolescentes. Algunas incluso tenían acné juvenil.

—Pensé que las modelos no podían tener granos —él no le recordó su oferta para dejar el mundo de la moda, para marcharse a Londres con él y su rechazo.

—Es cierto. De ahí el despliegue de maquilladores que les siguen de cerca. Nunca me he encontrado con ningún grano que no pudiera ser camuflado bajo una buena capa de maquillaje —él estaba escuchando todo lo que ella decía.

—Eso te molestaba mucho, según recuerdo.

Francesca apartó los ojos de su peligrosa cara atractiva.

—No lo eché de menos cuando me marché. Aunque,

probablemente mi cara sí.

—No has perdido nada. Si acaso, ahora estás más guapa —deseó que lo mirara y acertó—. Estás mejor con el pelo corto. El pollo está muy bueno, por cierto. Creo que te menosprecias cuando dices que Jack es el que tiene talento.

—A él se le ocurren las combinaciones diferentes. Reconozco mis límites y me atengo a las cosas que conozco.

—No te creo —murmuró Angelo—. Sólo los cobardes se atienen a lo que conocen. El camino predecible es siempre el más aburrido.

Su voz era cautivadora. Ella intentó romper el hechizo comiendo, pero, como siempre le pasaba cuando ella cocinaba, se había quedado sin apetito.

—No siempre es así —contestó Francesca—. Pero si el negocio tiene que funcionar no puedo hacer exactamente lo que quiero y cuando quiero.

—¿Y qué es lo que te gustaría hacer si no estuvieras atada a las cebollas y a preparar siempre la misma receta porque has dejado la parte imaginativa a tu novio?

—¡No estoy atada! —se levantó de la mesa de un salto y comenzó a limpiar las cacerolas con movimientos enérgicos—. Sabía que no iba a durar.

—¿Qué? —preguntó Angelo, pero sabía muy bien la respuesta. Lo había estropeado. Justo cuando la tenía a punto de bajar alguna de aquellas malditas defensas, él hacía que volviera a levantarlas.

—¡La amabilidad! —se cruzó de brazos y lo miró

—¡Por el amor de Dios! —se pasó los dedos por el pelo y la miró directamente—. Estar anclada a un lugar parece que te ha vuelto un poco paranoica.

—¿Paranoica? —ella sintió crecer la furia de dentro y se sintió a salvo

—No te estoy atacando. Sólo te estaba preguntando si hay cosas que aún echas de menos.

«¡Tú!» La palabra estalló en su cabeza.

—¿Cosas como qué?

—Como viajar. Ver mundo.

—Estoy levantando mi negocio. No tengo ni tiempo ni dinero para viajar y ver el mundo. Además, ya lo hice cuando era más joven —se giró abruptamente y comenzó a llenar el fregadero con

agua jabonosa para los platos. Lo echaba de menos a él. Lo sabía y siempre lo había sabido. Siempre había sentido una brecha en su corazón, lo suficientemente grande para permitir que los recuerdos se colaran. De lo que nunca se había dado cuenta era de que aquella pequeña brecha estaba a punto de hacer estallar la puerta.

—Ahora que has probado mi comida, te puedes marchar.

Quizás, sólo quizás, él haría lo que ella le pedía. Así, sin que ella tuviera que girarse. Él podría marcharse y ella sólo oiría la puerta al cerrarse.

No se dio cuenta de que se acercaba hasta que la atrapó contra el fregadero.

—¿Quieres decir que me marche antes de que pueda decir algo que no quieres oír? —preguntó Angelo—. ¡Y mírame cuando te estoy hablando!

Francesca se apartó como pudo sin rozarlo y consiguió darse la vuelta.

—¡No se te ocurra venir a mi casa a decirme lo que tengo que hacer! ¡Quiero que te marches! —¿Qué más quieres que haga?

—¡No sé de lo que estás hablando!

—¿En serio?

Ella sabía que la iba a besar. En aquel instante el pasado y el presente chocaron. Él agachó la cabeza y levantó una mano para introducirla en su pelo. Ella pensó que debería haber dicho que no, pero no podía apartarlo. No, cuando cada fibra de su ser estaba gritando que la tocara.

La boca de él colisionó con la de ella en un beso cálido y hambriento. Dios, habían pasado años y sabía igual que antes. Toda aquella pasión. Ella levantó los brazos y le rodeó el cuello, apretándose contra él, saboreándolo con desesperación, con la sed del superviviente de un naufragio.

Ella seguía con los ojos cerrados cuando él se apartó. Los abrió lentamente, sin querer hacerlo.

—Los platos pueden esperar hasta más tarde. Ahora mismo, quiero continuar esto arriba.

Francesca asintió.

—Eso no es suficiente. Quiero oír cómo lo dices.

—Llévame arriba, Angelo.

Eso fue todo que necesitaba y era como música para sus oídos.

Con un movimiento ligero la tomó en brazos, como si no pesara nada, y la llevó escaleras arriba. Encontró la habitación con facilidad. Sólo había dos puertas y la de ella estaba abierta, como si estuviera esperándolos.

Apenas se fijó en la decoración: en la cama baja con el cabecero de piel, las cortinas de color granate que caían hasta el suelo, las fotos enmarcadas de la pared con imágenes de los lugares donde había estado. Ni siquiera se dio cuenta del cuadro de Venecia, unas vistas que los dos habían disfrutado hacía millones de años.

Sólo podía verla a ella. La manera en que lo miraba mientras la dejaba en la cama, dándole tiempo para que cambiara de opinión y sin saber qué diablos iba a hacer si lo hacía. Pero la excitación de su mirada mientras se quitaba la ropa decía demasiado. Ella no lo sabía, pero sentía la erección más grande desde... desde...

Había dormido con aquella mujer antes, había hecho las cosas más íntimas con ella y, aun así, se volvía a sentir como un adolescente mientras se desvestía. Una locura.

La camisa cayó al suelo seguida del cinturón. Después, comenzó a desabrocharse los botones de los pantalones y Francesca no pudo evitar un gemido. Muy suavemente, pero no tanto como para que él no se diera cuenta. Los pantalones se unieron a la camisa y al cinturón en el suelo y el estado de su erección era demasiado obvio tras la suave tela de los bóxers. En aquel momento, sólo pensaba en quitarle la ropa y en introducirse dentro de ella, satisfaciendo aquella necesidad que lo estaba matando; pero no podía hacerlo. Sobre todo, quería darle placer a ella; muy, muy lentamente.

La luz de la luna se filtraba débilmente a través de las cortinas.

Permaneció a los pies de la cama, desnudo, mostrándole cuánto la deseaba.

—Ahora te toca de ti, preciosa —dijo con la voz ronca—. Llevo esperando por esto...

Capítulo 6

DESPUÉS de tantos años de abstención sexual autoimpuesta fue algo mágico. Cada fibra de su cuerpo volvía a la vida con cada caricia suya. La desnudó muy despacio mientras la miraba como si la viera por primera vez. La besó en la boca, en la cara, en el cuello... le succionó los pezones mientras ella se retorcía ardientemente y le clavaba los dedos en la espalda.

Con los ojos cerrados, Francesca se dejó llevar por las sensaciones.

Podía sentir las líneas duras de su cuerpo musculoso y le encantó reconocerlo y encontrarlo tan familiar.

Cuando él hizo una pausa para preguntarle si estaba tomando algo, ella asintió débilmente. Bueno, una pequeña mentira que no le haría mal a nadie. Él no había llevado preservativos y ella no había utilizado la píldora desde hacía años; más exactamente desde que rompió con él. Pero acababa de tener el periodo y no iba a quedarse embarazada.

De todas formas, no habría podido decir que no aunque lo hubiera intentado. Su cuerpo lo necesitaba con urgencia.

Él se introdujo dentro de ella, poniéndola en órbita. Sus pequeños gemidos y susurros se convirtieron en gritos de placer. Fue como siempre. Tan devastador, tan glorioso, tan satisfactorio. Sobre todo, porque descubrió que todo aquel tiempo había estado esperándolo a él.

Después, tumbada en la cama a su lado, la realidad comenzó a irrumpir. No deprisa, como sucede en los libros, sino gota a gota.

El reloj de la mesilla marcaba las diez y media. Abajo, el plato principal de la cena seguía encima de la mesa. Francesca dejó escapar un gruñido y se incorporó.

—Y ahora irás a decirme que esto ha sido un terrible error. ¿Verdad? —le pasó un dedo por la espalda, haciendo que un escalofrío la recorriera de la cabeza a los pies. Se giró hacia él. Era hermoso. Tan atractivo que era insoportable mirarlo a la cara.

—Por supuesto que ha sido un error, Angelo.

—Vuelve a la cama —dijo él al ver que se levantaba.

—¡No! ¿Cómo puedes decirme eso cuando… cuando…? —se levantó y se dirigió hacia el baño sin mirar atrás.

Angelo no hizo nada para pararla. La conocía muy bien para saber que a ella le gustaba darse un baño, posponiendo el momento de regresar al dormitorio. Se acomodó en la almohada con las manos detrás de la cabeza.

Cuando ella salió del baño, cuarenta minutos después, lo hizo con una actitud belicosa. Encendió las luces y se quedó al lado de la puerta. Tenía el pelo mojado y se había puesto unos pantalones de deporte, una camiseta que dejaba a la vista gran parte del estómago y una sudadera abierta con capucha. Tenía las manos en los bolsillos mientras lo miraba desde la puerta.

—He tenido tiempo para pensar, Angelo, y he llegado a la conclusión de que eres despreciable.

—Ven aquí y repite eso.

—No. Lo que voy a hacer es recordarte que estás en mi casa y que quiero que te marches.

Angelo no se movió.

—Y, por si te interesa, no voy a servir la comida de tu boda por lo que tendrás que buscarte a otra persona.

—En eso estoy completamente de acuerdo; yo tampoco quiero que la sirvas. ¿Te importaría apagar la luz?, es realmente molesta.

—¡Angelo, márchate! —entró en la habitación y apartó la colcha, dejando al descubierto un cuerpo perfecto y totalmente desnudo. Si se había imaginado que él se cubriría rápidamente, se equivocó. Se quedó donde estaba, mirándola con una sonrisa provocativa. Entonces, ella agarró su ropa del suelo y se la tiró.

—¿Por qué no dejas de actuar como una verdulera y me dices lo que te ha molestado? ¿Ha sido mi forma de hacerte el amor? ¿No ha sido satisfactoria? —él sabía qué teclas tocar para enfurecerla aún más; pero no pensaba discutir con ella. No, cuando se sentía tan satisfecho.

—¿Cómo puedes…? ¿Cómo puedes venir aquí y…? ¡Por favor, estás a punto de casarte!

Esa vez, Angelo se incorporó.

—¿Y tú? ¿Qué me dices de ti? Actúas como una soltera horrorizada cuanto tú también tienes novio.

—Jack.. Jack…

—¿No le importa? ¿No me digas que él no es celoso?

Francesca caminó hacia la ventana y se volvió hacia él.

—No lo entiendes. Además, no estamos hablando de mí. Estamos hablando de ti y de tu falta de moralidad.

—¿Es que tú te consideras más noble? —Angelo se rió—. Me gustaría que me lo explicaras; si eres capaz de convencerme, te aconsejaría que te dedicaras a la abogacía.

—Te odio, Angelo Falcone.

—No. No me odias. Si me odiaras no te habrías acostado conmigo. Sobre todo, teniendo en cuenta que tienes novio.

—¡No tengo novio!

—¿Puedes repetir eso?

—Me has oído. No tengo novio. Jack y yo no somos amantes ni nunca lo hemos sido.

Angelo salió de la cama y agarró su ropa sin apartar los ojos de ella.

—Muy interesante —dijo caminando hacia ella—. ¿Por qué me hiciste creer otra cosa?

—¿Puedes hacer el favor de vestirte?

—Si no te importa, primero voy a darme una ducha. Después, podemos hablar —caminó hacia la puerta e hizo una pausa antes de cerrar—. A menos, por supuesto, que quieras acompañarme...

Una ducha fría. Lo necesitaba. Después de probarla, se daba cuenta de que quería más. Apareció quince minutos después, completamente vestido, y se la encontró de pie al lado de la puerta de la calle.

—Si crees que me voy a ir, estás equivocada —dijo él, dirigiéndose hacia el salón—. Ahora que hemos roto el hielo, hay cosas de las que tenemos que hablar. Incluida —añadió con suavidad— una aclaración sobre por qué me mentiste con respecto a Jack.

Francesca lo siguió al salón y encontró que ya había tomado una posición cómoda en el sofá. Ella se sentó en una silla enfrente de él.

Aunque sentía mucho resentimiento hacia él por haber aparecido en su vida y haberle dado la vuelta a su mundo, también lo sentía hacia ella por haberse acostado con él.

Su magnetismo era difícil de evitar.

Llenaba la habitación. Igual que había llenado la cocina. Toda la

casa. Pero eso no era nada nuevo. Siempre había sido así, había capturado la atención de todas las personas que entraban en cualquier sitio donde él estaba. Ella solía bromear con él sobre eso, diciéndole que ella era la modelo y que ella era la que debía captar la atención. En realidad, le había encantado la experiencia, saber que, aunque hubiera muchas mujeres que siguieran cada uno sus movimientos, él era de ella.

Ahora mismo, se sentía como si le estuviera robando el oxígeno.

—¿Y bien? —comenzó a hablar—. ¿Por qué me mentiste?

—¿Importa? —lo miró con hostilidad—. No te mentí cuanto te dije que lo quería —dijo a regañadientes—. Simplemente, no somos novios. En realidad, todo fue idea de Jack.

—¿Por qué motivo?

—Pensó que podrías intentar… conquistarme. Por los viejos tiempos —aquello era cierto y le evitaba tener que confesarle los otros motivos.

—¿Y tú lo creíste?

—No. Pensé que eras un hombre comprometido y feliz. Nunca me imaginé que pudieras engañar a tu pareja justo antes de la boda. Pero, claro —continuó ella—, no podía saber que el compromiso era una farsa, que no estabas enamorado, que sólo la estabas usando por ser una mujer «apropiada». Tonta de mí. ¿Le vas a hablar de mí? ¿De nuestro pasado? ¿De que has venido aquí y…?

—Nunca le hablaré de nosotros. ¿Por qué hacerlo? Y me alegro de hablar de ella porque aún siento curiosidad por saber cómo una persona tan decente como tú puede haberse acostado con un hombre como yo. Un hombre comprometido. Quizá tuvieras la conciencia tranquila con respecto a Jack, pero no pensaste en la otra persona que podía salir perjudicada si hacíamos el amor.

Los dos se quedaron en silencio.

Ella había quedado atrapada en su propia trampa.

—¿No tienes nada que decir? —se puso de pie y la miró desde lo alto. Por un momento, consideró la posibilidad de acercarse a ella. También pensó marcharse de allí. Para siempre. Con la satisfacción de haber quedado zanjada la historia con ella. De una vez por todas.

Hizo una pausa y la miró con una sonrisa.

—Ha sido toda una… revelación esta noche, Francesca. Estoy seguro de que volveré a verte —la miró y pensó que podría volver a

hacer el amor con ella. Justo allí y en aquel momento.

—Por encima de mi cadáver, Angelo. Quizá haya cometido un error, pero aprendo rápidamente. No volveré a cometerlo —si pudiera pensar que era cierto, creérselo en lo más profundo de su ser...

—Me encantaría quedarme y debatir contigo la definición de la palabra «error» —murmuró él—. Pero es tarde.

Francesca oyó la puerta cerrarse y pensó que eso debería haber sucedido hacía dos horas. Había terminado la noche con su orgullo bien herido sólo porque su cuerpo había decidido ceder y seguir sus propios impulsos. Él la había tocado y ella se había derretido; era tan simple como eso.

Y allí quedaba ella, sola mientras él volvía con Georgina a su vida bien organizada. Y, por supuesto, con otra persona para servirles la comida de su boda.

Podría haberse dado una bofetada. Haberle dado una patada a cualquier cosa. Y lo hizo. A la silla. Después a la puerta. Subió arriba y se encontró con la cama deshecha, recordándole su falta de fuerza de voluntad. Le llevó media hora cambiar la ropa de la cama y otra hora media ponerla en la lavadora y en la secadora. Con un poco de suerte, aquello borraría el olor del deseo. Aunque no podría borrarlo de su cabeza. Y lo que era peor lo había enredado con sus emociones y sentimientos que no quería ni siquiera empezar a analizar.

Era ya más de medianoche cuando llamó a Jack. Las opciones de despertarlo eran escasas. Los fines de semana, Jack siempre se acostaba tarde. Cuando respondió al teléfono móvil, su voz sonaba feliz y nada sobria.

—Se acabó el trabajo para Falcone —le dijo directamente.

—Bueno, si no hubiera sido por ti, nunca nos habría elegido —respondió él sin preocuparse—. ¿Nos ha despedido así sin más?

—Más o menos.

—¿Qué quiere decir más o menos?

—De todas formas nos hubiera supuesto un gran esfuerzo —dijo ella sin responder a su pregunta—. Lo siento, Jack. Tendremos que ir más despacio —había pensado contarle lo que había pasado; ellos se lo contaban todo. Pero en el último minuto, había cambiado de opinión.

Entonces, se le ocurrió que no debería haberlo llamado. Probablemente, le habría estropeado la fiesta y encima no había conseguido desahogarse.

Se fue a la cama cansada y malhumorada, dándole vueltas a la cabeza, y se levantó con el mismo talante.

Pasó los dos días siguientes nerviosa, pensando que Angelo podía cumplir su promesa y volver. Nunca se lo habría imaginado de él; nunca habría pensado que sería tan inmoral, jugando a espaldas de su prometida. Pero quizás Jack tenía razón y los hombres, todos los hombres, estaban abiertos a las tentaciones. Por otra parte, ella tampoco lo había frenado.

Estaba un poco paranoica y cada vez que sonaba el teléfono o que alguien llamaba a la puerta le daba un salto el corazón. Estaba esperando a que apareciera en cualquier momento, así que, cuando escuchó el timbre a las nueve de la noche, bastante después de dejar de trabajar, supo de quién se trataba. Jack no. También sabía que no iba a quitar la cadena.

Estaba muy tensa cuando fue a abrir la puerta. Sólo abrió un poco y tenía muy ensayado lo que iba a decirle. Con frialdad, distancia y firmeza.

Pero no era Angelo y la sorpresa no la dejó reaccionar.

—Buenas noches, señora... umm... señorita...

—Déjame entrar. Quiero hablar contigo —el acento afilado de Georgina le cortó como un cuchillo.

Abrió la puerta sin pensar en las consecuencias.

La mujer entró en la casa como un vendaval. Pasó tres segundos mirando a su alrededor con desprecio antes de centrarse completamente en ella.

Aunque Georgina llevaba tacones muy altos, Francesca le sacaba un buen trozo; aunque su altura no le daba ninguna ventaja. Sólo podía pensar en que Angelo le había contado su infidelidad y, a juzgar por su aspecto, estaba furiosa.

Francesca se aclaró la garganta.

—¿Qué... qué puedo hacer por usted?

—¿Que qué puedes hacer por mi?

—Creo que sé a qué ha venido...

—Estoy segura —dijo la mujer—. Seguro que ese desgraciado vino aquí corriendo.

El silencio, pensó Francesca, era la mejor defensa. Lo que había hecho estaba mal, se merecía todo lo que le sucediera.

—No debería haberte considerado para el trabajo. Nunca. Le dije a Angelo que no erais importantes, pero quería daros una oportunidad justa; pero entonces no sabía lo que ahora sé.

Francesca permaneció en silencio, mortificada. Si pudiera retroceder en el tiempo, nunca habría aceptado cocinar para él, nunca le habría dejado entrar en su casa. Si...

—Si Angelo y tú pensáis que puede romper el compromiso e irse por ahí contigo como si nada mientras yo quedo como una completa idiota delante de mis amigos, estáis muy equivocados —la piel de porcelana de Georgina parecía a punto de hacerse pedazos.

—¿Ha roto el compromiso? —preguntó Francesca con debilidad. Dios santo. Sintió que las piernas le temblaban —. Quizá deberíamos sentarnos —dijo caminando hacia el salón.

Georgina no se sentó.

—Cuándo... ¿cuándo sucedió? —preguntó ella.

—Por favor, no pretendas que no lo sabes. Sabes que fue hace cinco días.

—¿Cinco días? —Francesca echó las cuentas. Así que Angelo no la había estado engañando. Había ido a verla después de romper con su novia. ¿Por qué no le había dicho nada? Entonces, pensando en cómo era él, se le ocurrió que habría querido demostrarse que era capaz de conseguirla con todas las probabilidades en contra. Si ése era el caso, ¿de verdad que la habría deseado como ella lo había deseado a él? ¿O sólo habría sido el deseo de venganza?

—¿Quién se lo dijo?

—¿Que erais amantes? Me lo dijo tu socio —su voz estaba cargada de veneno, pero Francesca sentía lástima por ella. Aunque sólo se hubiera tratado de un matrimonio de conveniencia.

—¿Jack...?

—Llamó para suplicarme que no cancelara vuestro contrato. Pero yo lo hubiera descubierto tarde o temprano. Dime, ¿cuándo decidiste ir por él? ¿Pensaste probar otra vez ya que la primera vez te había fallado? ¿O te acuestas con todos tus clientes para ver si cazas a alguno?

—Siento lo de su compromiso —Francesca decidió seguir tratándola de usted para guardar las distancias a pesar de la falta de

respeto de la otra mujer— y quiero que sepa que no voy a ir con Angelo a ninguna parte —se levantó y se cruzó de brazos, haciendo un esfuerzo por recordarse; aunque se sintiera culpable, que aquélla era su casa—. Creo que es hora de que se marche.

—Por supuesto. Sólo he venido a decirte que nunca lo tendrás. Yo no lo tendré, pero tú tampoco. Me encargaré de ello.

—¿Cómo? —preguntó Francesca con frialdad. La pregunta equivocada: Georgina, obviamente, no había preparado ningún plan.

Le lanzó una mirada venenosa y se giró sobre sus tacones. Sin una mirada atrás. Francesca oyó la puerta cerrarse con un golpe y suspiró aliviada.

Después, se lanzó a buscar el teléfono.

Pensaba que estaba furiosa con Jack por ir a contarle a la rubia cosas que no eran de su incumbencia, pero no lo estaba. Y cuando le dio su explicación ella sólo pudo suspirar con resignación. Había estado preocupado por ella y había pensado que se encontraba mal por haber perdido el trabajo. Por eso había ido a ver a Georgina para intentar persuadirla de que no cancelara el contrato sólo porque Angelo y ella habían tenido una aventura hacía años. ¿Cómo iba él a saber que el compromiso ya estaba roto? Enseguida se había dado cuenta de que había sido una mala idea, pero ya era demasiado tarde.

Francesca lo dejó hablar hasta que terminó; sin embargo, no le contó lo que había sucedido entre Angelo y ella. Le parecía demasiado complicado y, de todas maneras, la realidad era que no tenían el trabajo.

Pero no estaba enfadada con Jack.

Sin embargo, sí lo estaba con Angelo. Por eso decidió ir a verlo al trabajo.

La secretaria la reconoció como la mujer encargada del catering de la boda.

—Si yo puedo ayudarla en algo.

—Se trata de algo personal.

La mujer se quedó en silencio unos segundos y, después, asintió. Llamó por el intercomunicador y la acompañó hasta la puerta del despacho.

Cuando entró, él estaba mirando por la ventana.

—Parece que tienes muchas ganas de verme —dijo él irónico.

—¿Por qué no me dijiste que habías roto con Georgina?

—Éste no es ni el lugar ni el momento para una disputa personal.

—Una conversación.

—Como quieras llamarlo —se encogió de hombros, sin dejar de mirarla, y pulsó el botón del intercomunicador para decirle a su secretaria que cancelara la reunión de la mañana.

Llevaba dos días preguntándose qué diablos estaba haciendo. Había roto su compromiso y se alegraba; sin embargo… ¿lo habría roto si no hubiera vuelto a ver a Francesca? Ahora que se había acostado con ella sabía que quería más. Pero, ¿para qué? Nunca volvería a cometer el error de ofrecerle una relación estable y, además, ella le había demostrado que podía tenerla cuando quisiera. Ahora la tenía delante de él como un ángel vengador y la sangre le estaba hirviendo.

—¿Tenías planeado llevarme la cama cuando viniste a mi casa? —preguntó ella abiertamente, sin dejar de mirarlo.

—Te lo he dicho. No quiero hablar de esto aquí.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo a que monte un espectáculo?

—Parece qué olvidas que soy el dueño de esto y que puedo hacer lo que quiera. ¿Quién te ha dicho lo del compromiso?

—Oh, tu ex prometida me hizo una visita muy interesante. Parece que estaba un poco molesta de que la hubieras llevado durante meses por un camino de rosas sólo para después dejarla plantada, aparentemente, por mí.

Angelo la miró con una sonrisa fría.

—¿Cómo se enteró de lo nuestro? Yo nunca le dije nada.

—Jack.

—Ah; el novio que nunca lo fue. Vamos. Hablaremos en otra parte.

—No quiero continuar en ninguna parte.

Angelo se le acercó con expresión furiosa.

—Vamos a dejar una cosa clara, Francesca. No pienso discutir aquí contigo. Vienes conmigo ahora, y agradeces que te haga un hueco, o te marchas sola. Ella dejó escapar un suspiro y, en silencio, salió con él del edificio.

—¿Adónde vamos?

—A un lugar más privado que mi oficina.

Paró un taxi y se acercó a la ventanilla para darle la dirección al conductor mientras Francesca subía al asiento trasero.

Cuando él subió con ella, ella iba a hacerle una pregunta; pero el teléfono de él sonó. Durante todo el camino, él estuvo hablando sin mirarla. Una conversación larga y detallada de trabajo; como si ella no existiera y la hizo pensar que, en realidad, no le interesaba.

También tenía que hacer frente a la cruda realidad: estaba enfadada por haber hecho el amor con él; pero, sobre todo, porque le había entregado su corazón, como si en realidad lo hubiera estado esperando todo aquel tiempo.

Él acabó la llamada al mismo tiempo que el taxi paraba delante de una elegante casa de estilo georgiano.

—¿Dónde estamos?

—En mi casa. ¿Quieres hablar? Hablaremos en privado.

Y sus ojos oscuros y fríos la derritieron donde ella no quería derretirse; removiendo dentro de ella cosas que no deseaba que estuvieran allí. Porque sabía que, detrás de la pasión de él, no había nada más. Sin embargo, a ella podría destrozarla.

Capítulo 7

SU CASA era más grande por dentro de lo que parecía a simple vista. Tenía tres plantas y cada una bien distribuida. La puerta principal daba a un vestíbulo con el suelo de mármol. Lo siguió a la cocina donde había una mesa con cuatro sillas.

Él fue directo a la cafetera para preparar café y Francesca se quedó en la puerta.

—Siéntate —dijo él, sin girarse para mirarla.

—¿Por qué no me dijiste que habías roto tu compromiso con Georgina cuando viniste a mi casa?

Angelo se giró lentamente para mirarla.

—Porque quería que hicieras el amor conmigo pensando que estaba comprometido. Quería que me desearas tanto que tuvieras que dejar a un lado tu sentido de la moralidad.

—Eres... eres... —Francesca lo miró buscando las palabras para expresar cuánto lo despreciaba. —¿Un desgraciado arrogante? —intervino él. —¿Cómo pudiste...?

—Bueno, no pienses que era una curiosidad desinteresada por mi parte. No es así. Te deseaba tanto como tú a mí.

—Pero tenías el ego dolorido y ¿qué mejor manera de mostrarte a ti mismo que todavía tenías tanto poder sobre mí que conseguirías que me acostara contigo a pesar de todo?

—Algo así —se encogió de hombros y siguió preparando el café. Un café muy fuerte. Parecía que lo necesitaba y, desde luego, él no podía culparla. Había reducido su noche de pasión a un juego con un ganador y un perdedor. Su ego dolorido, como ella había dicho, debería haberse sentido menos dolorido, sobre todo teniendo en cuenta que él era el ganador; pero no era así. Aunque tampoco pensaba decírselo a ella. No. Había aprendido que si revelaba sus sentimientos se convertía en una persona vulnerable; y eso nunca volvería a pasar.

Le pasó la taza de café y se dio cuenta de que a ella le temblaba la mano.

—Nunca pensé que... —Francesca logró acercarse a una de las sillas y se sentó— nunca pensé que pudieras... utilizarme así,

Angelo.

Las manos le estaban temblando hasta el punto de que si no tenía cuidado iba a derramar el café; pero no iba a darle el gusto de ver cómo se derrumbaba delante de él. Dejó la taza sobre la mesa y tomó aliento, sin mirarlo; aunque sabía muy bien que él estaba mirándola a ella, con frialdad e indiferencia.

—No soy el hombre al que conocías —comentó él con un tono casual—. Tú tampoco eres la misma mujer a la que yo conocía.

—¿Por qué rompiste el compromiso? —preguntó mirándolo.

Él agarró una silla y se sentó delante de ella.

—No era justo para ella —dijo él—. Para ninguno de los dos. Un compromiso por conveniencia no está mal; pero los dos se tienen que atener a las reglas.

—Y tus reglas no incluían las emociones.

—También descubrí que la atracción sexual por ella no era tan… tan satisfactoria como debería haber sido.

Ella apartó los ojos.

—Bueno, ahora que ya me has explicado lo que pasó, creo que me marcharé —sentía las piernas más firmes.

Había sido una buena idea hacerle frente. Él había sido sincero y, sin lugar a dudas, aquella sinceridad le estaba haciendo demasiado daño; pero, al menos, ya no había preguntas sin respuestas.

Recordó que cuando ella lo había dejado no le dio ninguna respuesta y se sintió culpable.

—¿Ya? ¿No quieres oír lo que tengo que decirte?

«No, porque sé que me va a hacer daño». Pero alejarse de él también le iba a doler. ¿Y qué daño podía hacerle retrasar lo inevitable unos cuantos minutos más? Se volvió a sentar y se llevó la taza de café a los labios. Después, lo miró.

—¿Qué más hay que decir, Angelo? Puedes estar orgulloso por haber logrado humillarme. Ahora ya estamos en paz. Pobre Georgina. Con razón vino a mi casa hecha una furia. También la humillaste a ella. ¿Te hace eso sentirte bien?

Angelo se puso rojo. No le gustaba cómo sonaba aquello, pero ella tenía razón.

—No. No —dijo muy serio—. Ella puede consolarse pensando que estará mejor sin mí. Habría tenido un matrimonio desgraciado.

—Qué noble. Seguro que se siente muy consolada cuando piensa en eso.

—Maldición, Francesca —se pasó las manos por el pelo y se levantó de repente, empujando la silla hacia atrás.

—Lo sé —dijo ella—. ¿Es horrible, verdad? Que una mujer te conteste. Hay cosas en las que no he cambiado. Digo lo que pienso. Vaya, me olvidé, ése era uno de los motivos por los que era inapropiada.

—Pero fuiste tú la que me dejaste —se acercó a ella y se inclinó para mirarla de tal manera que su cara estaba a escasos centímetros de la de ella—. Georgina no me dejó.

—¿Y debería sentirme orgullosa por eso? —sintió que el pulso se le aceleraba al tenerlo tan cerca y oler su aroma único. Hizo un esfuerzo por controlarse y deseó haberse marchado cuando tuvo la oportunidad. Ahora tendría que empujarlo para apartarlo de su camino y no quería tocarlo; no confiaba en sí misma.

—Igual que yo me sentí orgulloso de que te acostaras conmigo aunque pensabas que estaba comprometido con otra mujer. ¿Ves? Estamos empatados.

—No lo hagas.

—¿Qué?

—Retorcerlo todo.

—¿Es eso lo que estoy haciendo? ¿No es la verdad? Te deseaba, Francesca, aunque estaba comprometido. Eso significa algo, ¿no crees?

—¿Qué significa, Angelo? —sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—Que sentimos atracción el uno por el otro después de todo este tiempo y a pesar de todo lo que ha llovido —se enderezó, tomándose unos segundos para tranquilizarse—. Vamos a acabar esta conversación en el salón. Las sillas de la cocina son demasiado incómodas para decirnos con sinceridad lo que aún nos deseamos.

Francesca se puso de pie y murmuró una negativa que él ignoró. La agarró de la mano y la llevó hacia el salón.

Parecía lo más natural del mundo: sentir sus dedos entrelazados con los suyos. Hacía años, solían pasear así, con las manos unidas, disfrutando de todas las cosas de la vida. Pero ahora era diferente y le sorprendía descubrir que le gustara tanto sentir el contacto de su

mano; a pesar de los malos sentimientos que había entre ellos. Le parecía imposible, pero estaba dejando que la llevara al salón. Alejándola de la salida.

La luz del sol inundaba la habitación y Angelo fue a cerrar las contraventanas de madera, apaciguando la iluminación.

Francesca se había sentado en el sofá y él se unió a ella.

Francesca pensó que era una locura la química que aún existía entre ellos.

—Hablaba en serio cuando dije que los dos habíamos cambiado y... tengo una propuesta que hacerte.

—¿Qué propuesta?

—Una que hace referencia a lo que tenemos y contra lo que no podemos luchar —su voz sonaba calmada, fría y controlada. Francesca hizo un esfuerzo por seguirlo—. Un acuerdo. De naturaleza pasional. Pasión sin compromiso. Nunca imaginé que volviéramos a encontrarnos y, desde luego, no me imaginé que iba a sentirme tan atraído por ti; pero así ha sido y sé que tú sientes lo mismo.

—Tú no sabes lo que yo siento, Angelo.

—Por supuesto que sí —echó la cabeza hacia atrás y se cruzó de piernas, con un gesto sexy y elegante—. Los hechos hablan por sí mismos.

—¿De qué serviría? —ella ya no podía permanecer sentada más tiempo. Tampoco podía soportar la tranquilidad de su mirada. Caminó con nerviosismo hacia la ventana y le dio la espalda. Cómo podía estar allí sentado, hablando de acostarse juntos como si estuviera hablando del tiempo—. Querrías llegar a algo. ¿No fue eso lo que dijiste hace años?

—Lo que sucedió hace unos años no tiene importancia. Lo que importa es lo que está sucediendo ahora. Nos deseamos. Tanto que he roto mi compromiso, tanto que has dormido conmigo cuando la razón te estaba diciendo que no lo hicieras —se encogió de hombros —. No quiero nada de ti y tú no quieres nada de mí. Aparte de lo obvio.

—Estás loco.

—Ven y siéntate.

—¿Para qué?

—Ven.

Ella se habría sentado en un sillón, pero habría parecido cobarde, así que levantó la barbilla y fue a sentarse al lado de él.

—Mírame. A menos, por supuesto, que tengas miedo.

—¿Miedo? ¿Por qué iba a tener miedo? —lo miró y se perdió en la profundidad de sus ojos oscuros. La sensación era como si se estuviera ahogando.

—¿Lo sientes? —murmuró él, sin hacer ningún esfuerzo por acercarse, sólo mirándola.

—¡No! ¿Sentir qué?

—La corriente que circula entre nosotros. Es irresistible, Francesca. Por eso creo que deberíamos continuar viéndonos, acostándonos y, esta vez, los dos conocemos los límites.

—¿Y si digo que no? Lo cual es —admitió rápidamente— lo que voy a decir.

—Entonces te marchas. Tan fácil como eso. Sabes dónde está la puerta; pero espero que no lo hagas —alargó la mano y le pasó un dedo por el pelo.

«Espero que no lo hagas». Ella sabía lo que tenía que hacer. Sólo tenía que darse la vuelta y marcharse para sentirse segura. Nunca podría haber nada entre ellos.

Pero, aunque sólo fuera por poco tiempo, podría disfrutar de un poco de felicidad robada. Los últimos tres años había sentido un gran vacío. Se había sumergido en su trabajo y había disfrutado; pero la parte emocional la había abandonado por completo.

—Lo que me estás proponiendo es... primitivo...

—Soy un hombre primitivo y te estoy proponiendo una solución.

Le pasó un dedo por el cuello y ella dejó escapar un suspiro.

—¿Cuánto tiempo; hasta que nos cansemos? —preguntó con calma.

—¿Quién sabe? ¿Cuál es la longitud de un trozo de cuerda? Lo único que sabemos es que podemos satisfacer nuestras necesidades mutuas. Después podremos continuar con nuestros caminos.

—No puedo creerme que esté teniendo esta conversación contigo, Angelo —miró hacia la puerta—. Pensé que estabas haciéndome un hueco en tu agenda para que me desahogara. ¿No tienes ninguna cita importante a la que irte corriendo?

—Nada que no pueda posponer. Considera que todo el día es para ti; si eres lo suficientemente valiente como para lanzarte a la

piscina.

Ella se levantó y él tiró de ella por la muñeca y la sentó en su regazo, riéndose mientras la miraba a los ojos, seguro de sí mismo, y de ella.

Ella tenía la cabeza despejada, pero sólo le duró lo que él tardó en besarla. Cuando lo hizo, se perdió en el beso. Sintió el ímpetu de su lengua contra la de ella y dejó escapar un gemido cuando sintió sus manos por debajo de la camisa, deslizándose hacia sus pechos.

Después, él se tumbó en el sofá, sin dejar de abrazarla y comenzó a pelearse con los botones pequeños de su blusa. Cuando se la quitó, se deshizo de la suya sin muchos miramientos. Simplemente, deseaba tenerla desnuda encima de él.

Como si estuviera leyéndole el pensamiento, o quizá se lo estuviera leyendo de verdad, ella se levantó lo suficiente para ofrecerle sus pechos. Él dejó escapar un gruñido de impaciencia y los liberó de su confinamiento para llevarse uno de los pezones hinchados a la boca.

—Es muy sexy hacerle el amor a una mujer semidesnuda —murmuró él con voz ronca.

Francesca dejó escapar un gemido de placer mientras él continuaba jugando con sus pezones. Succionándolos, lamiéndolos, mordisqueándolos. Mientras, recorría sus caderas con manos ávidas. Le levantó la falda y deslizó los dedos por debajo del elástico de la braguita para comenzar a quitársela.

Podía sentir su erección pulsante contra la cremallera de los pantalones del traje de chaqueta. El deseo lo embargaba. Abrió la cremallera de la falda muy despacio y se detuvo cuando ella se incorporó para quitarse la última prenda que le quedaba.

—¿Vamos arriba? —dijo ella mirando a la puerta. Después, miró a Angelo, tumbado cómodamente en el sofá, con sus ojos fijos en ella.

Estaba bien. Estaba bien haber reconocido su atracción, eliminar todos los posibles malentendidos emocionales que pudieran surgir. Él la deseaba y ella lo deseaba a él y él había sugerido que satisficieran sus deseos hasta que se aburrieran el uno del otro. Por supuesto, ese día llegaría y ella tendría que aprender a aceptarlo. Pero, de momento, eso le bastaba; aquello era mejor que nada... lo cual era lo que había tenido durante los tres últimos años.

—Este sofá es grande —dijo él con la voz ronca, recorriendo su cuerpo desnudo con la mirada y conteniéndose para no saltar sobre ella como un animal en celo—. A menos que la madurez te haya hecho perder tu lado aventurero.

Francesca se rió, agarró uno de los cojines y se lo tiró.

—¿De qué madurez hablas? ¡Sólo tengo veintisiete años! Se acercó a él, se arrodilló al lado del sofá y le agarró la cara con las dos manos, suspirando mientras él le acariciaba la espalda—. Tú eres el que deberías tener cuidado, Angelo. Eres un hombre mayor comparado conmigo. Y no necesitas probar tu virilidad pretendiendo que eres capaz de hacer el amor en lugares inusitados —se rió y lo besó en la boca, acallando su protesta. Con una mano, comenzó a desabrocharle el cinturón, el botón del pantalón y después la cremallera. Podía sentir el gran bulto que significaba que la deseaba y sintió que la pasión la encendía.

—¿Probar mi virilidad? ¿Te das cuenta de que acabas de lanzarme un reto que voy a tener que aceptar?

Y así lo hizo. En el sofá y, después, en su inmensa cama. Cuando la luz del sol comenzó a desaparecer tras las cortinas, Francesca miró la hora y contuvo el aliento.

—¡Son más de las cinco!

—¿Y qué?

Él se había saltado un montón de citas. La primera vez que hacía algo así. Su teléfono, en la chaqueta que había dejado abajo, debía estar echando chispas.

Pero no importaba.

Por primera vez en varias semanas, se sentía liberado. Había reconocido sus sentimientos: que la mujer que tenía su lado era la mujer que aún lo excitaba; la deseaba y no porque quisiera vengarse de ella.

Y ahora podía tenerla. Era un hombre libre y podía quererla sin ningún sentimiento de culpabilidad que estropeara la diversión. Había dejado que ella decidiera si quería tener una relación con un hombre cuyos sentimientos hacia ella eran puramente físicos. Si ella le hubiera dicho que no, no le habría importado. No habría hecho preguntas y no habría mirado atrás. Ahora era un hombre que tenía el control y aquello hacía que en sus labios apareciera una sonrisa de satisfacción.

—¿Adónde vas? —preguntó él, agarrándola al ver que iba a levantarse.

—Ya es casi de noche —se rió—. No tenía ni idea de cuánto tiempo... tengo cosas que hacer...

—Yo también —señaló él. Le dio un beso en los labios y su satisfacción creció un poco más al sentir que ella respondía. Ella podría haberse marchado pero allí estaba... en la cama con él. Y se sentía increíblemente feliz.

Francesca gruñó.

—Jack debe estar preguntándose qué me ha pasado.

—Déjalo que se pregunte. Hoy vamos a celebrarlo.

—¿Qué vamos a celebrar?

—¿Tú qué crees? —levantó las cejas y la miró con una expresión muy parecida a la de un gato satisfecho—. Somos muy buenos amantes y estamos haciendo lo que nunca deberíamos haber dejado de hacer.

Francesca intentó no pensar en el futuro. En aquel instante realmente se sentía bien. Así, rodeada por los brazos de aquel hombre, con los últimos rayos de sol colándose entre las cortinas.

—Tengo un poco de hambre.

—Ése es un comentario demasiado práctico para lo que te acabo de decir —se quejó él, pensando que había echado de menos su frescura—. ¿Vamos a cenar? Conozco un restaurante pequeño justo al lado...

—¿Quieres decir que tenemos que vestirnos, salir, pedir comida, esperarla, comerla y pasar el resto de la tarde con un café? Suena demasiado complicado —sonrió y echó la pierna por encima de las de él —. Podría ir a ver qué tienes en el frigorífico...

—No creo que sea una buena idea —dijo él.

—¿Por qué no? —estaba sorprendida. Ellos habían cocinado juntos o, más bien, él había cocinado para ella. Y ahora que ella era una cocinera, no tenía sentido ir a un restaurante.

—Porque lo que ahora tenemos —le dijo él con indiferencia— es sólo sexo. Nada de intimidades.

Ya no estaba dispuesto a pasar por aquello, especialmente con aquella mujer. Era muy fácil dejarse llevar; pero aquel camino era resbaladizo. En el pasado la relación sexual se había convertido en algo más cálido y más cómodo, y ya no quería eso: las noches en su

cocina con la música clásica de fondo mientras cocinaban y jugaban a ser pareja se habían acabado. Ése era el primer paso hacia el desastre.

—De acuerdo. Lo entiendo.

—Eso espero, Francesca. Porque si no, será mejor que lo dejemos aquí mismo.

Él estaba extremadamente serio.

—Y sería una pena, teniendo en cuenta el placer que nos damos el uno al otro...

Aquellas palabras le dolieron. ¿Por qué tenía que dolerle tanto? Después de todo, ella sabía que no podía tener nada más con él. Lo que le había ofrecido estaba bien; de hecho, era lo único que podía ser.

—¿Estás seguro de que podemos quedarnos aquí? ¿En tu casa? Teniendo en cuenta que sólo es sexo, quizá podríamos quedar en cualquier hotel. Incluso podríamos considerar eliminar la conversación del todo.

—Ahora estás siendo ridícula.

Por primera vez, envidió a Jack y su actitud ante las relaciones. Que pudiera tener una detrás de otra y ser perfectamente feliz. Aquello era mucho más saludable que meterse en el agujero que ella misma estaba cavando.

—Ya nunca cocinaré para ti, aunque me lo pidas —añadió sin cambiar el tono de voz.

Salió de la cama y se dirigió al baño. Él la siguió. Tenía que ser sincero con ella y se alegraba de que ella no se hubiera marchado. Por supuesto, no se habría acabado el mundo; pero se habría sentido decepcionado.

Ella no se dio cuenta de que él entraba en el baño y que estaba mirándola mientras ella se metía en la ducha, se agarraba el pelo con las manos y levantaba la cara hacia el agua. Tenía el cuerpo más exquisito que había visto jamás.

Se metió en la ducha con ella antes de que se diera cuenta de que estaba allí y le quitó el champú de las manos.

—Estate quieta —le dijo mientras le aplicaba el producto en la cabeza con un masaje. Estaba de espaldas a él, pero la imaginación le suplía todos los detalles de su desnudez. Le aclaró el pelo y después empezó a enjabonarla, deslizando las manos por sus

hombros y después por sus pechos.

—Quiero hacer esto lo mejor posible —le murmuró al oído mientras ella se pegaba a él—. Y tienes que quedarte muy quieta. Después, comenzó a tocarla y ella no pudo pensar en nada más que en sus manos. Contuvo el aliento mientras él deslizaba los dedos entre sus piernas.

—Te estás moviendo —le advirtió él.

Ella se giró, riéndose, empapada, deseándolo tanto que le dolía.

Él supo que no podía esperar más y, sin molestarse en cerrar la ducha, la tomó.

Ella a penas notó la incomodidad del mármol duro y frío mientras él se introducía dentro de ella.

Llegaron juntos con una explosión poderosa que los dejó temblorosos.

Lo que menos le apetecía a Francesca era vestirse y salir a comer; pero se vistió y se secó el pelo. Lo único que tenía en el bolso era una barra de labios; pero, cuando se miró en el espejo, vio que estaba radiante y no necesitaba nada más. Una mujer enamorada viviendo peligrosamente. Aquello no era una buena combinación.

Vio que él la miraba a través del espejo y le sonrió. Le preguntó por el restaurante y le tomó el pelo diciéndole que iba a ganar peso.

Fueron caminando al restaurante que resultó ser un italiano muy bueno.

A él le sorprendió sentir cómo disfrutaba con sólo mirarla. Estaban sentados el uno enfrente del otro y ella tenía la cara apoyada en una mano, escuchando atentamente. Incluso cuando la conversación era sobre trabajo. También le ofreció su opinión de vez en cuando y bromeó con él quitándole seriedad al algún asunto con un par de anécdotas de su trabajo.

Casi dos horas más tarde, Angelo estaba listo para admitir que se había relajado. Pero la relajación no era ningún inconveniente. Se sentía completamente satisfecho por cómo había progresado el día; de hecho, le encantaba cómo estaba saliendo todo.

De manera instintiva, comenzó a caminar de vuelta a su casa. Era increíble, pero sentía que la sangre le corría con más fuerza por las venas ante la idea de volver a devorarla. Después de unos pasos, se dio cuenta de que ella no estaba detrás de él. De hecho, estaba a

unos metros con la mano levantada para parar un taxi.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó, haciendo un gesto para que el taxi se marchara.

—Me voy a casa —vio su expresión sombría y sonrió—. Es tarde y mañana voy a tener que levantarme muy temprano para recuperar el día de hoy.

Él la miró con los ojos entrecerrados, sopesando si convencerla de que volviera con él a su casa. Sabía que lo lograría; pero en lugar de intentarlo, asintió y sonrió. Era lo mejor porque de todas maneras no tenía intenciones de permitir que se quedara a dormir.

—Te llamaré.

Francesca miró al suelo y pensó que aquellas palabras lo decían todo.

Asintió y se giró para parar otro taxi.

No le sorprendió que él no esperara hasta que ella se subiera al vehículo. ¿Por qué iba a hacerlo? Ella no significaba para él nada más que un cuerpo. Cualquier sentimiento era una ilusión. Podrían charlar y reírse, pero el objetivo principal era acostarse juntos. Todo lo demás circulaba en torno a ese hecho.

Pero no importaba. Iba a hacerlo porque lo amaba y le gustaba la vida cuando él estaba en ella.

El hecho de que las circunstancias nunca fueran a cambiar, que ella nunca pudiera soñar con nada más, era la cruz que tendría que soportar.

Mientras tanto, aprovecharía lo que pudiera.

Cuando se subió al taxi, sintió la tentación de mirar hacia atrás para buscarlo, pero se obligó a mantener la vista al frente.

Capítulo 8

ALGO no iba bien. Angelo podía sentirlo en los silencios embarazosos durante los que ella apartaba los ojos y jugueteaba con la maldita copa de vino, sin tomar nada.

—De acuerdo, será mejor que me lo cuentes. ¿Qué pasa?

Estaban en el restaurante italiano al que llevaban yendo a cenar durante seis semanas.

Su necesidad del uno por el otro no había disminuido en todo aquel tiempo. Angelo la miró pensativo y se llevó la copa a los labios. Le sorprendía que ella continuara en su vida, teniendo en cuenta que ahora se veían unas dos o tres veces a la semana. Debería haberse aburrido ya, pero seguía sin cuestionarse la situación. Sólo sabía que cuando chasqueaba los dedos ella llegaba corriendo y aquello le encantaba.

Había tenido mucho cuidado de no introducir nada demasiado íntimo en su acuerdo. Nada de cocinar con suave música de fondo; ni siquiera habían pedido nada para llevar. O comían fuera o no comían. Y nada de quedarse a dormir. Llegado el momento, si se habían acostado en casa de ella, él se marchaba. Y lo mismo sucedía cuando ella iba a casa de él. Los límites seguían intactos lo cual le permitía disfrutar de ella sin ningún problema de conciencia.

—Nada —Francesca volvió a mirarlo y se obligó a sonreír—. No tengo mucha hambre.

—Ya me he dado cuenta. Pero eso no es una excusa. Así que, dime qué pasa. ¿Tienes algún problema de trabajo? ¿Vuelves a estar preocupada por Jack? Ya es un adulto y puede cuidar de sí mismo —la había oído hablar mucho de Jack durante las últimas semanas.

—Lo sé —dijo ella, intentando no mirar al pollo con patatas que hacía que sintiera náuseas.

—¿Entonces qué es?

Ella se dio cuenta de que estaba impaciente.

—¿Y si te dijera que estoy cansada? ¿Que esta noche no quiero ir a tu casa a hacer el amor? ¿O que sólo quiero charlar?

—¿Charlar de qué?

—De cualquier cosa —dijo ella mientras se encogía de hombros

—. De lo que hemos estado haciendo. Del tiempo. De la crisis en la Seguridad Social. De por qué siempre llueve los fines de semana. De cualquier cosa.

—Sabemos muy bien lo que hemos estado haciendo. El tiempo es el típico del otoño. La Seguridad Social siempre tiene problemas y los fines de semana llueve porque el clima inglés es impredecible y le gusta fastidiar los planes de la gente en el último momento. Ya está — hizo una seña al camarero para que le llevara la cuenta—. Pensé que habías entendido que esta relación sólo se trataba de sexo —vio que ella se encogía y tuvo la tentación de ejercer un poco de compasión; pero se resistió. No era una buena idea sentar precedentes. No pensaba construir una relación con ella. Eso ya lo había hecho y había salido mal parado. Además, ya hablaban.

—Lo entiendo, Angelo. No sé qué me ha pasado —empezaba a sentirse mal consigo misma. Ella no quería ir a su casa a charlar, al contrario, llevaba dos días esperando ese momento, deseando acostarse con él. Después le daría la noticia.

Angelo sintió que le recorría un escalofrío. Había algo extraño en ella, pero sabía que nada podía ir mal. La había visto hacía dos días y habían pasado cuatro horas maravillosas juntos en la cama. Y por supuesto que habían hablado. ¿Qué podía haber sucedido desde entonces? ¿Habría estado Jack hablando con ella? Sabía que les unía algo; aunque no sabía muy bien lo que era. Quizás aquel hombre había estado metiéndole ideas en la cabeza sobre su relación. Según le había contado, él era la última persona para dar consejos sobre las relaciones; pero nunca se sabía. Y, le gustara o no, ella escuchaba lo que él le decía; lo cual encontraba bastante molesto pero estaba dispuesto a aceptarlo teniendo en cuenta que sólo eran amigos. Pero no se sentiría tan generoso si estuviera metiéndole ideas en la cabeza. De hecho, tendría que decirle algo sobre Jack; algo sobre cortar lazos.

—¿Qué tal le va a Jack? —preguntó él mientras salían del restaurante—. ¿Sigue con la misma o ya tiene a otra?

Francesca deseaba que todo saliera bien y sabía que ella era la única culpable por sentirse incómoda. Se agarró de su brazo e intentó usar un tono casual.

—Sé que no apruebas el estilo de vida de Jack —le dijo—; pero es feliz y tengo que decir que la mayoría de las mujeres con las que

sale continúan siendo amigas suyas.

—¿Pero no crees que ya es mayorcito para depender tanto de ti y de tus consejos? Si quieres mi opinión, la relación que tienes con él no es muy sana. ¿Cómo va a poder hacer algo por sí solo si sabe que siempre estás ahí para darle un consejo? —se contuvo y no le dijo que su mayor preocupación era que Jack estuviera influyendo sobre ella en su contra.

Francesca estaba sorprendida.

—Yo no estoy siempre dándole consejos. Él confía en mí como una amiga que...

—Y me imagino que él también te dará consejos, ¿no? —la interrumpió él—. ¿Te ha dicho algo que haga que te sientas incómoda con lo que tenemos? Sé que pasa algo, Francesca. ¿Te ha estado contando historias sobre lo que deberías esperar sobre esto? ¿Te ha estado hablando para que busques un compromiso? Porque si es así, déjame que te diga que no funcionaría. Tenemos una relación sexual muy satisfactoria y no merece la pena estropearla pensando que esto va a ir a alguna otra parte.

Francesca estaba sorprendida con aquella salida y apenas tuvo tiempo de recobrarse cuando él continuó, con tono duro.

—Por nada del mundo voy a cometer la estupidez de hace tres años —había llegado a su casa y ella lo miró en silencio mientras se sacaba la llave del bolsillo.

Encendió la luz del pasillo y, sin mirarla, caminó hacia la cocina para servirse algo fuerte.

—Jamás he pensado en ningún tipo de compromiso —dijo ella sin poder evitar un toque de amargura—. Y, de todas formas, Jack nunca me aconsejaría eso. Sólo pensar en esa palabra le da alergia.

—Entonces, ¿qué es lo que te pasa?

Francesca reconoció la incomodidad en su voz y se dijo que ella era la única culpable. Ella había decidido conscientemente tomar lo que pudiera mientras pudiera, sabiendo muy bien que no era una buena idea. Cada elección tenía un precio y las elecciones más egoístas eran las más caras. Pero no quería pensar en eso. Todavía no. Se acercó a él y lo rodeó por la cintura, sintiendo que conseguía relajarlo un poco.

—¿Es que una chica no puede tener un mal momento? —apoyó la cabeza en su espalda un instante y, después, se puso de puntillas

para darle un beso en el cuello.

Angelo suspiró y se giró hacia ella. La tomó en brazos y sonrió.

—¿Cuando está conmigo? ¿Cómo va a tener alguien un mal momento cuando está en la compañía de Angelo Falcone?

Su tensión se había evaporado por completo con el contacto físico. Hacía que las palabras perdieran su significado. No quería que ella tuviera dudas. Quería que estuviera contenta, alegre y siempre dispuesta. Aquél había sido el trato.

—Tienes razón. Es imposible; después de todo, ¿no es el hombre más atractivo del universo? ¿El más guapo y el más sexy?

—Si fuera un cínico pensaría que estás bromeando, pero no lo soy. Al menos, de momento —la besó. Con suavidad al principio, pero el beso fue convirtiéndose en algo más apasionado y ella sintió que le temblaban las piernas.

—¿Continuamos con esto en la habitación? —preguntó él con suavidad, separándose de ella.

—La cama será más cómoda que el suelo de la cocina —admitió ella mientras él le apartaba un mechón de la cara.

Subieron a la habitación a toda velocidad.

Para entonces, ella estaba tan familiarizada con su casa como él lo estaba con la de ella; aunque, aquella familiaridad era solamente superficial. Ella conocía la distribución, los muebles; pero, nunca hacían nada como tomarse una taza de café o ver la televisión o sentarse a leer el periódico. La sensación era la misma que la de un hotel. Lo más íntimo que hacía allí, aparte de hacer el amor, era darse una ducha.

También había puesto velas en su dormitorio, ignorando sus protestas sobre el riesgo potencial de incendio. Le había convencido argumentando que nada era tan sugerente como la luz de las velas fulgurando en la oscuridad. Y si eran de olor, mejor.

Se desnudó mientras él iba encendiéndolas una a una. Era extrañamente romántico para una unión desprovista totalmente de romanticismo. Cuando él acabó con el ritual, ella estaba totalmente desnuda.

Él se giró y le maravilló su cuerpo de líneas perfectas. Sus pechos enhiestos y llenos, perfectamente redondeados, y un estómago plano que no le debía nada al ejercicio sino la genética. Tenía las caderas esbeltas y las piernas de una gacela. Lo extraño

sería no estar tan enganchado. ¿Qué hombre con sangre en las venas no desearía hacerle el amor a una mujer tan exquisita como aquélla?

Permaneció de pie sin apartar los ojos de ella mientras se desabrochaba la camisa. Sentía la piel caliente. La dejó caer al suelo y, a continuación, se quitó los pantalones y los calzoncillos. Estaba completamente excitado y le gustaba ver cómo ella clavaba los ojos en su erección. Casi podía sentir su respiración entrecortada. Agarró su miembro con una mano y la provocó acariciándose lentamente.

Sin decir nada, Francesca se tumbó en la cama y se estiró incitándolo, agarrándose a los barrotes de la cabecera de la cama. Angelo caminó hacia ella, con la mano aún alrededor de su miembro, hasta que estuvo al lado de ella.

Ella apartó su mano y la reemplazó con la boca. Él no había conocido a ninguna mujer a la que le gustara tanto darle placer como a ella; un placer tan exquisito como el que le estaba dando en aquel momento, chupándole, lamiéndole su miembro eréctil.

Introdujo los dedos en su pelo y se arqueó hacia atrás sabiendo que estaba a punto de derramar su semilla. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlarse. Se apartó con suavidad cuando sintió que si no paraba iba a eyacular.

—Oh, no, mi bruja preciosa —sus ojos se encontraron y bailaron con la luz—. Quiero saborear cada centímetro de tu piel antes de llegar y… quiero atarte a esos barrotes de hierro y no dejar que te marches…

—Suena terrible. ¿Debería tener miedo?

—Sólo si te da miedo viajar al paraíso…

—Eso es una promesa muy grande.

—Y yo soy un hombre que cumple sus promesas.

Ella se curvó hacia él, ofreciéndole sus pezones hinchados y sensibles. Pero él la besó en la boca, apoyándose en los brazos. Su beso era ardiente y ella se arqueó más hasta sentir su miembro contra su piel. Lo deseaba. Sentía que le dolía el cuerpo de desearlo tanto. Lo rodeó con los brazos y tiró de él hacia abajo.

—Todavía no.

—Déjame tocarte, Angelo.

—A su debido tiempo… ahora, voy a tener que atarte.

Ella sintió cómo crecía su excitación y lo miró con una sonrisa.

—Qué pervertido por su parte, señor Falcone.

Él sacó unas cintas de seda de la mesilla. Después, le besó el cuello; mientras ella se dejaba. No le ató fuerte, pero a ella no le hubiera importado porque confiaba en él plenamente.

Después, centímetro a centímetro, él exploró su cuerpo. Comenzando por los hombros. Después continuó hacia sus pechos y allí se detuvo para succionarlos y mordisquearlos suavemente, arrancándole gemidos de placer. Con la boca descendió por su estómago y su vientre hasta el pubis mientras con las manos le masajeaba los dos senos.

Ella abrió las piernas para darle acceso mientras de su garganta escapaban gemidos que bien podrían haber sido de un animal.

—Esto no es justo —dijo ella retorciéndose cuando él se separó para mirarla.

—Pero, estás disfrutando.

—Pero te quiero dentro de mí.

—Yo también quiero estar dentro de ti —confirmó él con voz ronca—. Mientras tanto, túmbate y disfruta… —le dijo con una sonrisa. Piensa en Inglaterra.

Francesca pensó en cualquier cosa menos en Inglaterra; de hecho, no podía pensar en nada. Simplemente, le hizo caso y se dedicó a disfrutar, aunque, le resultó realmente difícil no sacar las manos de las cintas cuando él introdujo la cara entre sus piernas para saborear su feminidad. Unas cuantas caricias de su ágil lengua y ella estaba temblando y moviéndose contra su boca; animándolo a continuar.

Angelo la agarró por los glúteos y la levantó para añadir el movimiento de ella al movimiento rítmico de él sobre su clítoris. Sentía sus pulsaciones. Conocía su cuerpo tan bien como el suyo y sabía cuándo tenía que dejar de besarla de aquella manera porque ella necesitaba que se introdujera dentro de ella o llegaría al orgasmo sola.

El cuerpo de Francesca le dio la bienvenida, moviéndose al mismo ritmo que él mientras él le hacía llegar a un orgasmo que la hizo gritar de placer.

Después, deshizo los lazos y le acarició las muñecas. La miró con una sonrisa, sintiéndose como un joven que acababa de poseer a la mujer de sus sueños. Se tumbó a su lado y dejó su mano sobre un

pecho, con un gesto posesivo. Francesca sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

—Creo que voy a darme un baño —era lo último que le apetecía al sentir su cuerpo tan lánguido después de tanto placer, pero tenía que hablar con él y lo mejor era estar vestida.

Angelo la miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

—Porque quiero lavarme, ya sabes...

—No; no lo sé —volvía a sentirlo. Aquella aprensión que había sentido en el restaurante. Se dijo que estaba equivocado, que ninguna mujer que hubiera hecho el amor de una manera tan apasionada tendría nada que decir que fuera a preocuparlo—. Pero si quieres ducharte, por mí puedes hacerlo. ¿Quieres que te ayude?

—Creo que por hoy puedo arreglármelas sola.

Cuando salió del baño estaba completamente vestida y él la miró con sorpresa.

—Tenemos que hablar. Sé que no es parte de nuestro acuerdo, pero...

Él señaló la cama, pero ella no se movió.

—¿Por qué no te vistes?

Angelo la miró pensativo. Podía notar el miedo en su voz y supo lo que iba a decirle a continuación.

—Dame cinco minutos para que me duche. Si quieres, puedes ir preparando café —pasó al lado de ella en dirección al baño. Se apoyó en la puerta, con los ojos cerrados e imaginó lo que iba a pasar. Y él no se iba a quedar sentado, cruzado de brazos mientras ella le decía que se marchaba porque se había dado cuenta de que quería más de lo que él podía darle. Aquello llevaba la misma etiqueta que lo que había sucedido tiempo atrás. No la misma, pero parecida. El final sería el mismo.

No; tomaría el toro por los cuernos y sería él el que la dejara. Sabía que aquello tenía que terminar tarde o temprano, pero el final le había pillado por sorpresa porque todavía no estaba preparado para que ella dejara su vida. Todavía disfrutaba haciéndole el amor, pero no pensaba intentar persuadirla de que cambiara de opinión. Por nada del mundo permitiría que sus emociones formularan argumentos que su cabeza no quería.

Se metió en la ducha y abrió el grifo del agua fría. Después, se

puso unos vaqueros y una camiseta y bajó a la cocina. Ella ya había hecho el café y se estaba tomando el suyo sentada a la mesa. Al lado de ella estaba su bolso, claro indicador de la conversación que tenía en mente.

—Tengo algo que decirte, Angelo, y no va a ser nada fácil...

Angelo no dijo nada. Sentía un zumbido en los oídos y no sabía si era por la rabia de que fuera a hacerle lo mismo o por la frustración de haber permitido meterse en aquella situación. Caminó con la taza en la mano hacia la mesa y se sentó enfrente de ella. Era la imagen de un hombre totalmente tranquilo, allí sentado en su silla, con las piernas estiradas por debajo de la mesa.

—Déjame que te ayude, Francesca —dijo con indolencia—. Teníamos un trato que no ha cambiado. Que nunca va a cambiar. De repente, has decidido que para ti no es suficiente; pero yo sólo te quiero para una cosa —el zumbido de su cabeza cada vez era más fuerte; pero su voz sonaba calmada.

—Sí, lo sé...

—No —la interrumpió él—. No creo que lo sepas. Como todas las mujeres de este planeta, empiezas ateniéndote a las reglas; pero, después, llegado un momento, decides que quieres cambiarlas.

—¡Eso no es cierto! Ni siquiera sabes lo que voy a decirte —y no ir directa al grano no la ayudaba a decirle la verdad.

—No hace falta —le dijo con indiferencia. Le dio un trago a su café. Había llevado las riendas de su pequeña aventura e iba a llevar las riendas de la despedida. Aunque tenía un sabor amargo que estaba revolviéndolo—. De todas formas, no me importa lo que tengas que decir. No voy a mentirte, me gustaba nuestro rollo...

«Rollo». Le gustaba la palabra que había elegido. Dejaba claro el tipo de relación que habían tenido reduciéndola a puro sexo y nada de dignidad ni glamour. Era una descripción básica y poco delicada y vio cómo a ella le afectaba el golpe.

—Pero todas las cosas buenas llegan a su fin y sólo quiero allanarte el camino diciéndote que estoy contento de despedirme de ti; sin malos sentimientos. ¿Ves? ¿Te he ayudado?

—No es tan fácil...

—No hagas un drama por nada, Francesca. Es muy fácil —la miró impasible. Notó el temblor de sus labios y ahogó la tentación de hacerle preguntas, de mostrar el más mínimo interés.

¿Que estaba haciendo un drama por nada? Si él supiera... si él supiera que la píldora que estaba tomando había llegado demasiado tarde para prevenir al bebé que estaba creciendo dentro de ella, el producto de aquella primera vez que habían hecho el amor de manera espontánea y sin protección hacía semanas. Acababa de enterarse esa misma mañana, cuando se dio cuenta de que tenía los pechos demasiado hinchados y más sensibles de lo habitual y que el periodo que debería haber llegado entre caja y caja de píldoras había brillado por su ausencia, que se le revolvía el estómago al ver el desayuno y que no soportaba la comida frita. La conclusión había sido evidente.

Sabía que debería haberlo llamado en cuanto descubrió la terrible realidad. Al menos, él habría tenido tiempo para prepararse. En lugar de eso, había decidido posponer lo inevitable. Tendría un último recuerdo de él; algo que atesorar el resto de su vida y, después, se lo diría. Ésas habían sido sus intenciones; pero ahora no encontraba la manera.

—No lo entiendes; si me dejaras explicarte... —pero no encontraba las palabras adecuadas. ¿Qué podía decirle?

—No hay nada que explicar —dijo él—. No me interesa —se puso de pie y esperó a que ella hiciera lo mismo.

Francesca se levantó y lo miró. Le diría lo del embarazo, pero en otro momento. ¿Qué podría solucionar diciéndoselo? Estaba en la misma posición que hacía tres años; con el mismo pasado. Si se lo contaba le pondría ante un dilema imposible. Sintió que se ponía enferma. La única solución a aquel conflicto era el aborto, pero no estaba dispuesta a seguir ese camino. Además, lo amaba. El amor verdadero era generoso, se dijo a sí misma mientras agarraba el bolso. Lo más generoso era ahorrarle aquel disgusto que probablemente acabaría con su vida y su carrera.

—Voy a llamar a un taxi —susurró buscando el móvil en el bolso.

—No hace falta. Te llevaré. Como te he dicho, sin malos sentimientos —incluso logró sonreír y para Francesca aquello era lo peor porque era lo más impersonal.

La llevó a su casa en silencio. La tentación de decirle lo que pasaba era abrumadora, pero la realidad era demasiado dura. Lo pondría en una posición difícil.

Cuando llegaron a su casa, él se giró hacia ella:

—Buena suerte con tu negocio, Francesca. Hablaré bien de ti.

—No hace falta...

—Tómalo como pago a tus servicios —era un golpe bajo, pero sólo era la punta del iceberg con respecto a lo que él estaba sintiendo. Sí, él la había dejado y no, no se sentía mejor que hacía tres años. Vio el daño que le había hecho el golpe y se odió por ello. Pero ya era demasiado tarde y no iba a pedir perdón.

—Un golpe bajo.

—Es la verdad —se encogió de hombros.

—Lo siento —tomó aliento y lo miró a la cara a pesar de su expresión fría y distante—. Nunca pensé que esto acabaría así.

—Acepto las disculpas, aunque los dos disfrutamos por lo que no son necesarias.

—No creo que me quede en Londres —dijo ella con una sonrisa carente de alegría.

—¿No? —sonó ligeramente interesado—. No lo hagas por mí.

Ella asintió. La conversación había terminado; ella notó el aburrimiento en su precioso semblante.

En cuanto salió del coche, él se alejó; sin esperarse a que entrara en casa. Cuando Francesca llegó al salón y se dejó caer en el sofá, él estaba a tres manzanas de allí en dirección a la autopista. Cuando salió de Londres, pisó el acelerador devorando los kilómetros sin ningún destino.

La carrera de tres horas no logró calmar su estado mental.

Tampoco las dos semanas que estuvo trabajando como una bestia. Se escondió en el trabajo, llegando al límite, consciente de que todos lo miraban extrañados sin saber qué pasaba. No tenía la más mínima intención de hablar de aquello con nadie. De hecho, sentía una satisfacción perversa al ver cómo sus empleados se quitaban de su camino al ver que se acercaba. Estupendo.

El viernes estaba a punto de marcharse cuando sonó el teléfono móvil. Lo dejó sonar. Tenía planes para la noche que incluían una buena botella de whisky. El teléfono siguió sonando y al final, sintió curiosidad.

Reconoció la voz al instante.

—¿Qué quieres? —se frotó la muñeca y se preguntó para qué lo llamaría Jack un viernes a las diez de la noche.

—Sé que es usted un hombre muy ocupado, señor Falcone...

—Sí lo soy y te rogaría que fueras al grano —le dijo él con desdén.

—¿Podemos quedar?

—¿Para qué? ¿Te manda tu amiguita? Porque si es así puedes decirle...

—Ella no sabe nada. De hecho, me mataría si lo supiera.

Contra su voluntad, Angelo se sintió intrigado. De todas formas, ¿qué daño podía hacerle quedar con él?

Le dio el nombre de un bar en Kesington y quedó con él allí.

—Estaré allí dentro de media hora. Me tomaré una copa y no esperaré.

Pulsó el botón para finalizar la llamada y cortó cualquier intento de negociación.

Había pasado las dos últimas semanas deseando tener una buena pelea, pensó serio. Quizá había llegado el momento de desahogarse.

Capítulo 9

—¿QUE HICISTE qué? —preguntó Francesca horrorizada. Que la saluden a las ocho de la mañana con una bomba como aquélla era demasiado. Y el culpable del delito estaba delante de ella en la entrada, con la misma mirada inocente como si le estuviera hablando del precio de los tomates.

Jack se cruzó de brazos para hacer frente a la tormenta.

—Le dije lo del embarazo.

—¿Cómo has podido, Jack? ¿Cómo has podido traicionarme así?

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia el salón donde se dejó caer en una de las sillas y escondió la cara entre las manos. Sabía que él la había seguido, pero deseó que se marchara. El corazón se le iba a salir del pecho. ¿Qué iba a hacer Angelo ahora? Se pondría furioso. No, eso no bastaba para describir cómo se sentiría. Dejó escapar un gruñido.

—No te he traicionado.

—¿Ah, no? —lo miró—. ¿Y cómo llamarías a actuar a mis espaldas con algo tan serio? Cuando sabías perfectamente que había decidido no decir nada. Por lo menos, no aún. ¿Dirías que es un acto de amor?

—En realidad, diría que estaba cuidando de ti.

—Y cuidar de mí significa que ahora tendré que marcharme...

—¿Hablas de huir? —se sentó en una de las sillas—. Ya lo has intentado antes.

Francesca le lanzó una mirada siniestra.

—¿Qué más le dijiste?

—Nada. Sólo que estabas embarazada. Tenía que saberlo.

—¿Tenía que saberlo?

—De todas formas ibas a decírselo, Els. Y lo sabes.

—¡Y él dejó claro que no quería que le dijera nada! ¡Quiso que desapareciera y eso fue lo que hice!

—Pero no era tu intención —insistió él—. No está bien y lo sabes. No puedes ocultarle algo tan importante como eso.

—No sería la primera en ocultar algo cuando la situación no tiene remedio.

—Lo cual no significa que esté bien. O, tal vez, sí… si temieras por ti, estaría justificado; pero no es el caso.

—¿Cómo sabes tú cuál es el caso, Jack? Si piensas que hay algo entre nosotros es que vives en otro mundo. Angelo me ofreció un trato: acostarnos juntos o largarme.

—Lo sé. Y tú elegiste una relación…

—¡Yo elegí acostarme con él! —dijo ella con los dientes apretados. Tenía que pensar con claridad. Era la única manera de encontrar una salida a aquel lío. No quería que Jack supiera de sus sentimientos hacia Angelo. Para alguien que tenía una vida estructurada en torno al no compromiso, tenía unas nociones muy románticas con respecto a los demás.

—Y ahora que esto ha sucedido, bueno… es mi problema y yo tengo que solucionarlo. Y si lo que tengo que hacer es marcharme corriendo pues eso será lo que haga. Y si no puedo confiar en ti, tendré que marcharme sin dejar una dirección.

—No seas absurda. ¿Cómo vas a irte? Tienes esta casa. Y un negocio…

Ella sintió que la cabeza le daba vueltas. Tenía razón; además, si Angelo quería encontrarla, lo haría. Le resultaría sencillo.

No podía soportar mirar a Jack. Era la primera vez desde que eran niños que tenían una discusión tan grande.

Mientras ella seguía dándole vueltas a la cabeza sobre lo que había pasado, él volvió a hablar, su voz era firme y controlada.

—No puedes huir. Ya has huido demasiadas veces y tienes que parar. Nunca habría ido a verlo si hubiera pensado que eras feliz con la decisión que habías tomado…

—¡Estaba muy feliz con mi decisión! —dijo ella en voz muy alta.

La voz de Jack seguía calmada.

—No es cierto. Te has sentido desgraciada y está afectando al embarazo. Ya sabes lo que dijo el médico. Que si tienes mucho estrés correrás el riesgo de abortar. ¿Es eso lo que quieres?

Por supuesto que no. No había planeado aquel niño; pero ahora se sentía feliz. Era casi la única cosa que la hacía feliz. Era egoísta, pero deseaba tener aquel trozo de él para siempre.

—Bueno, muchas gracias por estresarme aún más.

—Tienes que empezar a ser sincera —se levantó y volvió a sentarse. Había sido una noche muy larga. Al pensar en la reacción

de Angelo… la incredulidad había dado paso a un cierre hermético y frío… podía entender que ella sintiera deseos de desaparecer. Desde luego, era intimidatorio, pero marchándose no iba a solucionar nada y estaba convencido de que el sentimiento de culpabilidad estaba comiéndosela por dentro. Si ella no hubiera pensado decirle nada, él se habría quedado callado; pero ella había querido hacerlo y había decidido disfrazar su cobardía diciéndose que era mejor para él no saberlo.

Después de encontrarse con Angelo, Jack había regresado a su pub predilecto y había ahogado sus dudas en cerveza. Sólo Dios sabía cómo se las iban a arreglar ahora para cumplir con el compromiso de trabajo que tenían esa noche.

—¿Adónde vas? —preguntó Francesca poniéndose de pie. Pero, enseguida tuvo que volver a sentarse porque sintió que se mareaba.

Jack corrió a su lado.

—Me quedaré si quieres, Els.

—¿Estaba muy enfadado? —preguntó sin voz y al ver que él dudaba supo la respuesta—. ¡Dios! —gimió, agarrándose a él; olvidándose de que él era el malo.

—Habla con él. Estaba bastante enfadado, es cierto; pero le dije que habías querido decírselo. Ya se te ocurrirá algo… al menos, cuando te tranquilices un poco y… —nunca había sido muy bueno dando consejos así que se calló y le acarició la espalda.

—Me imagino que pensabas que estabas haciendo lo correcto —admitió ella y él dejó escapar un suspiro de alivio. Antes de que ella pudiera volver al ataque, él decidió aprovechar su debilidad momentánea.

—Deja que te prepare algo de comer antes de que me marche —le sugirió.

—Sólo pensar en comida me da náuseas. Ya me tomaré unas galletas luego.

—¿Y el trabajo de esta noche?

—Hice la compra ayer y todo está en el frigorífico —lo miró con desesperación y él asintió.

—De acuerdo. Pero nada de huir en cuanto te dé la espalda.

No pensaba huir por mucho que le horrorizara la situación. Nunca podría ocultarse y aunque lo consiguiera, ¿de qué le serviría a largo plazo? El niño se convertiría en un adulto y, tarde o

temprano, querría respuestas.

Era casi un alivio no haber tenido que tomar ninguna decisión. Ahora sólo cabía esperar.

No mucho si hubiera sido por Angelo; pero él sabía que tenía que aguantar las ganas de ir a su casa y arremeter contra ella.

El teléfono sonó por tercera vez esa mañana aunque sólo eran las nueve. Sabía de quién era por el número y decidió contestar saltándose las formalidades.

—¿Qué quieres?

También tenía cinco mensajes en el contestador de casa. Todos de Georgina. Después las tres llamadas de esa mañana en las que había dejado que saltara el contestador. No le apetecía hablar con nadie, y menos con su ex novia, que había desaparecido para surgir en el peor momento.

Embarazada.

Angelo todavía no había logrado asimilarlo. De hecho, inicialmente, había pensado que era una especie de truco para sacarle dinero; aunque sabía muy bien que ése no era el estilo de ella. Pero el hombre que se lo había dicho estaba realmente serio y no le cupo ninguna duda de que era cierto. Igual de cierto que lo había llamado sin el permiso de Francesca.

Lo cual significaba que no tenía intenciones de decirle lo del embarazo. La traición que conllevaba su silencio lo había dejado sin palabras. Jack había balbucido una o dos excusas en su defensa, pero él apenas las había oído. Se había marchado antes de escuchar más y al entrar en casa se había encontrado la luz del contestador parpadeando.

—Me gustaría quedar contigo, Angelo. Tengo algo que decirte.

No quería ni verla ni hablar con ella ni tampoco le importaba lo que tuviera que decirle. ¿Se habría enterado de su relación con Francesca? Probablemente. Londres era una ciudad grande pero no tanto en ciertos círculos y seguro que se había corrido la voz.

Si se había enterado de la relación, probablemente, también se habría enterado de la ruptura. ¿Estaba planeando volver? Angelo torció la boca con un mohín de desprecio. Apenas se acordaba ya de cuando había planeado casarse con ella; de hecho, no recordaba su vida antes de que Francesca volviera a aparecer en ella, trayendo consigo toda la confusión que pensaba que había dejado atrás.

—No tengo nada que hablar contigo, Georgina.

—Pero yo tengo algo que decirte —dijo ella con voz petulante.

Y él decidió que no iba a dejar que se desahogara.

—¿De verdad? No me interesa. De hecho, ahora mismo iba a ver a Francesca. Si me disculpas... —colgó el auricular sin darle opción y se puso de pie.

Condujo como en un sueño. Como si lo que le estuviera pasando fuera algo surrealista. Pensando que ella se habría quedado con el niño porque, al final, por muy bien que les fuera en la cama, él no era suficiente. No lo había sido hacía tres años y tampoco lo era ahora. Pero ahora iba a tener un hijo suyo y lo que sintiera iba a ocupar un lugar secundario; le gustara o no.

Apretó la mandíbula con furia e intentó conducir con cuidado, prestando atención al tráfico. Cuando llegó a su casa ya era media mañana y casi había llegado a temer que se hubiera ido; pero no. Tocó el timbre y escuchó los pasos que se dirigían hacia la puerta.

Francesca tomó aliento antes de abrir. El momento más temido había llegado. No estaba preparada para la confrontación, pero nunca lo estaría.

Abrió despacio y su ánimo decayó al ver su rostro serio e implacable.

—Entra —se giró y comenzó a caminar hacia el salón. Sólo lo miró cuando llegaron a la habitación y porque no tenía elección; pero aquello no significaba que tuviera menos miedo. El corazón le latía a toda velocidad y las piernas le temblaban.

—¿Quieres tomar algo?

Angelo la miró con una mueca.

—Ahórrate las formalidades. Es un poco tarde para eso teniendo en cuenta que ibas a desaparecer con un hijo mío.

—Yo... yo... no iba a desaparecer... —tartamudeó ella.

—¿Ah, no? ¿Sólo ibas a esconderte? Llámalo como quieras, Francesca, pero no pensabas decírmelo. ¿Es cierto eso? —apretó los puños para no dar un golpe a algo—. ¿Cómo has osado pensar que podrías esconderme a mi hijo? —dijo con frialdad.

—Iba a decírtelo, Angelo. Si lo recuerdas no estabas muy receptivo la última vez que hablamos.

—¿Y no pensaste que la información era lo suficientemente importante para insistir?

—No pensé que te fuera a gustar.

Angelo la miró como si hubiera perdido el sentido. Se quedó mirándola hasta que las mejillas de ella se sonrojaron.

—Repíteme eso —dijo con tono amenazador—. Estoy haciendo un esfuerzo por entender qué bien me podría hacer si tuvieras un hijo mío y no me lo dijeras.

—¡Mira tu vida, Angelo! Sabes muy bien adónde vas. Te gusta tenerlo todo controlado. Lo que ha sucedido es culpa mía. Me dejé llevar la primera vez que... Bueno, no estaba utilizando protección, te mentí porque pensaba que no podía quedarme embarazada, pero me equivoqué. No creí que fuera justo que te pasaras el resto de tu vida pagando por mi error.

—¿Y no crees que debería haber podido elegir?

—Por supuesto. Por eso fui a verte, para decírtelo. Pero tú sólo querías que me marchara y pensé que quizá eso era lo mejor.

—Una conclusión muy cómoda, ¿verdad? Cada vez que tuvieras algún problema de conciencia siempre podrías recordarte que lo habías intentado —se acercó a ella.

Ella se dio cuenta de que estaba furioso, pero, también que estaba conteniéndose. Lo notaba en la tensión de su mandíbula. Pensó en lo tranquila que estaría si se hubiera marchado. Al menos por unos años. Después, recordó la angustia que había estado recomiéndola por dentro.

—No sirve de nada que te enfades conmigo, Angelo —dijo ella con calma—. Ahora que lo sabes, intentaré incluirte en la vida de nuestro hijo. Entiendo que quieras ayudar a criarlo, pero quiero que sepas desde el principio que no aceptaré dinero tuyo para mí.

Angelo soltó una carcajada y se dirigió a una de las sillas para sentarse.

—Muy generoso por tu parte, Francesca. Desgraciadamente, se queda un poco corto para lo que yo tenía en mente.

—¿Qué tenías en mente? —inconscientemente, se llevó una mano al estómago.

—Algo más... digamos... de implicación.

—¿Qué quieres decir? —de repente se lo imaginó en su puerta cada tarde. Un extraño con el que había compartido una relación en el pasado, un extraño del que tenía que desenamorarse. Nunca funcionaría.

—Quiero decir —explicó Angelo con paciencia pero sin piedad— que no pienso ser una visita. Nunca pedí ser padre, pero ahora que ha sucedido pienso hacerme cargo y quiero una solución permanente.

—¡No te dejaré que me quites a mi hijo! —dijo ella, poniéndose de pie, temblando con una mezcla de miedo e ira; pero, inmediatamente, volvió a sentarse—. Quizá tengas mucho dinero, pero ningún juez le quitaría a una madre a su hijo por eso.

—No tiene que ser así. ¿De verdad crees que sería tan monstruoso de sugerir algo así?

—¿Entonces, qué sugieres?

—Que nos casemos.

Aquellas tres palabras le cayeron como bombas. Movió la cabeza lentamente, conmocionada.

Esa vez no tenía escapatoria, pensó Angelo. Se casaría con él por su hijo aunque tuviera que llevarla al altar gritando y pataleando.

—Eso es una locura —dijo ella, intentando reír—. La gente no se casa por un embarazo. Al menos; no, hoy en día.

—Quizá por eso sea por lo que va tan mal el mundo —dijo encogiéndose de hombros—. Sin embargo yo no soy uno de ellos. Yo no huyo de mis responsabilidades esperando que alguien llegue a recoger los pedazos.

—¡Yo no te estaba pidiendo que huyeras de tus responsabilidades! —gritó ella—. Te lo he dicho, puedes tener todo el contacto que quieras —ya sabía las complicaciones que surgirían pero ninguna comparable a las que provocaría si se casara con él.

—No es suficiente —dijo él con paciencia—. ¿Qué pasaría si encontraras a otro hombre? ¿Tengo que resignarme a quedarme en la sombra mientras mi hijo llama a otro hombre «papá»?

—¡Esto es ridículo. ¡Ni siquiera he tenido al niño y estás hablando de lo que puede suceder o no dentro de unos años!

—Opino que prever los problemas es la única manera de atajarlos.

Francesca intentó enfadarse con él, pero no pudo. Ése era él. Práctico. Todo controlado. Y, lo quisiera o no, también era italiano y sólo pensar que su hijo podía crecer sin su nombre le causaba verdaderos problemas. Francesca se preguntó cómo no habría previsto ella aquello.

—No lo entiendes, Angelo. No puedo casarme contigo.

—No creo haber oído que te diera elección.

—Lo cual no significa que vayas a salirte con la tuya. Simplemente, no puedo… no puedo casarme contigo. Lo siento mucho…

—¡Qué noble eres!

Angelo y Francesca se giraron a la vez hacia la puerta. Allí estaba Georgina con su aspecto distinguido e impecable.

—Disculpad que os interrumpa pero encontré la puerta abierta. Llamé… —caminó con elegancia hacia la ventana del salón—. Obviamente, estabais muy ocupados charlando.

Angelo fue el primero en hablar.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, Georgina? —dijo con un tono educado y perfectamente modulado; pero había una amenaza oculta que hizo que a Francesca se le erizara la piel.

—Intenté hablar contigo, Angelo; pero no querías escucharme.

—¿Y qué te hace pensar que ahora quiero?

Georgina sonrió.

—¿Quieres que te diga por qué tu amante no quiere casarse contigo? —por primera vez miró a Francesca—. Embarazada, qué desliz, querida.

—¿Cómo te atreves a venir a mi casa a insultarme? —hizo el amago de levantarse, pero él se lo impidió. Su cara era el vivo reflejo de la ira.

—Márchate de aquí.

—¿Y si no? ¿Romperás conmigo? Eso ya lo hiciste.

—Hay muchas cosas que puedo hacer, Georgina —dijo con naturalidad mientras apoyaba una mano en el hombro de Francesca; un gesto protector que no pasó desapercibido para la otra mujer—. Recuerda que tengo muchos amigos a los que les encantaría oír lo mal que estás llevando todo el asunto de la ruptura. A nadie le gustan los perdedores.

Ella estaba perdiendo la confianza, pero logró mantener la mirada fija en él. Después, agachó la cabeza y cuando la levantó su mirada estaba llena de tristeza. Francesca pensó que se merecía un Oscar.

—¿Cómo puedes decirme eso? ¿No sabes que estoy aquí porque me preocupo por ti? Y no quiero que todos se rían de ti.

—No sé de qué estás hablándome, Georgina; pero no quiero oír nada más.

—Pregúntale a tu novia por Birmingham y los problemitas que tuvo. Seguro que estará encantada de hablarte de ellos; de contarte por qué exactamente no puede casarse contigo. Abandonado por segunda vez, Angelo... qué degradante para ti —se alejó de la ventana mirando a Francesca con una sonrisa—. Bueno, me marcho ya. Espero que no tengas que recoger muchos pedazos, Angelo.

Se marchó como entró; con el mismo sigilo.

—¿Te importa decirme de qué va todo esto? —le preguntó, dando la vuelta a la silla para mirarla de frente.

El castillo de naipes por fin se derrumbaba. Tomó aliento y lo miró a los ojos.

—Es algo que debería haberte contado hace mucho tiempo. Cuando nos conocimos.

—¿De qué se trata?

—Cuando nos conocimos yo trabajaba de modelo; una persona glamurosa sin raíces y sin pasado. O, mejor dicho, sin un pasado del que poder hablarte.

—¿Por qué no? —se había quedado muy quieto, pero, después, caminó hasta el sofá y se sentó.

—Por... por quien eres. Alguien importante, de una clase social alta.... La verdad es que nunca supiste quién era yo; no, quién era yo de verdad.

—¿Y tú de verdad eras...?

—Alguien que creció en uno de los barrios más bajos de Birmingham, que fue con la gente equivocada. Mi madre murió de sobredosis cuando yo tenía ocho años y a los dieciséis dejé de estudiar para cuidar de mi padre. Era alcohólico y, bueno, alguien tenía que cuidar de él. Pero no me importó; en realidad, los estudios no me interesaban lo más mínimo. Intentaron que volviera pero no lo lograron. Mi padre tenía una pensión y teníamos suficiente para subsistir.

Angelo estaba sentado en silencio, intentando ver en la modelo sofisticada que él había conocido, con la que había salido y a la que había amado, a la persona a la que ella estaba describiendo. Siempre había evitado preguntas sobre su pasado; pero la impresión que le había dado era de alguien que había vivido una vida de clase

media. Sus revelaciones iban arrancando las capas de lo que él creía que sabía para dejar a la luz la cara de una total extraña. Tenía un sabor amargo en la boca; el amargor de la decepción.

—Después, mi padre murió, de repente, y me quedé sola. No tenía estudios y era demasiado tarde para volver; en el lugar del que provengo la gente no pensaba en ir a la escuela, sólo pensaba en cómo salir de ella —Francesca miró a la cara sin expresión de Angelo con el corazón encogido. Quizá si le hubiera dado alguna pista en el pasado de que su vida había sido difícil, no estaría allí sentado, mirándola como si la estuviera viendo por primera vez.

Francesca tomó aliento y continuó.

—Jack era uno de los chicos del grupo y mi mejor amigo. No tenía muchas amigas; no les gustaba mi aspecto. Él fue el que me sugirió que nos marcháramos de allí, que fuéramos a Londres. A mí me pareció una buena idea. Tenía diecisiete años pero sabía que al no tener a mi padre, los de los Servicios Sociales podían venir por mí y yo no quería pasar por eso. En cuanto esa gente entraba en la vida de alguien se la destrozaba.

—Así que... te marchaste...

—Robamos un coche, algo que nos pareció una buena idea. No pensé si estaba bien o mal, sólo que era una vía de escape. Jack conducía —mirando hacia atrás entendía la locura de todo aquel asunto, pero recordaba que entonces no le había parecido tan mal. Conocía las trampas en las que habían caído otras chicas: embarazos, novios abusivos que desaparecían al cabo de unas semanas; una vida sin futuro.

Deseaba que él dijera algo, aunque fuera para condenarla; pero su silencio era absoluto y, en realidad, ¿no era aquel silencio condenatorio en sí mismo?

—Por supuesto, nos pillaron. Ni siquiera habíamos llegado a la mitad del camino cuando nos pararon por exceso de velocidad. Nos trataron duramente porque había habido carreras. Yo me libré porque sólo iba de pasajera; pero Jack fue a la cárcel. Seis meses.

—¿Y qué hiciste tú mientras tanto?

—De vuelta a Birmingham. Conseguí un trabajo en una tienda que no estaba mal. Cuando Jack salió, había cambiado. Se había metido en la droga.

Por muy atractiva que fuera, si Angelo la hubiera conocido

entonces, habría cruzado al otro lado de la carretera para evitarla.

—Estuvo dando tumbos unos meses. De mal en peor.

—Y tú te quedaste a su lado.

—Éramos amigos. Mientras trabajaba en aquella tienda alguien se fijó en mí. Fue una suerte. Todas las probabilidades eran de que hubiera acabado como las otras chicas: empujando un carrito de bebé a los dieciocho años.

—Y tú acabaste al otro lado del Atlántico, con ropa de diseño...

«Y conociéndote a ti».

—En cuanto ahorré algo de dinero, envié a Jack a un centro privado de desintoxicación. El mejor del país. Se me fue casi todo el dinero.

«Secretos y mentiras», pensó Angelo.

—Él se pasó una temporada y...

—¿También le pagaste el curso en la escuela de cocina?

Ella asintió y se levantó.

—Tengo un pasado oscuro, Angelo, y a la mayoría de la gente no le habría importado, pero a ti sí. Los paparazzi habrían encontrado un filón si lo hubieran descubierto. Georgina lo descubrió; pero no creo que diga nada; no, después de tu advertencia... —no podía mirarlo a los ojos—. No podía tener nada contigo entonces y tampoco puedo ahora. Y por supuesto no puedo casarme. No quiero ser responsable de arruinar tu reputación.

Porque su reputación acabaría arruinada.

—Ahora sólo nos queda decidir qué... qué vamos a hacer —ya no había que recordar nada más y adoptó una postura de mujer de negocios—. Voy a marcharme de Londres; pero no muy lejos. Warwick tal vez. Conozco esa zona y es un buen lugar para criar a un hijo —por primera vez lo miró—. Nada de lo que digas o hagas me detendrá.

Capítulo 10

FRANCESCA llevaba una semana de reposo. Se había sentido con mareos, no podía comer y sólo mirar la comida le daba náuseas. El médico le había hablado de la importancia de los tres primeros meses y de alimentarse bien.

Reposo. El doctor White había sido amable pero firme cuando ella empezó a hablarle de todo el trabajo que tenía. Había hablado con franqueza: o se quedaba en reposo o se arriesgaba a perder el bebé. Tan sencillo como aquello. Y tenía que empezar a comer bien.

Había intentado convencerla de que le contara lo que le pasaba por la cabeza, pero Francesca lo había mirado con una sonrisa amable y le había asegurado que seguiría su consejo.

No podía decirle que estaba deprimida. Angelo había salido de su casa en silencio y, desde entonces, no había sabido nada de él. Quizá se había marchado fuera; había pensado en las consecuencias de lo que le había contado y había decidido tomar el camino más fácil. Después de todo, era un hombre muy lógico. Se pondría en contacto con ella, a su debido tiempo, cuando tuvieran que hablar del acuerdo financiero para el bebé.

Pero aquello no sería hasta dentro de unos meses y para entonces ella pensaba estar lejos de Londres. No creía que él pusiera ningún impedimento. Tener un hijo viviendo a una hora y media de la ciudad significaba que podría visitarlo una o dos veces al mes, justo las veces necesarias para tranquilizar su conciencia y, por supuesto, no lo suficiente para levantar sospechas entre sus amigos y colegas.

¿Qué había pasado con todo aquello que le había dicho de participar en todos los aspectos de la vida de su hijo? ¿Y el matrimonio?

No podía culparlo. Había reaccionado exactamente como ella había predicho. El pasado había cerrado las puertas y, al final, él no podía permitirse salir con alguien con un pasado tan negativo.

Francesca estaba tumbada en la cama, mirando al techo; a su lado, una bandeja con los restos del desayuno que le había llevado Jack. Iba a verla tres o cuatro veces al día para ver qué necesitaba y

se preocupaba de que comiera. Francesca pensaba que probablemente se sentía culpable. También se había encargado del negocio, dejándole a ella sólo las cosas que pudiera hacer por teléfono.

En un par de horas, cuando llegara a reemplazar la bandeja del desayuno por la de la comida, se sentaría a charlar con ella sobre las cosas tan maravillosas que le esperaban.

Francesca estaba aprendiendo rápidamente a ocultar la preocupación para que él se quedara tranquilo. Sin embargo, cuando se quedaba sola sólo podía pensar en Angelo. Varias veces había estado tentada de llamarlo; pero había pensado que no quería escuchar de sus labios que no quería volver a verla. Aquello la aterraba. Había visto cómo se oscurecían sus ojos conforme le relataba la historia de su vida.

Oyó la puerta de entrada y las pisadas familiares de Jack subiendo las escaleras. Más temprano de lo habitual.

Puso una sonrisa de bienvenida en la cara y se acercó a la silla que estaba al lado de la ventana para que él viera que se había levantado.

—Llegas un poco temprano —lo saludó alegremente—. Sé qué quieres alimentarme, pero las once de la mañana es un poco pronto para comer —la sonrisa hacía que le doliera la cara—. Háblame del trabajo de ayer.

Jack dejó un periódico en su regazo y dio unos pasos hacia atrás con los brazos cruzados.

—Aquí hay algo que tienes que leer.

Mirando a los titulares, Francesca se preguntó qué necesidad tenía ella de saber cómo iban las encuestas para las elecciones.

—Ábrelo por el medio —le dijo él—. Y mientras lees eso, hay alguien abajo que quiere verte.

—¿Quién ? —preguntó ella.

—La misma persona que me ha traído el periódico.

—¿Angelo? —preguntó ella sintiendo que la embargaba el pánico. Pero Jack ya se alejaba, dejándola a merced de un visitante al que no quería ver. Todavía no. Todavía no estaba preparada.

Esperó con el corazón en un puño y, cuando lo vio en la puerta, encontró que había perdido la voz.

Parecía cansado. En lugar de llevar un traje de chaqueta,

teniendo en cuenta que era un día entre semana, llevaba unos vaqueros y una sudadera.

Él se pasó los dedos por el pelo y entró en la habitación.

—¿Qué tal estás?

—Bien —lo miró con una gran sonrisa, una que utilizaba también para tranquilizar a Jack.

—Jack me ha dicho que estás de reposo.

—No es nada. Tengo la tensión un poco alta. ¿Qué haces aquí?

—Tenemos que hablar. ¿Has leído el artículo?

—No. ¿De qué va? —estaba empezando a preocuparse. Las páginas centrales de un periódico serio significaban una declaración. Y seguro que no tenía nada que ver con sus negocios. No estaría mirándola así, abrasándola con la mirada si quisiera que leyera algo sobre su trabajo.

Cuando abrió el diario, le temblaban las manos.

Paseó los ojos por las palabras, el gran titular, la foto de Angelo… Sintió que la sangre se le agolpaba en las sienes y, cuando finalmente levantó los ojos para mirarlo, no sabía qué pensar. El artículo era sobre ella, la mujer importante en la vida de él, y no faltaba detalle sobre su vida. Desde las circunstancias miserables de su infancia hasta su vida de modelo. Según decía el artículo, uno de los hombres más deseados del país iba a casarse con una chica procedente de los barrios bajos.

—No entiendo…

—¿Qué es lo que no entiendes? —preguntó él—. Estás muy delgada. ¿Es eso normal? ¿No deberías engordar? ¿Por eso te dijo el médico que descansaras?

—¿Por qué has hecho esto? ¿Arruinar tu carrera? No lo había leído todo, pero sí lo suficiente.

—No estoy arruinando mi carrera, estoy pidiéndote que te cases conmigo —arrastró una silla hasta donde ella estaba.

—¿Por qué has dejado que publiquen todo eso? —susurró ella—. Ahora todo el mundo sabe… nuestra relación… y mi pasado… —volvió a mirar el artículo para continuar leyéndolo. Al ver allí toda su vida, escrita en un periódico, le parecía todo peor.

—Era la única manera —meneó la cabeza y le tomó la mano nervioso.

Angelo Falcone le había pedido en matrimonio públicamente.

Había agarrado al toro por los cuernos y le había dicho a los periódicos lo que tarde o temprano descubrirían: su pasado. ¿Por qué? ¿Tanto significaba para él su hijo? Porque de amor no se hablaba.

Él levantó los ojos y la miró.

—Cuando me marché hace una semana, no sabía qué pensar. No sólo estaba la paternidad a la que tenía que hacer frente, también habías conseguido dar la vuelta a todo lo que yo creía que sabía de ti.

—Lo siento. Debería habértelo dicho hace muchos años, pero sabía que todo acabaría en cuanto te enterases. No eres un hombre común, Angelo. Si lo fueras, no habría sido tan malo —se atrevió a levantar una mano para acariciarle el pelo y él se la sujetó entre las suyas—. Los hombres normales no tienen que tenerle miedo a la prensa; pueden salir con una mujer sin que su pasado importe.

—He ido al infierno y he vuelto esta semana, Francesca; pero hay una cosa que sé y es que quiero que nuestro hijo tenga una familia.

—¿Y si no estuviera embarazada, Angelo? ¿Le habrías dicho a todos que te querías casar conmigo o te habrías sentido afortunado al perderme de vista?

—Si lees el artículo con cuidado, cariño, te darás cuenta de que no he mencionado que estás embarazada. Todo lo demás sí; pero eso no.

Aunque no había mencionado la palabra amor, ella empezó a sentir cierta esperanza.

—¿Por qué?

—Porque quiero que seas mi esposa, Francesca, vayas a tener a mi hijo o no —la miró fijamente, deseando decirle todo lo que tenía que decirle sin asustarla—. Cuando empezamos esta loca... aventura, los dos conocíamos las reglas. Sexo sin compromiso.

¿Por qué le recordaba cosas que no quería recordar? Después de llamarla «cariño» y mirarla con esos ojos tan llenos de promesas.

—Pero después de todo, las emociones entraron a formar parte del juego. Al menos por mi parte.

—¿Qué? —se inclinó hacia él, haciendo un esfuerzo para escuchar cada una de sus palabras.

—Pensé que lo tenía todo bajo control, pero no era así —la miró

con una sonrisa—. Y antes de que digas nada, escucha todo lo que tengo que decirte y decide lo que quieres hacer Lo que tú quieras, Francesca —tomó aliento y suspiró—. Sé que no elegiste quedarte embarazada. Y yo estaba tan metido en mis pensamientos y tan sorprendido por lo que me habías contado que ni siquiera te pregunté cómo te sentías y… lo siento. Esto es… es difícil para mí…

Se puso de pie y paseó por la habitación, nervioso. Francesca nunca lo había visto así. Era una revelación de vulnerabilidad. Finalmente, él volvió a la silla y se sentó, apoyando los codos en las rodillas.

—Llevo una semana dándole vueltas a todo lo que ha sucedido entre nosotros. Y no sabía qué pensar. Me alegro de que estés embarazada, pero quiero casarme contigo porque… porque me he dado cuenta de que dormir contigo no es suficiente. Llámame ambicioso, pero quiero algo más que tu cuerpo precioso. Quiero tu mente, tu corazón, tu alma, porque tú tienes lo mío. Todas esas cosas. Todas son tuyas. Te pertenecen desde hace tres años. Haré lo que sea para ganar tu amor.

—¿Lo que sea?

Él asintió.

—¿Cenas románticas? Cocinadas por ti por supuesto. ¿Con flores?

Él la miró y vio la sonrisa en sus labios.

—Sí, por supuesto.

—¿Velas de vez en cuando?

Él levantó la ceja y la miró dudoso.

—Estás pidiendo mucho, pero estoy dispuesto a dártelo todo.

—¿El desayuno en la cama cada mañana?

—Ahí ya estás tentando a la suerte.

—¿Y qué me dices de hacerme el amor cada vez que lo pida?

—Creo que eso puedo solucionarlo.

—Te quiero, Angelo —lo miró con los ojos brillantes—. Me enamoré de ti hace muchos años y por eso no te dije la verdad sobre mi pasado. Pensé que me dejarías inmediatamente. Las mentiras fueron sucediéndose unas a otras y, al final, era una montaña: pero estaba sufriendo todo el tiempo —se inclinó hacia él y lo besó, derritiéndose en sus brazos, dejando que la llevara a la cama.

Pero no iban practicar sexo hasta que el médico les diera permiso, así que se quedaron hablando. Una vez que había comenzado, Angelo se dio cuenta de que las palabras salían de su boca a borbotones. Recordaba que había pensado que el amor era un sueño; pero ya no. Ahora sabía que era muy cierto.

Ella le preguntó una y otra vez si estaba seguro de que se podía casar con una mujer con su pasado y le encantó escuchar que su pasado era mucho más interesante que el de cualquier otra persona que conociera. No sabía si creerlo o no, pero de lo que estaba segura era de que la protegería contra cualquiera que cuestionara su decisión. El amor que sentía la hacía temblar.

—¿Te das cuenta de todos los días libres que me he tomado contigo? Y, sin embargo, nunca hemos estado de vacaciones juntos. Tenemos que ponerle remedio a esto inmediatamente.

Lo hicieron. Tres meses después, se fueron de luna de miel al Caribe. La boda había sido íntima, sólo unos amigos y la familia y nada de periodistas. Francesca no tenía ni idea de cómo lo había logrado.

A través de la ventana de la cabaña de madera, se podía oír el ruido de las olas al romper en la playa.

Angelo estaba delante del espejo, intentando peinarse con los dedos de la mano, con una toalla alrededor de la cintura porque acababa de salir de la ducha.

Vio que estaba mirándolo y sonrió.

—¿Estás haciéndolo a propósito? —preguntó mientras se giraba —. ¿Sabes lo que me estás haciendo tumbada ahí con esa sonrisa sexy en la cara? —como si quisiera demostrárselo se quitó la toalla dejando al descubierto su erección.

—¿Quieres decir que todavía te excito? ¿Aunque ya no tengo esa figura de modelo que te volvía loco?

Como si necesitara que se lo confirmara. Se lo había demostrado una y otra vez. Le encantaba su figura con el vientre hinchado y adoraba sus pechos llenos.

Angelo se puso de rodillas al lado de la cama y ella se giró para mirarlo. Él le levantó el pijama para mirarle sus exquisitos senos, listos como fruta madura esperando su atención.

Francesca observó con ojos enamorados mientras él trazaba el círculo oscuro de la aureola con la punta de la lengua antes de

introducirse el pezón en la boca y succionarlo. Mientras, le acariciaba el estómago y ella gemía con suavidad, abriendo las piernas para invitarlo.

Aquél era su hombre y aquélla era la vida maravillosa que nunca se habría imaginado que podía tener.

Fin.